

Razones para el amor

A la caída
de la tarde de la vida
seremos juzgados
sobre el amor y por el Amor

José Luis Martín Descalzo

Lectulandia

Con gran maestría Martín Descalzo nos muestra fabulosas y muy bien fundamentadas razones para conservar el amor, en su libro *Razones para el Amor*.

«Sólo podemos tener esperanza cuando antes tenemos amor. Y la alegría no es sino el último fruto de ese amor. Si quería, pues, que estas “razones” — aunque aparentemente desordenadas y circunstanciales— recogieran las verdaderas claves de mi visión del mundo, tendría que añadirle esos trasfondos para dar verdadero sentido a los dos volúmenes precedentes». [Que son: *Razones para la alegría* y *Razones para la esperanza*].

El lector de los tomos precedentes encontrará en éste dos novedades: mientras aquéllos eran simplemente una recogida de artículos previamente publicados en *ABC*, esta vez un buen número de los que forman la última serie han sido reelaborados íntegramente o han sido directamente escritos para este volumen y son, por tanto, inéditos.

65 breves artículos de facilísima lectura que finalizan con una preciosa «Carta a Dios» realmente bella.

Lectulandia

José Luis Martín Descalzo

Razones para el amor

Cuaderno de apuntes - 3

ePub r1.0

Titivillus 14.06.16

Título original: *Razones para el amor*
José Luis Martín Descalzo, 1986

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste

más libros en lectulandia.com

A MI HERMANA ANGELINES,
SIN CUYO CARÍÑO Y AYUDA
ESTE LIBRO NUNCA HUBIERA
PODIDO ESCRIBIRSE

INTRODUCCIÓN

Cuando, hace ahora cuatro años, comencé esta aventura de mis «razones», nunca pude imaginar lo que para mí llegarían a significar. Es asombroso: lanzas un día un pájaro a volar y, de pronto, te encuentras que él sólo hace nido en miles de corazones. Y el primer asombrado es el propio autor. Porque lo que nacía como una simple serie de artículos circunstanciales y dispersos se iba convirtiendo, para mí, en un retrato interior y, para muchos, en un compañero en el camino de la vida. Y fue ese descubrimiento de los que caminaban a gusto a mi lado lo que me empujó a encuadernar aquellas primeras impresiones en mis *Razones para la esperanza*, que tuvo una inexplicable acogida entre sus lectores, que no sólo agotaban sus ediciones, sino que además me inundaban a mí con su cariño.

Fue este cariño el que me obligó a seguir. Y nacieron las *Razones para la alegría*, que tuvieron, en ediciones y acogida, la misma suerte misteriosa que su hermano mayor.

Al editar ese segundo volumen, me prometí a mí mismo que ahí se cerraba aquella serie. Pero la insistencia de los editores me llevó a descubrir los muchos huecos que en los tomos publicados quedaban. Temas sin rozar, razones sin exponer. Faltaban, sobre todo, muchas de las más importantes raíces. En definitiva, sólo podemos tener esperanza cuando antes tenemos amor. Y la alegría no es sino el último fruto de ese amor. Si quería, pues, que estas “razones” —aunque aparentemente desordenadas y circunstanciales— recogieran las verdaderas claves de mi visión del mundo, tendría que añadirle esos trasfondos para dar verdadero sentido a los dos volúmenes precedentes.

Me animé por ello a cerrar esta serie de apuntes con una tercera y última entrega: estas *Razones para el amor* que tienes entre las manos.

El lector de los tomos precedentes encontrará en éste dos novedades: mientras aquéllos eran simplemente una recogida de artículos previamente publicados en *ABC*, esta vez un buen número de los que forman la última serie han sido reelaborados íntegramente o han sido directamente escritos para este volumen y son, por tanto, inéditos.

Más visible es la segunda característica: en este tercer volumen es mucho más notable la carga religiosa de la mayoría de mis comentarios. La razón es bastante simple: al estar las dos primeras entregas pensadas directamente como artículos para un periódico, prefería —aunque la visión religiosa estaba siempre al fondo de todos ellos— que predominara en sus planteamientos el simplemente humano, que pudiera llegar a todo tipo de lectores. Pues no todos los de un periódico son confesionalmente cristianos.

Esta vez, en cambio, al haber escrito pensando ya en el volumen, me he sentido

más libre y he dejado a mi corazón que hablase con un mayor descaro de lo que realmente siente. Si soy cristiano, ¿cómo podrían mis razones no serlo? Si la última raíz de mi amor, de mi esperanza y mi alegría estaba en Dios, ¿tendría yo derecho no diré a camuflarlo —cosa que creo no haber hecho nunca—, sino incluso a dejarlo en un segundo plano de fondo?

Con ello estoy queriendo decir que en este tercer volumen entrego las que, en definitiva, son las últimas claves de mi vida. Soñé, a lo largo de mi vida, muchas cosas. Ahora sé que sólo salvaré mi existencia amando; que los únicos trozos de mi alma que habrán estado verdaderamente vivos serán aquellos que invertí en querer y ayudar a alguien. ¡Y he tardado cincuenta y tantos años en descubrirlo! Durante mucho tiempo pensé que mi «fruto» sería dejar muchos libros escritos, muchos premios conseguidos. Ahora sé que mis únicas líneas dignas de contar fueron las que sirvieron a alguien para algo, para ser feliz, para entender mejor el mundo, para enfrentar la vida con mayor coraje. Al fin de tantas vueltas y revueltas, termino comprendiendo lo que ya sabía cuando aún apenas si sabía andar.

Dejadme que os lo cuente: si retrocedo en mis recuerdos y busco el más antiguo de mi vida, me veo a mí mismo —¿con dos años, con tres?— corriendo por la vieja galería de mi casa de niño. Era una galería soleada, abierta sobre el patio de mis juegos infantiles. Y me veo a mí mismo corriendo por ella y arrastrando una manta, con la que tropezaba y sobre la que me caía. «Manta, mamá, manta», dicen que decía. Y es que mi madre estaba enferma y el crío que yo era pensaba que todas las enfermedades se curan arrojando al enfermo. Y allí estaba yo, casi sin saber andar, arrastrando aquella manta absolutamente inútil e innecesaria, pero intuyendo quizá que la ayuda que prestamos al prójimo no vale por la utilidad que presta, sino por el corazón que ponemos al hacerlo.

Me pregunto, cincuenta años después, si todo nuestro oficio de hombres no será, en rigor, otro que el de arrojarnos los unos a los otros frente al frío del tiempo. Por eso el niño que soy y fui ha escrito estas *Razones*. Si sirven para calentar el corazón de alguien, me sentiré feliz. Porque, entonces, sí que habré tenido razones para vivir.

LOS MIÉRCOLES, MILAGRO

A quella tarde a Gabriela —uno de los pequeños personajes de una novela de Gérard Bessière— le preguntó su amigo Jacinto:

—¿Qué has hecho hoy en la escuela?

—He hecho un milagro —respondió la niña.

—¿Un milagro? ¿Cómo?

—Fue en el catecismo.

—¿Y cómo hiciste el milagro?

—Tenemos como profesora a una señorita que está muy enferma. No puede hacer nada ella sola, sólo hablar y reír.

—¿Y qué pasó?

—La señorita hablaba de los milagros de Jesús. Y los niños dijeron: «No es verdad que haya milagros. Porque si los hubiera, Dios te hubiera curado a ti».

—Y ella, ¿qué dijo?

—Dijo: «Sí, Dios hace también milagros para mí». Y los niños dijeron: «¿Qué milagro ha hecho?».

—¿Y entonces?

—Entonces ella dijo: «Mi milagro sois vosotros». «¿Por qué?», le preguntamos. Y ella dijo: «Porque me lleváis los miércoles a pasear, empujando mi carrito de ruedas». ¿Lo ves? Hacemos milagros todos los miércoles por la tarde. La señorita dijo también que habría muchos más milagros si la gente quisiera hacerlos.

—¿Te gusta a ti hacer milagros?

—Sí. Tengo ganas de hacer un montón. Primero pequeños. Cuando sea mayor voy a hacer milagros grandes.

—¿Todos los miércoles?

—Quiero hacerlos todos los días, toda la vida.

—¿No te parece que la vida es también un milagro?

—No —dijo Gabriela—. La vida es para hacer milagros.

Gabriela tiene razón, la vida es para hacer milagros, los miércoles, y los jueves, y los domingos. La vida no es para sentarse esperando que Dios haga milagros espectaculares, no es para limitarse a confiar en que él resuelva nuestros problemas,

sino para empezar a hacer ese milagro pequeñito que él puso ya en nuestras manos, el milagro de querernos y ayudarnos. ¿Es que será más milagroso devolverle la vista a un ciego que la felicidad a un amargado? ¿Más prodigioso multiplicar los panes que repartirlos bien? ¿Más asombroso cambiar el agua en vino que el egoísmo en fraternidad? Si los hombres dedicásemos a construir milagros pequeñitos la mitad del tiempo que invertimos en soñarlos espectaculares, seguramente el mundo marcharía ya mucho mejor.

Y el milagro de amar pueden hacerlo todos, niños y grandes, pobres y ricos, sanos y enfermos. Fijaos bien, a un hombre pueden privarle de todo menos de una cosa: de su capacidad de amar. Un hombre puede sufrir un accidente y no poder volver ya nunca a andar. Pero no hay accidente alguno que nos impida amar. Un enfermo mantiene entera su capacidad de amar: puede amar el paralítico, el moribundo, el condenado a muerte. Amar es una capacidad inseparable del alma humana, algo que conservará siempre incluso el más miserable de los hombres.

Sólo en el infierno no se podrá amar. Porque el infierno es literalmente eso: no amar, no tener nada que compartir, no tener la posibilidad de sentarse junto a nadie para decirle ¡ánimo!

Pero mientras vivimos no hay cadena que maniate al corazón, salvo claro está la del propio egoísmo, que es como un anticipo del infierno. «Los verdaderos criminales —decía Follereau— son los que se pasan la vida diciendo yo y siempre yo».

En cambio, allí donde se ama se ha empezado a construir ya el cielo a golpe de milagros. En definitiva, los milagros, para Jesús, eran ante todo «los signos del reino», ¿y qué mejor signo de un reino de amor total que empezar queriéndose aquí con amores pequeñitos como el de Gabriela y sus compañeras de escuela?

VIVIR ES CONVIVIR

A fin de cuentas, en la vida del hombre no existe más que un único problema: saber dónde está el centro de su alma; averiguar si yo soy el centro de mí mismo o si, en cambio, tengo mi alma volcada hacia fuera de mí, hacia arriba o hacia mi alrededor; aclararme si yo soy mi propio ídolo o si mi corazón es más grande que mis intereses; descubrir si mi existencia es una autofagia (un devorarme a mí mismo) o más bien un servicio a algo diferente de mí y más grande que yo; investigar si me estoy dedicando a chupetear mi propia y personalísima felicidad o si, por el contrario, mi felicidad la he puesto al servicio de una tarea más alta que mi propia vida y de otros seres (incluido el Otro ser, con mayúscula) que valoro como más importantes que yo; en una palabra: saber si mi vida y mi alma se alimentan de amor o de egoísmo. Éste, repito, es el único y radical dilema, la pregunta clave a la que todo hombre debe responderse con lealtad.

El hombre —todo hombre— nace como una circunferencia con el eje en el centro de sí misma. Todo gira, según su instinto, hacia ese centro mágico, todo debería subordinarse a él según su capricho. Pero el alma, lentamente, comienza a descubrir que hay algo por encima y fuera de esa circunferencia, algo que le afecta también a ella. ¿Qué hacer entonces: atraer todo, subordinar todo hacia ese centro sacratísimo o más bien tender hacia todo eso que se está descubriendo y ensanchar con ello nuestra circunferencia, haciéndonos con ello más grandes? ¿Encastillarnos en nuestro egoísmo, encadenando todo a él o, por el contrario, irnos «descentrando», sacar de nosotros nuestro propio eje para colocar nuestro «polo de atracción» por encima o más allá de nosotros mismos? ¿Nos abrimos en el amor o nos cerramos en nuestra autoadoración? Ésta es la gran apuesta en la que nos jugamos el «tamaño» de nuestras propias vidas. La primera opción —el egoísmo— conduce a la soledad; la soledad, a la amargura; la amargura, a la desesperación. La segunda —el amor— conduce a la convivencia; la convivencia, a la fecundidad; la fecundidad, a la alegría.

Por eso, el primer gran descubrimiento es el de que el prójimo no es nuestro límite y menos nuestro infierno (como decía descabelladamente Sartre: «el infierno son los otros»), sino nuestro multiplicador. Vivir es convivir. Convivir no es semivivir, sino multivivir; no recorta, aumenta; no condiciona, lanza. Amar puede

implicar alguna renuncia (o comenzar siendo una renuncia), pero siempre termina acrecentando. En rigor —como decía Gabriel Marcel—, «nada está jamás perdido para un hombre que sirve a un gran amor o vive una verdadera amistad, pero todo está perdido para el que está solo. No hay más que un sufrimiento: estar solo».

Yo pienso a veces que si se nos concediera por una gran gracia de Dios descubrir lo que en nuestra alma es realmente nuestro y lo que debemos a los demás, nos impresionaría comprobar qué cortas fueron nuestras conquistas personales. ¿Qué sería yo ahora sin todo lo que recibí de prestado de mis padres, mis hermanos, amigos? ¿Cuántos trozos de mi alma debo a Bach o a Mozart, a Bernanos o a Dostoyevski, a Fray Angélico o al Greco, a Francisco de Asís o Tomás de Aquino, a mis profesores de colegio o seminario, a mis compañeros de ordenación y de trabajo, a tantos como me han querido y ayudado? Me quedaría desnudo si, de repente, me quitaran todos esos préstamos.

¿Y cuánto me ha dado también lo poco que yo di? «La felicidad —decía Follereau— es lo único que estamos seguros de poseer cuando la hemos regalado». Vivir es hacer vivir. Hay que crear otras felicidades para ser feliz. Hay que regalar mucho para estar lleno.

En cambio, ¡qué infecundo es nuestro egoísmo, qué nada producimos cuando nos encerramos en nosotros mismos! Claudel hablaba, con frase tremenda pero certísima, de «la quietud incestuosa de la criatura replegada sobre sí misma». Sí, el egoísmo es infecundo como una masturbación del espíritu. Y es cegador, porque produce un placer tan transitorio, tan breve, tan inútil... Pero, por otro lado, ¡está tan dentro de nosotros! Sólo un alma muy despierta no rueda por esa cuesta abajo, tan cómoda como es de bajar.

Incluso, con frecuencia, se disfraza de amor. Esto sucede cuando «usamos» el amado o la cosa amada para nuestro personal regodeo. Cuando creemos amar, pero atrapamos. Cuando queremos *para* ser queridos. Cuando convertimos el ser amado o la vocación amada en un espejo donde nos vemos a nosotros mismos multiplicados. «Nos vemos —ha escrito Moeller— constantemente tentados a convertir a los demás en resonadores o amplificadores de nuestro yo. Queremos poseernos más ampliamente en su mirada, en sus pensamientos, en su aprobación; entonces nos parece que ya no abrazamos la miserable imagen de nuestra limitación individual, sino una silueta desmesuradamente agrandada, ampliada a las dimensiones de una familia, de un país o incluso de un mundo. Cada vez que la persona amada es reducida a la condición de espejo, se convierte en instrumento, en objeto bruto, del que yo me sirvo para agrandarme a mí mismo».

Podemos incluso creer que amamos a Dios cuando le «usamos» simplemente. No le amamos a él, sino al fruto que de él esperamos. Convertimos a Dios en «un ojo que me tranquiliza», que me garantiza *mi* eternidad. Pero eso no es una verdadera religiosidad. Es, cuando más, simple narcisismo religioso.

El verdadero amor es, en cambio, el que nos saca de nosotros mismos, el que nos

lanza hacia afuera y nos enriquece, no por lo que nos devuelven, sino porque el simple acto de salir de nosotros es enriquecedor. El alma se estira cuando se abre. Se vuelve fecunda por el hecho de abrirse. «Tan pronto —dice Marcel— como surge la amistad (hacia Dios, hacia los hombres, hacia las cosas, hacia la tarea emprendida, concretaría yo), el tiempo se abre y el alma sabe que no se pertenece a sí misma, que el único uso legítimo de su voluntad consiste precisamente en reconocer que no se pertenece. Partiendo de este reconocimiento puede obrar, puede crear».

Pues sólo se obra, sólo se crea por amor. Más: sólo se cree por amor. Y eso es lo que hace que la fe en Dios esté tan unida al amor a los hermanos. «La fe —decía Guardini— es una llama que se enciende en otra llama», pues hasta Dios «llega a nosotros por el corazón de los demás». O como decía Péguy: «Cristiano es el que da la mano. El que no da la mano, ése no es cristiano, y poco importa lo que pueda hacer con esa mano».

Por todo ello, el amor no es un añadido. Como si se dijera: yo soy bueno, y además, con lo que me sobra, amo, regalo los sobrantes de la maravilla de mi almita. Al contrario: yo soy bueno en la medida en que amo, vivo en la medida en que amo. No sólo es que —como decía Camus— debería «darnos vergüenza ser felices nosotros solos»; es que solos podemos tener placer, pero no felicidad; es que solos podemos correr tanto como un coche dentro de un garaje, ya que, por fortuna, los sueños de nuestra alma son siempre mayores que nuestra propia alma, que no se desarrolla encastillada dentro de las cuatro paredes de nuestros propios intereses. Lo más importante de nosotros mismos está fuera de nosotros: arriba, en Dios; a derecha e izquierda, en cuanto nos rodea. Por eso el amor no es la nata y la guinda con las que «adornamos» la tarta de la vida. Es la harina con la que la fabricamos para que sea verdadera.

LAS COLUMNAS DEL MUNDO

Me parece terrible decirlo, pero creo que no exagero ni un átomo si aseguro que noventa y cinco de cada cien habitantes de este planeta no se han preguntado jamás —digo «jamás»— completamente en serio —digo «en serio»— cuáles son las columnas sobre las que se apoya su vida, cuál es el eje de su existencia, para qué viven verdaderamente. ¿Y de los otros cinco? Dos se lo preguntaron una vez hace años, y ya lo han olvidado; otros dos se dieron a sí mismos respuestas tranquilizadoras, que luego no coinciden en nada con la realidad de lo que viven. ¿Y el último? El último... iba a decir que es el santo, pero diré con más exactitud que es el único hombre que existe de cada cien que pisan este mundo.

Me temo que el lector esté pensando que comienzo estas líneas demasiado duramente, que soy tal vez pesimista, que... no es para tanto. Pero me pregunto si no será bueno comenzar cogiendo el alma por donde quema y enfrentándonos con nuestro propio espejo. ¿Somos realmente seres vivientes? Ésta, creo, es la primera y capital de las preguntas a que todo hombre tiene obligación de responder. Porque ¿qué ganaríamos engañándonos a nosotros mismos si, al final, somos corresponsables de esa mediocridad colectiva del mundo de la que tanto hablamos? Atrevámonos por unos minutos a coger nuestra vida por las solapas.

Y empecemos por preguntarnos cuáles son, en realidad, las columnas que sostienen el mundo en que vivimos. Haced esta pregunta por las calles, y todos os responderán —con impudicia y sin la menor vergüenza— que «el sexo, el dinero y el poder». Los tres ídolos, los tres quicios, las tres columnas que sostienen el camino de la humanidad. ¿Y no estará el mundo tan enloquecido precisamente por apoyarse en tales pilares casi con exclusividad? Un hombre de hoy triunfa —decimos— cuando tiene esas tres cosas. Y está dispuesto a luchar como un perro por esos tres huesos si están lejos de él.

Naturalmente, no voy yo a decir nada contra la sexualidad, que está muy bien inventada por Dios como uno de los grandes caminos por los que puede expresarse el amor. Hablo aquí del sexo sin amor, que parece ser el gran descubrimiento de los tiempos modernos. Tal vez de todos los tiempos, pero de ninguno con los tonos obsesivos que la erotización ha conseguido en el nuestro, hasta el punto de que hay

que preguntarse si no vivimos ya en una civilización de adolescentes inmaduros. El hombre de hoy no es que disfrute del sexo, es que parece vivir para él. O eso, al menos, quiere hacernos creer el ambiente de nuestras calles, las pantallas de nuestros televisores, el pensamiento circulante de los predicadores de la libertad sexual. Léon Bloy podría decir hoy más que en su siglo que para el hombre real la mayor de las bienaventuranzas es llegar a morir en el pellejo de un cerdo. ¿Porque hay algo menos libre que lo que llaman la libertad sexual? No estoy escribiendo estas líneas como un «moralista». Simplemente como un hombre preocupado. Porque creo que Unamuno tenía toda la razón del mundo cuando aseguraba que «los hombres cuya preocupación es lo que llaman gozar de la vida —como si no hubiera otros goces— rara vez son espíritus independientes». Es cierto: no hay hombre menos humano que el libertino. Y ese tipo de conquistador se presenta hoy como el verdadero «triunfador» en este mundo.

La columna número dos es el dinero —y sus congéneres o consecuencias: el placer, el confort, el lujo—. Si algún dogma vivimos y practicamos es éste: el dinero abre todas las puertas; el dinero no es que dé la felicidad, es que él mismo es la felicidad. En conquistarlo invierten los hombres la mayor parte de sus sueños. A él se subordinan todos los valores, incluso por parte de quienes se atreven a predicar las terribles malaventuranzas que Jesús dijo contra los ricos. Pero los propios cristianos nos las hemos arreglado para que aquello del evangelio —«es más difícil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos»— haya preocupado hasta ahora mucho más a los camellos que a los ricos. Hemos conseguido sustituir esa frase por la que es verdaderamente el evangelio del siglo xx: «Los negocios son los negocios». Y así es como hemos convenido todos en que «el fin de la vida es ganar mucho dinero, y con él, comprar la muerte eterna», como escribiera Bloy. Y de nada sirve para alterar nuestro dogma el comprobar que el dinero da todo menos lo importante (la salud, el amor, la fe, la virtud, la alegría, la paz): al fin preferimos el dinero a todos esos valores. E incluso creemos que el dinero da la libertad, cuando sabemos que todos renunciamos a infinitas cotas de libertad para conseguirlo.

Más difícil es aún entender nuestra obsesión de poder. Jefferson aseguraba que jamás comprendería cómo un ser racional podía considerarse dichoso por el solo hecho de mandar a otros hombres. Y, sin embargo, es un hecho que el gran sueño de todos los humanos es «mandar, aunque sea un hato de ganado», que decía Cervantes. Sabemos que nada hay más estéril que el poder —ya que a la larga son las ideas y no el poder quienes cambian el mundo—; sabemos que «el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente», pero apostamos por esa corrupción; sabemos que el poder da fuerza, pero quita libertad; pero nos siguen encantando los puestos y los honores aun cuando estemos convencidos de que «la fuerza y el miedo son dos diosas poderosas que levantan sus altares sobre cráneos blanqueados», en frase de Mika Waltari. Mandar, mandar. Seremos felices, pensamos, el día en que los que están bajo

nuestra férula sean más que aquellos que nos mandan. Y ni siquiera observamos la terrible fuerza transformadora que el poder tiene: «Te crees liberal y comprensivo —decía Larra—. El día que te apoderes del látigo, azotarás como te han azotado». Y es que el poder —todo poder— vuelve incomprendido (de ahí la soledad radical del poderoso) y hace incomprensivo: un poderoso no *puede* comprender, no *puede* amar, aunque se engañe a sí mismo con falsos paternalismos. Maurois tuvo el coraje de confesarlo: «Cuando empecé a vivir en el campo de los que mandan, me fue imposible durante mucho tiempo comprender las penas de los que son mandados». Porque todo poder lleva en su naturaleza la ceguera del que lo posee. Desde abajo se ve mal. Desde arriba no se ve nada: la niebla del orgullo cubre el valle de los sometidos.

Y, sin embargo, ahí está el hecho: la humanidad entera vive luchando como una jauría de perros por conseguir esos tres huesos, dispuestos los hombres a volverse infelices para conseguirlos, seguros de que la felicidad llegará cuando los poseamos. Así, destrozan los hombres hasta su salud para conseguir un dinero y un poder que luego gastarán para recuperar —cuando ya sea tarde— la salud.

En la conquista de esos tres dogmas se apoya el gran sueño de lo que llamamos «vivir la vida». Viven la vida quienes los tienen. Los demás —pensamos— son hombres incompletos.

Y como esos tres dogmas se resumen en uno —el egoísmo—, la búsqueda de los tres es, en rigor, una lucha contra los demás. Porque no son cosas que se puedan compartir: o las tengo yo o las tienen los demás. Habrá que arrebatarlas. Y ya tenemos el mundo convertido en una selva.

Si fuésemos del todo sinceros confesaríamos que es cierta la afirmación de Bloy: «Vivir la vida consiste en adueñarse de la ajena. Los vampiros estarían de acuerdo», ya que en realidad «uno vive su vida cuando ha conseguido instalarse en el firmísimo propósito de ignorar que hay hombres que sufren, mujeres desesperadas, niños que mueren. Uno vive su vida cuando hace exclusivamente lo que es grato a los sentidos, sin darse ni querer darse por enterado de que en el vasto mundo hay almas y que él mismo tiene una mísera alma expuesta a extrañas y terribles sorpresas».

Pero ¿existe verdaderamente un alma? ¿Tenemos verdaderamente un alma? ¿Quién piensa en ella? ¿Quién dedica a su alma y a las columnas que la sostendrían al menos una décima parte del tiempo que vivimos sobre la tierra?

Ésta es, me parece, la pregunta verdaderamente decisiva: ¿Hay sobre la tierra otros valores por los que valdría ciertamente la pena de vivir? ¿Otros valores con los que podríamos ser felices? ¿Otras columnas sobre las que nuestra condición humana sería diferente?

Este libro quiere apostar por una idea absurda: si los hombres —si al menos muchos hombres— construyeran sus vidas sobre columnas diferentes —el amor, la solidaridad, el trabajo, la confianza, la justicia, la sencillez— este mundo sería diferente. Y vividero. Comenzaría a romperse esa soledad que nos agarrota.

Ingresaríamos en el mercado común de la felicidad.

Porque es terrible pensar con cuánta tozudez seguimos apoyándonos en las columnas que son la verdadera causa de nuestra desgracia.

ANA MAGDALENA

De todos los seres humanos, aquél hacia quien he tenido mayor envidia en mi vida ha sido Juan Sebastián Bach: ante la estatura de su genio, me he sentido un pigmeo; ante la serenidad de mar en calma de su espíritu, me ha parecido un laberinto de confusiones el mío; ante su equilibrio como ser humano, me he experimentado neurótico; me he visto trivial y frívolo contemplando su hondura.

Pero hoy tengo que confesar algo nuevo: si hasta ahora le envidié, ante todo, por su música, por su obra colosal, hoy creo que le envidio mucho más por su mujer, por el don infinito de haber sido querido por alguien como Ana Magdalena Bach.

Acabo de leer uno de los libros más bellos que existen no por su calidad literaria, sino por el río de amor que arrastra cada una de sus páginas: *La pequeña crónica de Ana Magdalena Bach*, de la que tanto había oído hablar, pero no conocía.

Es un libro supersencillo. Una mujer ingenua, no excepcionalmente culta, habla, con el tono de una niña adorante, del hombre que llenó su vida. Lo hace cuando él ha muerto, cuando todos han empezado ya a olvidarle, cuando vive en la miseria porque su marido no supo ahorrar y ha sido necesario malvender los pocos recuerdos que de él quedaban. Cuando ya sólo queda el amor o el recuerdo infinitamente dulce de aquel amor.

Confieso que nunca creí que pudiera existir en el mundo un cariño tan tierno, tan intenso, tan desinteresado, tan duradero, tan profundo, tan verdadero. Y me parece que sólo ahora empiezo a entender aquel universo de música que Juan Sebastián pudo escribir envuelto en aquel océano de amor.

Hay páginas en las que uno no sabe si conmovirse o si reír ante la «adoración» con que Ana Magdalena habla de Sebastián. Ved algunas frases que dan el tono del libro entero:

- «Cada vez que le veía mi corazón empezaba a latir con tal fuerza, que me impedía hablar».
- «Una sola vez en la vida fui lo suficientemente tonta como para creer que él estaba equivocado».
- «En mi corazón estaba siempre viva la sensación de que él era más grande que

- todos los reyes».
- «Sobre María Bárbara (dice, aludiendo a la primera mujer de Bach, sin sentir los menores celos de ella) se derramó la bendición de su amor. Aunque a veces pienso, con una sonrisa, que a mí me quiso más que a ella, o al menos, por la bondad de la Providencia, durante más tiempo».
 - «Vivir con él y verle día a día era una felicidad que no hubiera podido merecer, ni he merecido nunca. Durante mucho tiempo viví en un estado de asombro, como en un sueño, y algunas veces, cuando Sebastián estaba fuera de casa, se apoderaba de mí el terror de que pudiera despertar de ese sueño y volver a ser la niña Ana Magdalena Wülken en lugar de la esposa del maestro de capilla Bach».
 - «A nosotros nos dejaba mirar su corazón, que era el más hermoso que ha latido en este mundo».
 - «Nunca quisiera dejar de ser la pobre vieja abandonada que ahora soy si hubiera que comprar la más hermosa y honorable vejez al precio de no haber sido su compañera».
 - «Ya no tengo —dice la última página del libro— ningún motivo para vivir: mi verdadero destino llegó a su fin el día en que se apagó la vida de Sebastián, y pido diariamente a Dios en mis oraciones la gracia de que me lleve de este lugar de sombras y me vuelva a reunir con el que, desde el primer momento en que le vi, lo fue todo para mí. Solamente lo terrenal me separa de él».

La serie de citas podría ser interminable. Y hay que señalar que no son palabras de coba adadoras de un viviente. No son tampoco los elogios fúnebres dichos en la gloria del recién muerto. Es lo que se piensa y se siente cuando la muerte empieza a quedar lejana, cuando lo que se palpa es la miseria que se ha recibido por única herencia y cuando todo lo demás es olvido. Pero un amor así, una devoción así, son el mejor premio que un hombre puede conquistar en este mundo.

Pero ahora quiero añadir algo más. He leído estas frases a algunas amigas, y todas ellas —como si se hubieran puesto de acuerdo— me han comentado lo mismo: «Así, cualquiera. A un hombre como Bach debía resultar fácil amarle y admirarle».

Y esta respuesta me ha dejado el alma llena de preguntas. Algunas que me parecen muy importantes:

- ¿Amó Ana Magdalena a Juan Sebastián porque le comprendía y admiraba o, por el contrario, le comprendió y admiró porque le amaba?
- ¿Amó Ana Magdalena a Juan Sebastián porque él era un hombre extraordinario o tal vez fue él un hombre extraordinario porque se vio envuelto en un amor así?

No son juegos de palabras. Y creo que valdrá la pena intentar contestarlas.

A la primera ha respondido la propia Ana Magdalena, cuando en el título del primer capítulo del libro nos dice que «le comprendió del todo porque le amaba». Cuando nos explica, sin rodeos, que «Sebastián era un hombre muy difícil de conocer no amándole».

Nos equivocamos si juzgamos desde el hoy. En su época, nadie —sino Ana Magdalena y muy pocos más— descubrió que Bach era el genio que hoy reconocemos. Los que le juzgaban con sus rutinas o sus inteligencias le creyeron un músico más. Y le olvidaron apenas muerto. Sólo Ana Magdalena se atrevió a asegurar, años después de su muerte, que «aunque los hombres desatienden hoy su recuerdo, no lo olvidarán para siempre. La humanidad no podrá guardar silencio sobre él mucho tiempo». Sólo ella entendió que cuando el mundo pensaba, más que en él, en la obra de sus hijos, en el futuro sería la música de Sebastián la que se impondría. ¿Es que Ana Magdalena se engañaba cegada por su amor o es que su amor se volvía profético y mucho más inteligente que la inteligencia de sus contemporáneos?

Quiero decir aquí algo que he pensado muchas veces: que el corazón no es sólo el órgano del amor, sino que puede ser también el órgano del conocimiento. Que no sólo se entiende con la razón. Que hay campos humanos en los que «el corazón tiene razones con las que no cuenta la inteligencia». ¡Cuántos matrimonios no se entienden porque no se aman! ¡Cuántas cosas ininteligibles empiezan a clarificarse cuando se miran con un nuevo amor!

Pero aún me interesa más la segunda pregunta: la cuestión de la mutua fecundación de los que se aman. No sólo en lo físico es fecundo el amor. Los que se aman se reengendran el uno al otro, se multiplican y recrean. Y así el amor de Ana Magdalena la multiplicó a ella y multiplicó a Sebastián.

La multiplicó a ella. Durante su vida, «una palabra de aprobación suya valía más que todos los discursos de este mundo». Después de su muerte, «aunque no tengo ningún objeto que me lo pueda recordar, bien sabe el cielo que no es necesario, pues me basta con el inestimable tesoro de recuerdos que descansa en mi corazón».

Aquel amor les rejuvenecía a los dos: «Cuando me miraba al espejo creía verme tal como era cuando le conocí. Pero, sea cual fuese la ilusión que yo me hiciera a ese respecto, siempre es mejor que envejezca el rostro que el amor. Yo había mirado el rostro de Sebastián con tanta constancia, que todas las transformaciones producidas en él escaparon a mi percepción desde el día en que le vi por primera vez en la iglesia de Santa Catalina de Hamburgo, y tenía que hacer expresamente comparaciones para convencerme de que también en sus queridas facciones el tiempo había realizado su obra».

Pero esto no es todo. Lo importante es preguntarse qué parte de la música de Bach debemos al amor que Ana Magdalena le profesó. ¿Habría compuesto Juan Sebastián aquel universo de armonía y serenidad de no tenerla a su lado? Ana era

absolutamente consciente —ya desde el mismo día de su boda— de que «si en alguna forma le hacía desgraciado, corría el peligro de malograr su música».

¿Podemos entonces preguntarnos cuántos genios no se habrán malogrado por no haber sido suficientemente amados? ¿Cuántas obras musicales o poéticas nacieron avinagradas porque en una casa los nervios dominaron al amor?

Esta idea debería angustiarnos. Nuestra falta de amor no sólo puede hacer infelices a quienes nos rodean, puede también volverles infecundos o enturbiar su fecundidad. ¿Tal vez es la falta de *mi* amor, de *nuestro* amor, lo que hace desgraciado este mundo en que estoy?

Querida Ana Magdalena, gracias por tu amor, gracias por la música de tu esposo. Yo sé que la escribisteis los dos juntos, con vuestro amor.

LOS ESPACIOS VERDES

Ahora que se habla tanto —y me parece estupendo— del ecologismo, quisiera yo decir algo del «ecologismo espiritual», del que, me parece, no suele hablarse tanto. Y que es más importante que el material. Porque es bueno que los hombres —sobre todo los jóvenes— estén recuperando el valor de la Naturaleza, que les preocupe la contaminación del medio ambiente, que luchen por los espacios verdes en estas asfixiantes ciudades que hemos construido.

Pero creo que habría que pensar que nuestras almas padecen parecidas o más graves agresiones. Hay en el mundo —por de pronto— una contaminación de nervios, de tensiones, de gritos, que hace tan irrespirable la existencia como el aire. La gente vive devorada por la prisa; nadie sabe conversar sin discutir; nos atenazan los gases de la angustia y la incertidumbre; la gente necesita pastillas para dormir; a diario periódicos, radios, anuncios, televisores nos llenan el alma de residuos y excrementos como se estercolan las playas; se talan despreocupadamente los árboles de los antiguos valores sin percibir que son ellos quienes impiden los corrimientos de tierras; apenas hay en las almas espacios verdes en los que respirar.

Y habría que explicarle a la gente que el alma necesita —como las grandes ciudades— del pulmón de los parques y jardines, de los espacios verdes del espíritu. Y señalar que es necesario impedir que la especulación del suelo del alma termine por convertirla en inhabitable. Un alma convertida en desván de trastos viejos es tan inhumana como las colmenas en que se nos obliga a vivir.

Tendríamos, por ello, que ir descubriendo, señalando, algunos espacios verdes que urge respetar.

El primero —aunque parezca ridículo— es el sueño. La vida humana, con su alternancia de sueño y de vigilia, está muy bien construida. Pero cuando se la desnivela con ingenuos trasnoches, pronto queda también mutilada la vigilia. «Para estar bien despiertos, hace falta estar bien dormidos», suele decir Martín Abril. Y se diría que muchos hombres pasan sus días sumergidos en una soñarrera por la simple razón de que no han dormido. Quien lo probó lo sabe: he vivido demasiados años con la obsesión de que robándole horas a la noche produciría más. Ahora sé que esas horas robadas se pagan, al día siguiente, con el cansancio y la mediocridad.

El segundo gran espacio verde es el ocio constructivo. Yo odio la vagancia en la misma medida en que estimo el ocio creador. Y estoy convencido de que un mundo mejor no es aquél en el que consigamos más horas de trabajo, sino aquél en el que con menos horas de trabajo puedan conseguir todos mayor número de horas entregados a hacer por gusto y devoción aquello que, porque lo aman, les llena y les descansa a la vez.

Uno de los fallos más grandes de nuestra civilización es que sólo hemos enseñado dos cosas a los hombres: a trabajar y a perder el tiempo. ¿Y todo el infinito campo que queda entre las dos? ¿Y ese trabajo que no lo es del todo porque se hace por placer? ¿Y todas esas maneras de divertirse que nos enriquecen?

El hombre de hoy parece no conocer otros caminos que el de trabajar como un burro, aburrirse como un gato o saltar de tontería en tontería como un mosquito. Entre el sudor y el fútbol (o la televisión rumiante) se divide nuestra vida, sin otra alternativa. Por eso aterra a tantos la jubilación: porque no saben hacer más que lo que siempre han hecho.

¡Con la infinidad de espacios verdes que quedan para el alma! Pienso ahora en las artes relajantes. No me refiero a los espectáculos, que suelen ser otra forma de excitación. Me refiero a todas esas otras formas de enriquecer el alma: el placer de oír música seria dejándola crecer dentro de nosotros en el silencio; el gusto por pintar; la maravilla de sentarse al aire libre, quizá bajo un árbol, a leer —lentamente y paladeándola— poesía.

¡Y qué gran espacio verde la lectura! Me refiero ahora a leer por el placer de leer. Estudiar es construir una casa, no un espacio verde. Leer una novela por curiosidad puede ser una variante de los telefilmes. Hablo aquí de esa lectura «que no sirve para nada», de esos libros que no «ayudan a triunfar» (como decía aquel viejo *slogan* idiota), que sirven sólo (¡sólo!) para enriquecer el alma.

El tercer —y quizá más hermoso— espacio verde es la amistad. ¡Ningún tiempo más ganado que el que se pierde con un verdadero amigo! La charla sin prisa —tal vez mientras delante se enfría un café—, los viejos recuerdos —que provocan la risa o quizá la sonrisa—, el encuentro de dos almas —¡qué mayor enriquecimiento!— son sedantes que no tienen precio. Sí, esas visitas que siempre dejamos «para cuando tengamos tiempo» serían el mejor modo de aprovechar el que tenemos. ¡Qué hermoso un mundo en el que nadie mirase a su reloj cuando se reúne con sus amigos! ¡Qué maravilla el día en que alguien venga a vernos y no sea para pedirnos nada, sino para estar con nosotros! Decimos que el tiempo es oro, pero nunca decimos qué tiempo vale oro y cuál vale sólo oropel. Oro puro es, por ejemplo, el que un padre dedica a jugar con sus hijos, a conversar sin prisa con la mujer que ama, a contemplar un paisaje en silencio, a examinar con mimo una obra de arte. Tiempo de estaño es el que gastamos en ganar dinero o en aburrirnos ante un televisor.

Y no quiero olvidarme de un magnífico espacio verde del alma que es la oración. ¿Puedo hablar de ello? Pienso que tal vez algunos de mis lectores no creen o creen

muy a medias. Pero aun a ellos yo me atrevería a pedirles —¡cuánto más si son creyentes!— que experimentaran por sí mismos —aunque sólo sea una vez— lo que es la contemplación. «Pero ¡eso es muy difícil! ¡Eso es para místicos!». Fíjense que no les pido jeribeques. Les pido simplemente que busquen algunos minutos al día de pausa cordial y mental para el encuentro con Dios —si son creyentes— o con las fuerzas positivas de su alma —si creen que no lo son—. Allí, en el pozo del alma, alejándose de los ruidos del mundo, dejando por un rato de lado las preocupaciones que les agobian, que intenten buscar su propia verdad. Que se pregunten quiénes son y qué aman. Que se dejen amar. Que tomen, por ejemplo, el Evangelio —y esto tanto si son creyentes como si no lo son—, que lean una frase, unas pocas líneas, y las dejen calar dentro de sí, como la lluvia cae sobre la tierra. Que las repitan muchas veces hasta que las entiendan. Que las paladeen. Que permanezcan luego en silencio, dejándolas crecer dentro, chupando de ellas como si fueran una planta que necesita desarrollarse. Así, sólo unos pocos minutos. Pero todos los días. Un día se encontrarán milagrosamente florecidos.

Sí, amigos, dejadme que os lo repita: vuestra alma merece ser tan cuidada como el mundo. Y no sería inteligente vivir preocupados por el aire que respiramos y olvidarnos del que alimenta la sangre de nuestra alma.

LOS PRISMÁTICOS DE JUAN XXIII

El pastor anglicano Douglas Walstall visitó en cierta ocasión al papa Juan XXIII y esperaba mantener con él una «profunda» conversación ecuménica. Pero se encontró con que el pontífice de lo que tenía ganas era simplemente de «charlar», y a los pocos minutos, le confesó que allí, en el Vaticano, «se aburría un poco», sobre todo por las tardes. Las mañanas se las llenaban las audiencias. Pero muchas tardes no sabía muy bien qué hacer. «Allá en Venecia —confesaba el papa— siempre tenía bastantes cosas pendientes o me iba a pasear. Aquí, la mayoría de los asuntos ya me los traen resueltos los cardenales y yo sólo tengo que firmar. Y en cuanto a pasear, casi no me dejan. O tengo que salir con todo un cortejo que pone en vilo a toda la ciudad. ¿Sabe entonces lo que hago? Tomo estos prismáticos —señaló a los que tenía sobre la mesa— y me pongo a ver desde la ventana, una por una, las cúpulas de las iglesias de Roma. Pienso que alrededor de cada iglesia hay gente que es feliz y otra que sufre; ancianos solos y parejas de jóvenes alegres. También gente amargada o pisoteada. Entonces me pongo a pensar en ellos y pido a Dios que bendiga su felicidad o consuele su dolor».

El pastor Walstall salió seguro de haber recibido la mejor lección ecuménica imaginable, porque acababa de descubrir lo que es una vida dedicada al amor.

Tal vez alguien pensará que las palabras del papa eran una simple *boutade*, porque sin duda un papa tiene que tener mil tareas más importantes —¡con toda la Iglesia sobre los hombros!— que mirar cúpulas con unos prismáticos. Pero, díganme, ¿hay para un papa algo más importante que dedicarse a amar, a pensar y rezar por los queridos desconocidos?

Porque amar a los conocidos es, en definitiva, algo relativamente fácil, a poco buena gente que sean. Se les ve, se les conoce, se han convivido o compartido sus esperanzas o dolores, podemos esperar de ellos el contraprecio de otro amor cuando nosotros lo necesitemos. Pero ¿cómo amar a los desconocidos? ¿Cómo entender la vida como un permanente ejercicio de amor? ¿Cómo descubrir en las cosas más triviales que, junto a ellas, hay siempre alguien necesitado de nuestro amor?

El verdadero amor, como la fe, es amar lo que no vemos, lo que no nos afecta directa y personalmente, con un amor de ida sin vuelta. Hace falta mucha generosidad

y muy poco egoísmo para ello. Hace falta también un poquito de locura. Porque estamos demasiado acostumbrados a subordinar nuestro corazón a nuestra cabeza. Y es necesario ir descubriendo que el amor es muy superior a la inteligencia, aunque sólo sea por el hecho de que en la vida no logramos conocer a Dios, pero sí podemos amarle.

Él nos ama así, sin fronteras. No porque lo merezcamos o porque se lo vayamos a agradecer, sino porque nos ama. Pues —lo dice el Evangelio— si sólo amamos a quienes nos aman, ¿en qué nos diferenciamos de los que no creen?

Desgraciadamente con frecuencia nuestro amor es una trampa: un lazo que lanzamos para que nos lo agradezcan. Apresamos un poco —con su deuda— a aquéllos a quienes amamos. Lo confirma la cólera que sentimos cuando no se nos agradece nuestro amor. Lo prueba el que ayudemos mucho más fácilmente a quienes piensan o creen como nosotros. Pensamos que los beneficiarios de nuestro amor deben «merecerlo» antes. ¡Pobres de los hombres si Dios amase sólo a quienes lo merezcan! «No te pregunto cuáles son tus opiniones o cuál tu religión, sino sólo cuál es tu dolor», solía decir Pasteur. El ser pobre, el ser necesitado, ya son de por sí suficiente «mérito» como para merecer amor.

Por eso el verdadero amor es el que sale del alma sin esfuerzo, como la respiración de la boca. El amor que resulta simplemente «necesario», ya que sin él no podríamos vivir. Aunque sólo sea porque —como decía Camus— «nos avergoncemos de ser felices nosotros solos».

No es que debamos amar *para* ser felices (eso sería una forma de egoísmo), pero es un hecho que «hay que crear otras felicidades para ser feliz», como decía Follereau, pues «la felicidad es lo único que estamos seguros de poseer cuando la hemos regalado».

Pero todo ello sólo se conseguirá cuando —como hacía el papa Juan XXIII— hagamos cuatro cosas:

- Dejar sobre la mesa *nuestras* preocupaciones personales, nuestros importantísimos papeles.
- Asomarnos a la ventana del alma, saliendo de nosotros mismos.
- Tomando los prismáticos del amor, que ven más allá que los cortos ojos de nuestro egoísmo.
- Sabiendo descubrir que en torno a cada cúpula, a cada cosa, hay gente que sufre y que es feliz, y que los unos y los otros son nuestros hermanos.

COMPADECER CON LAS MANOS

Hablo en mis artículos tanto de alegría, de esperanza, del gozo de vivir, que a veces me da miedo de estar fabricando fábulas en el alma de mis lectores. ¿Es que no veo el dolor? ¿Carezco de ojos para la sangre?

Lo sé muy bien: mentiría si pintase un mundo en el que nos olvidásemos de que «algunos sufren tanto, que no pueden creer que haya alguien que les ama», como dice el cardenal Hume. El dolor es la cortina negra que impide a muchos ver a Dios. Y no podemos ponernos unas gafas doradas para ignorar todo ese llanto.

Y voy a aclarar enseguida que no hablo de «nuestro propio dolor», sino del de los demás. El propio ya es suficientemente cruel como para que ignoremos de cuando en cuando su latigazo. El de los demás, en cambio, podemos ignorarlo, dejarlo entre paréntesis, encerrarnos en el *ghetto* de nuestra propia felicidad como si nada hubiera más allá de nuestras alegrías.

Hay seres que tienen en este punto una especial sensibilidad. Recuerdo aquel poema de Roland Holst que confesaba: «A veces me es imposible conciliar el sueño por las noches, pensando en los sufrimientos de los hombres». O aquellas otras palabras de Van der Meer: «Me es imposible desterrar de mi atención los sufrimientos de la humanidad. Todos los sufrimientos, corporales y espirituales. No quiero gozar de reposo mientras los pobres, los mendigos y los vagabundos, atezados por el hambre y por el frío, están ahora durmiendo entre harapos en los túneles y en las escaleras del Metro, porque allí, en el enrarecido aire subterráneo se está caliente. Esta miseria me concierne. Es ahí, en esos cuerpos, en esos corazones, donde Jesús prosigue, de un modo misterioso, su pasión».

A veces me pregunto si Dios no debería concedernos a todos los humanos un don, un don terrible. Concedérselo una sola vez en la vida y sólo durante cinco minutos: que una noche se hiciera en todo el mundo un gran silencio y que, como por un milagro, pudiéramos escuchar durante esos cinco minutos todos los llantos que, a esa misma hora, se lloran en el mundo; que escucháramos todos los ayes de todos los hospitales; todos los gritos de las viudas y los huérfanos; experimentar el terror de los agonizantes y su angustiada respiración; conocer —durante sólo cinco minutos— la soledad y el miedo de todos los parados del mundo; experimentar el hambre de los

millones de millones de hambrientos por cinco minutos, sólo por cinco minutos. ¿Quién lo soportaría? ¿Quién podría cargar sobre sus espaldas todas las lágrimas que se llorarán en el mundo esta sola noche?

De todos los crímenes que en el mundo se cometen, el más grave es el desinterés, la desfraternidad en que vivimos. Sufrimos mucho más por un dolor de muelas que por la guerra Irán-Irak. Llegamos a conmovernos ante ciertas catástrofes cuando nos las meten en casa a través de la pequeña pantalla, pero esa conmoción queda inmediatamente sumergida por la cancioncilla que cantan después. Los que sufren piensan sólo en su dolor personal. Los que no sufren no llegan ni a enterarse de que el mundo es un formidable paraíso de dolor.

Hasta la «compasión» la hemos empequeñecido. Busco en el diccionario esta palabra, y la define así: «Sentimiento de ternura o lástima que se tiene del trabajo, desgracia o mal que padece alguno». Eso es: todo se queda en el puro sentimiento. La compasión se ha convertido en un remusguillo en el corazón, que nada remedia en el mundo, pero nos permite calmarnos a nosotros mismos convenciéndonos que con ello hemos estado ya cerca del dolor ajeno.

Ante el dolor nos compadecemos o hacemos disquisiciones filosóficas, o cuando más, elaboramos teorías sobre su valor redentor. Pero Cristo no redimió explicando nada. Bajó al dolor, estuvo junto a él, se puso en su sitio.

Por eso habría que lanzar una cruzada de «compasión con las manos». Kierkegaard comienza uno de sus tratados diciendo: «Éstas son reflexiones cristianas; por tanto, no hablan del amor, sino de las obras del amor». Eso es: en cristiano, amar es hacer obras de amor; compasión es ponerse a sufrir con los demás, comenzar a combatir o acompañar al dolor. No se trata de no poder dormir pensando en la gente que sufre; se trata de no saber vivir sin estar al lado de los que sufren.

La compasión verdadera no es la que brota del sentimiento, sino la que se realiza en comunión. Compasión quiere decir padecer con. Comunión, estar unido con. Ni la una ni la otra pueden reducirse a un calorillo en el corazón, sino a una mano que ayuda o una mano que abraza. La falsa compasión es la de las mujeres que lloraban camino de la cruz. La verdadera, la del Cirineo, que ayudó a llevarla. Sólo una humanidad de cirineos hará posible que quienes sufren lleguen a descubrir que Alguien (y alguien) les ama.

CREER APASIONADAMENTE

Hace un montón de días que me persigue una pregunta de Jean Rostand: «Los que creen en Dios, ¿piensan en él tan apasionadamente como nosotros, que no creemos, pensamos en su ausencia?».

La cuestión me ha herido porque me parece exactísima: tampoco yo he entendido jamás que se pueda creer en Dios sin sentir entusiasmo por él. Y siempre me ha aterrado esa especie de «anemia espiritual» en la que, con frecuencia, se convierte la fe.

Y la fe puede ser un terremoto, no una siesta; un volcán, no una rutina; una herida, no una costra; una pasión, no un puro asentimiento. ¿Cómo se puede creer — de veras, de veras— que Dios nos ama y no ser feliz? ¿Cómo podemos pensar en Cristo sin que el corazón nos estalle?

Me enfurece la idea de que la gente de mundo crea con más apasionamiento en las cosas del mundo que los creyentes en las cosas de la fe. ¿Por qué un cura ha de vivir su ordenación con menos pasión o menos gozo del que sienten dos enamorados? ¿Cómo puede un teólogo hablar de Dios con menos entusiasmo que el esposo de la esposa o el padre de sus hijos? ¿Por qué los creyentes gozan menos en las iglesias que los espectadores en el cine? ¿Es, acaso, que Dios es más aburrido que la televisión?

¡Qué difícil es, sin embargo, encontrar creyentes rebosantes! ¡Y qué gusto cuando alguien te habla de su fe con los ojos brillantes, saliéndole Cristo por la boca a borbotones!

Confieso que lo que más me molesta de un sermón es que sea aburrido. Y no por razones literarias, sino porque todo el que aburre cuando habla es que no siente lo que dice. Cuando, en cambio, me encuentro con un cura que a lo mejor habla mal y dice cosas poco novedosas, pero las dice con pasión, con gozo de decir lo que predica, entonces uno respira porque yo nunca podré aceptar la fe de alguien que no es feliz con ella. Si yo fuera profesor de un seminario me preocuparía menos de que los alumnos aprendiesen a hablar bien que de que hablasen sonriendo, no con sonrisas-profidén, de esas que se ensayan delante de un espejo, sino con esas sonrisas que te salen del alma porque te gusta hablar a tu gente y, sobre todo, te encanta hablarles de

tu fe.

Tal vez por eso tengo yo tanto cariño a una serie de escritores a los que el gozo de ser creyentes se les escapa en cada letra: Teresa de Jesús, entre los antiguos, o Merton o Van der Meer de Walcheren, entre los actuales.

Estoy estos días releiendo el *Magnificat* de este último —un escritor a quien en España nadie parece conocer— y me apasiona su apasionamiento. Tanto si habla del dolor como si escribe sobre la oración, chorrea un gozo profundo que «huele» a fe. A veces casi te hace sonreír porque escribe en su ancianidad como lo haría un adolescente en las primeras cartas a su novia. Pero qué maravilla oír decir a un cristiano cosas como éstas: «La vida, cuando se vive con Dios, es arrebatadora». «Yo sé que nunca llegaré a saciarme de la Iglesia». «Ser cristiano es conocerlo todo, comprenderlo todo y amar a todos los hombres». Oírle definir la muerte del ser más querido para él como «una fiesta de dolorosa alegría» o escribir que «en cuaresma predomina la alegría, porque la alegría es el rasgo característico del cristiano redimido». O explicar que «Dios, frenético de amor, se hizo hombre». O comentar así este nuestro mundo enloquecido: «Estos tiempos que nos ha tocado vivir son muy agitados; agitados de manera espléndida. Nueva vida por todas partes».

¡Qué rabia, en cambio, los que no cesan de hablar de los sacrificios que cuesta ser cristiano, de las privaciones que impone la fe! ¿Es que puede ser un «sacrificio» amar a alguien? Ya, ya sé que con frecuencia hay que tomar la cruz; pero si la cruz no llega a resultarnos fuente de felicidad, ¿cómo podremos decir que la creemos redentora? Imaginaos que un muchacho hiciera esta declaración de amor a su novia: «Yo sé que para vivir a tu lado tendré que sacrificar muchas cosas, renunciar a muchos de mis gustos. Estaré contigo, pero quiero que llegues a apreciar el esfuerzo que eso me cuesta y lo bueno que soy haciendo tantos sacrificios por quererte». Supongo que no tardaría medio minuto la muchacha en mandarle al cuerno. Y éstas suelen ser las declaraciones de amor que los creyentes le hacemos a Cristo: le amamos como haciéndole un favor y sintiéndonos geniales por el hecho de estar con él un rato en lugar de estar «divirtiéndonos» en otro lado. Un dios que aburriese, un dios que fuera una carga, un dios que no saciase, ¿qué dios sería? Y un amante que no encuentra la cima de la felicidad en estar con aquél a quien ama, ¿qué tipo de amante será?

Lili Álvarez, en su *Testamento espiritual*, repite muchas veces que una de las cosas más olvidadas es el «carácter esencialmente fruitivo de la religión». Es exacto: la fe tiene que ser una fuente de goce. No del goce tonto que nos produce comer un helado o ver una película buena, sino ese otro gozo más hondo del equilibrio interior, que incluso puede ser compaginable con estar pasándolo fatalmente por fuera. Porque tenemos que vivir el dogma de la encarnación de manera total, sin escamotear las heridas que la encarnación llevó consigo. Pero ¡sin olvidar que también las heridas resucitaron!

Dejadme que os lo diga: me gusta ser cristiano, me encuentro muy feliz de serlo. También muy avergonzado de serlo tan mediocrementemente. Pero mi mediocridad —por

grande que sea— es siempre muchísimo más pequeña que la misericordia y la alegría de Dios. Sí, es cierto, todas nuestras estupideces, todos nuestros dolores empañan tan poco a Dios como las manchas al sol. Él está ahí, brillante, luminoso, seguro, feliz, encima de nosotros. A su luz es siempre primavera.

UN CADÁVER EN LA PLAYA

Una mañana de agosto, en una de las playas próximas a Montpellier, en Francia, apareció el cadáver de un hombre. Debía de tener cerca de setenta años y no había en él nada que ayudase a identificarle. Los mismos rasgos de su rostro aparecían hinchados, desfigurados, por la larga permanencia del cuerpo en el agua. Y el cadáver fue trasladado al Instituto Anatómico Forense de Montpellier, en espera de que alguien reclamase los restos de aquel pobre viejo, a quien una crisis cardíaca había sorprendido en pleno baño, tal vez a una hora en que la playa estaba solitaria.

«Solitario»: éste parecía ser el único signo de identificación de aquel anciano muerto. Solitario le había encontrado la muerte. Y solitario iba a permanecer durante seis largos días en los depósitos del Instituto Anatómico. Nadie parecía haberle echado en falta. ¿Era tal vez un mendigo sin casa ni familia? ¿Era alguien no amado por nadie, alguien sin quien el mundo podía seguir rodando como si nunca hubiera vivido?

Sólo al séptimo día iba a saberse que aquel cadáver era el de monseñor Riobé, obispo de Orleans, uno de los hombres más queridos y valorados del Episcopado francés. Un conocido periodista religioso de *Paris-Match*, Robert Serrou, le había prestado, quince días antes, su casita a la orilla del mar. Y el obispo estaba gozando de su retiro como un chiquillo. Pocas horas antes de su muerte había escrito la que sería su última carta: «Estoy conociendo, casi por primera vez en muchos años, el placer de no ser importante y pasar inadvertido. Por las tardes, cuando la playa se queda desierta, suelo darme un baño. Rezo mucho». Horas después, el corazón de uno de los más grandes profetas de nuestro siglo cesaba de latir. Y monseñor Riobé conocía la más honda de las soledades: ser un total desconocido.

Me impresiona la historia de este obispo que se despoja de todas sus hopalandas y baja desnudo a la muerte, como tantos pobres hombres de nuestro pobre siglo.

Hace cuarenta y tantos años —era yo un niño— conocí la primera muerte de un obispo. Y tuve la sensación de que el mundo se acababa. Aquel agonizante pareció que moría agitando las columnas en las que se apoyaba mi pequeña ciudad. Toda Astorga descendió al luto. «Ha muerto el obispo, ha muerto el obispo», se decían las gentes por las calles, hablando en voz baja, como si toda la ciudad fuese la casa

donde el muerto reposaba. Olían las calles a lilas y creo que no quedó en toda Astorga una sola persona que no desfilara por la capilla del seminario. Don Antonio Senso Lázaro estaba allí, más rosado que en vida, vistiendo rutilantes ornamentos episcopales, cruzadas las manos, en una de las cuales fulgía una amatista, y cubierta la cabeza con la más enjoyada de las mitras.

De todos los pueblos de la diócesis bajaron cientos de sacerdotes y aquella mañana batí mi récord como acólito: ayudé a veintitantas misas, atendiendo a la vez a varios altares, mientras estaban revestidos ya los sacerdotes que esperaban que concluyera el celebrante anterior. Sonaban a muerto todas las campanas de la ciudad, como si fuera en realidad todo un batallón de obispos quien hubiera fallecido. O como si hubiera muerto un jefe de Estado.

Este recuerdo se me mezcla ahora con la noticia de esta soledad. Y me pregunto cuál de las dos muertes es más «episcopal». Puesto a discurrir, recuerdo que a Cristo lo enterraron cuatro personas, sin inciensos, sin campanas, sin que los honorables de la ciudad bajaran «a rendirle los últimos honores». Puesto a seguir pensando, me digo a mí mismo si en una sociedad en la que resultaría imposible que un obispo bajara a bañarse como las demás personas en una playa poblada de veraneantes no es, en definitiva, más consecuente esta muerte solitaria que la unguida de los falsos brillos de los recuerdos que me llegan desde mi infancia. Al fin y al cabo, cuarenta años después, todos los muertos —obispos o mendigos— son igualmente anónimos y desconocidos.

Porque es cierto que toda muerte es solitaria. Y las velas, las amatistas, las campanas, son parte de la tramoya con la que nosotros fingimos amar tras la muerte a muchos seres a los que hemos arrinconado mientras vivían. Arriba, por fortuna, piensan de otro modo y tienen un amor menos efímero. Y no sé por qué, empiezo a tener como envidia de esta muerte sin mentiras de monseñor Riobé, de su cadáver flotando, de su mano fría y sin amatistas, de esa mano que, poco antes de morir, habló del único amigo que no falla, del único que rompe de veras la soledad del hombre, al escribir aquellas dos palabras que son como un testamento y un resumen de lo único importante: «rezo mucho».

CLASE SOBRE EL MATRIMONIO

¡Qué apasionante historia la de Pieter van der Meer! Él y su esposa Cristina vivieron una de esas aventuras que a mí me llenan de envidia: lucharon juntos, creyeron juntos, sufrieron juntos y fueron muy felices por haber podido hacer juntos todas esas cosas. El día en que Cristina murió («se fue a casa», diría él) Pieter, ya con ochenta años, entró en un monasterio cisterciense para seguir siendo allí feliz con el recuerdo de Cristina y el amor de Dios. Y cuenta, en su diario, algunas cosas que todos los curas deberían leer.

Por ejemplo, en una de sus páginas, al hablar de los estudios que tuvo que hacer, ya en su ancianidad, para poder ordenarse de sacerdote, escribe estas líneas:

Vengo del curso dedicado a los sacramentos: le ha tocado la vez al matrimonio. ¡Un hastío infinito! Me ha dado sueño: sólo disposiciones jurídicas, impedimentos, finalidades, etc. ¡Horripilante! Menos mal que me cabe el recurso de pensar en las bodas de Caná y en Cristina y vuelve a arder la luz del paraíso.

Digo que todos los curas deberían leer esto porque ¡hay que ver qué sermones hacemos sobre el matrimonio! ¡Hay que ver, sobre todo, cómo lo plantean nuestros libros de moral! Me imagino que la mayoría de los casados perderían las ganas de recibir ese sacramento si leyeran nuestros libros de texto. (A veces pienso que los hacen así para «proteger» nuestro celibato, pintándonos antipático el matrimonio).

Lo gordo del asunto es que —Van der Meer tiene razón— Cristo no lo hizo así: dio su lección de matrimonio en Caná durante una fiesta y rodeándola de un estallido de alegría. Porque si no descubrimos a los casados que el matrimonio cristiano es «la luz del paraíso», ¿qué les explicamos? ¿También los curas —por otro camino— vamos a contagiarnos de esa visión despectiva y cínica del matrimonio que circula por los «chistes de hombres»? Ya sé que es muy difícil vivir una vida de casados en alegría permanente (porque vivir «en alegría» es siempre difícil), pero ¡qué gusto cuando te encuentras dos casados que han entendido a fondo lo que es el amor hombre-mujer! Después del paraíso y de la fe, no hay nada parecido.

Yo pienso que los obispos no deberían ordenar de sacerdote a nadie que no

estuviera o hubiera estado enamorado. Y no digo enamorado de una mujer, sino enamorado de algo o de alguien, de su vocación, de su comunidad, de la vida. Y mejor si es enamorado de Dios.

Pero digo enamorado-enamorado, como están los chavales a los veinte años, cuando no saben ni respirar sin pensar en la persona a la que quieren. Porque si no se ha estado enamorado, no se puede hablar bien ni del amor, con minúscula, ni del Amor, con mayúscula.

Lo malo es cuando oyes a un cura hablar del matrimonio como una trampa o una fuente de peligros y de la mujer como una ocasión de pecados. ¿Tanto se habría equivocado Dios al crear la pareja? ¿Inventó esa ayuda de la que habla el Génesis para que Adán lo pasase mal? ¿Acaso dejó el paraíso de ser paraíso al llegar Eva? Que yo sepa, la cosa fue al contrario: el paraíso no lo fue del todo para Adán hasta encontrar a la que iba a ser carne de su carne.

Por la misma razón, no me ha gustado jamás que, al hablar del celibato, se diga que así, sin casarse, se puede amar más a Dios. Como si el amor fuese algo divisible; como si una hoguera perdiese algo de su fuego cuando se enciende, con su llama, otra hoguera. Que digan que el celibato da más libertad; que expliquen que el amor de Dios es ya suficiente para llenar una vida; que digan que, como el hombre es limitado, no tiene tanto tiempo como merecen sus feligreses si tiene que preocuparse por ganar el pan de sus hijos. Pero que no digan que un casado ama menos a Dios por amar a su esposa, como si Dios estuviera celoso del amor de los hombres.

Los curas, creo yo, deberíamos ser quienes hablásemos con mayor entusiasmo del amor matrimonial, precisamente porque hemos gustado lo que es el Amor. De otro modo, los casados, al oírnos, tendrán derecho a decir: «¡Un hastío infinito! ¡Horripilante!». Y harán muy bien pensando que, por fortuna, Cristo, en Caná, no le tuvo ningún miedo a la fiesta del amor. ¡Y hasta multiplicó el vino en ella! A veces pienso que algunos moralistas no le perdonarían nunca a Cristo ese milagro, temerosos de que algunos de aquellos comensales de Caná hubieran podido concluir la comida nupcial un poco piripis.

TIEMPO DE INQUISIDORES

Un lector amigo se ha escandalizado de que yo citara en mis *Razones para la alegría* la vieja frase latina *veritas odium parit* (la verdad engendra odio). «Pero ¿cómo? —me escribe—. ¿No dice la Escritura que la verdad es Dios?». He tenido que explicarle que —detrás de la paradoja— la frase tiene más sentido del que él se imagina.

Y tengo que empezar por decir que no sé quién es el autor original de la frase. En algún libro la he visto atribuida al latino Ausonio; otro autor la presenta como una máxima de Terencio; otras veces la he visto citada como de san Agustín o de san Antonio de Padua. Pero, sea de quien sea, así ha llegado hasta nosotros.

Los latinos le daban un sentido vulgar: es peligroso decir la verdad, porque cantárselas al prójimo le irrita. Así, habría que traducir no tanto «la verdad engendra odio» cuanto «decir la verdad provoca odio».

Pero yo prefiero tomarla en su literalidad porque creo que, si no todas las verdades, hay algunas formas de decir la verdad que llevan el odio en sus entrañas.

No toda verdad, claro. San Juan recordaba en su evangelio que el que es de la verdad escucha la voz de Dios. Y san Pablo aseguraba que la verdad nos hará libres.

Pero la verdad engendra odio cuando se endurece, cuando se petrifica, cuando se convierte en fanatismo. Es la verdad lanza en ristre la que es asesina. La verdad usada como arma de combate la que puede producir tantos muertos como una espada. La verdad dicha sin caridad e impuesta por la violencia. Esa verdad de la que dice la Biblia que «también los demonios creen y tiemblan».

Desgraciadamente, es demasiado frecuente el que el desmesurado amor a la verdad convierta al que la predica en un inquisidor y a la verdad que dice en un fanatismo.

Karl Jaspers definía así este estilo de pensar: «La fanática pasión por la verdad tiene carácter de acusación, de reprobación, de aniquilación, de desprestigio y de escarnio, de pretensiones morales, de superioridad ostentosa; esta pasión satisface los instintos de hacerse valer y de rebajar a los otros. Distintivo de esa verdad es convertirse inmediatamente en partido. Pregunta más por el adversario que por la verdad. La postura del vencedor es la forma de tal verdad. La negación y la polémica

son meras consecuencias».

Y Dietrich Bonhoeffer recordaba que «el cínico, con pretensión de decir la verdad en todas partes, en todo tiempo y a cualquier persona en la misma forma, no hace sino exhibir un ídolo muerto de la verdad. Porque no hay que olvidar que existe una sabiduría de Satanás. La verdad de Dios juzga lo creado por amor, mientras que la verdad de Satanás lo juzga por envidia y odio».

Pienso que es bueno establecer estas distinciones, porque parece que estamos en tiempo de inquisidores. Inquisidores de diversos colores, pero inquisidores. Inquisidores de derechas o progresistas, pero inquisidores. Gentes que se han congelado en *su* verdad y tratan de meterla a tornillo en las cabezas de los demás como si fuera *la* verdad.

Pero todos ellos olvidan que «el fanatismo —la frase es nada menos que de Voltaire— es la única cosa que ha producido más males que el ateísmo» y que el fanatismo sería la religión de las fieras si éstas pudieran practicar un culto.

¿Es ésa la verdad cristiana? Juan XXIII no se cansó de repetir eso de *veritas in caritate* (la verdad dicha con amor) ni de recordar que los modos de decir la verdad cuentan tanto como la verdad misma que se dice.

El inquisidor es algo espúreo dentro del mundo de la fe. La mejor tradición cristiana es la del respeto al hombre tanto como a la verdad. San Gregorio Nacianceno recordaba que «la salud consiste en el equilibrio». San Agustín aseguraba que «*non enim quia durum aliquid, ideo rectum*», es decir, que no por ser dura una posición debe deducirse que sea la recta. El espíritu católico es, a la vez, riguroso y comprensivo y «más caritativo que querrelloso». El cardenal Bérulle recordaba que «lo mismo que en los antiguos sacrificios que se ofrecían por la paz se despojaba a las ofrendas de la hiel, así también en los trabajos que se encaminan y consagran a la paz y la concordia de la Esposa de Dios hay que arrancar la hiel y la amargura de las contiendas».

Allí donde hay polémicas, heridas, amarguras, insultos, imposiciones, allí no se busca la verdad. Y esto por dos razones.

La primera, porque —como escribe Romain Rolland— «hay que amar a la verdad más que a sí mismo, pero hay que amar al prójimo más que a la verdad». Toda verdad usada como una apisonadora de hombres se convierte sin más en una mentira.

Y la segunda razón porque todo hombre inteligente —y más todo creyente— sabe que «toda verdad es el centro de un círculo y hay para llegar a ese centro tantos caminos como radios». «Los que son semejantes a Cristo —decía Claudel—, son semejantes entre sí con una diversidad magnífica». Y como dice Newman, «basta un momento de reflexión para convencernos de que siempre ha habido posturas diferentes en la Iglesia y siempre las habrá y que, si se terminaran para siempre, sería porque habría cesado toda vida espiritual e intelectual».

Pero parece que eso no está de moda. Nunca se habló tanto de pluralismo y nunca fueron los creyentes tan intolerantes los unos con los otros. Tanto abominar de la

Inquisición y ahora tenemos una en cada parroquia y en cada corazón. «Parece —ha escrito el padre Congar— que el demonio ha inspirado al hombre moderno un cierto espíritu de cisma, en el sentido genuino de la palabra, porque, en vez de comulgar en lo esencial respetando las diferencias, se dedica a distinguirse, a oponerse al máximo y a transformar en motivo de oposición aquello mismo que podría tener con los demás en espíritu de comunión».

Mas la discordia no es cristiana. «Es imposible —decía san Cipriano— que la discordia tenga acceso al reino de los cielos». Y es que la pasión fanática por la verdad, que brota del egoísmo, es dura, agresiva, impositiva, divisora. Mientras que —lo dice la epístola de Santiago— «la sabiduría que viene de arriba es pura, pacífica, indulgente, dócil, llena de misericordia y el fruto de la justicia se siembra en la paz».

CURAS FELICES

La semana pasada me ha ocurrido algo muy desconcertante: en uno de mis artículos decía yo, de paso, sin dar a la cosa la menor importancia, que me sentía feliz y satisfecho de ser sacerdote y que esperaba que esta alegría me durase siempre. Lo decía con la misma naturalidad con que pude escribir que me gusta la música o que prefiero el sol a la tormenta.

Y he aquí que he comenzado a recibir cartas felicitándome por haber dicho algo que, por lo visto, es sorprendente; algo que, según dicen mis comunicantes, sólo se atreve a afirmarlo en público quien tenga mucho valor. Y yo he leído estas cartas sin dar crédito a mis ojos, estupefacto, sin acabar de entender que alguien crea que implica valor el decir cosas que a mí me resultan simplemente elementales. En rigor, yo no necesito coraje ninguno para decir mi nombre, los años que tengo o lo que soy.

Pero, por lo visto, según quienes me escriben, ahora los curas se sienten como avergonzados de serlo; ocultan su sacerdocio como un hijo ilegítimo; y el que no abandona el ministerio —dicen— es porque aún no ha encontrado una forma mejor de ganarse la vida.

Pero ¡qué tontería! Creo que voy a devolver sus cartas a mis comunicantes para decirles que el número de curas felices es infinitamente mayor de lo que ellos se imaginan y que si no todos lo gritan en sus púlpitos o en los periódicos es por sentido común o porque ahora lo que está de moda es presumir de malos, y así, mientras hoy uno puede encontrarse en la prensa la foto de una señora con un cartel que dice: «Soy una adúltera», resultaría bastante rarito que los curas caminaran por la calle con un rótulo que pregonara: «Soy feliz».

Sin embargo, hay que preguntarse cuáles son las raíces por las que el prestigio de la vocación sacerdotal ha bajado tantos kilómetros en la estimación pública. Porque esto sí es un hecho. Antaño, el anticlericalismo era una indirecta manifestación de estima, ya que sólo se odia lo que se considera importante. Hoy, me parece, funciona más que el anticlericalismo el desprecio, la devaluación, la ignorancia.

Los síntomas de esta bajada del clero a la tercera división social son infinitos. Citaré un par de ellos.

Se publicó hace tiempo un librito, editado por el Ministerio de Educación,

dedicado a presentar a los muchachos los *Estudios y profesiones en España*. Un libro supercompletísimo. ¿Que el muchacho quiere ser buzo? Busque en la página 64. ¿Le apetecería ser entomólogo? Encontrará orientación en la 78. ¿Prefiere ser bodeguero, bailarín o cristalógrafo? Lo tiene en las páginas 66, 135 y 101, respectivamente. Así que no sólo se ofrecen las tradicionales profesiones —médicos, abogados, maestros, ingenieros—, sino también las más nuevas o estrambóticas: azafata de congresos, actor, ceramista, peluquero, sedimentólogo, terapeuta, sociólogo, especialista en calderería de chapa. Todo cuanto usted pueda desear. Pero, naturalmente, no busque usted en la letra S la profesión de sacerdote; ni en la C, la de cura o la de clérigo. Menos, claro, busque en la M la vocación de ministro del culto. Ni siquiera busque en la B de brujo. Ser todo eso, para el Ministerio, debe de ser, cuando más, una vocación tolerada para la que no se ofrecen ni orientaciones ni posibilidades, como, por lo demás, tampoco se enseña a ser ladrón o atracador.

Pero más doloroso me parece el otro síntoma: el Instituto Gallup hace cada varios años un estudio sobre el reconocimiento social de las principales profesiones, y pide a sus encuestados que valoren «el nivel moral o grado de honestidad» que atribuyen a los miembros de cada uno de los principales grupos sociales. ¿Quedarán los sacerdotes en cabeza al menos en la valoración de su honestidad? En el último estudio aparecemos exactamente en la mitad de la tabla, en el puesto décimo entre veintiuna profesiones. Por delante de los banqueros, los políticos o los empresarios. Pero muy por debajo de ingenieros, médicos, periodistas, policías o abogados. Y lo que es peor, estamos en descenso: cinco años antes ese mismo sondeo situaba al clero en el quinto lugar de la tabla.

Voy a aclarar que a mí no me preocuparía el descenso de valoración «social». El que los curas, en cuanto tales, hayamos dejado de ser parte de los «notables», de las «fuerzas vivas» de la ciudad, no me parece ninguna pérdida. A Cristo y los suyos, evidentemente, nadie los colocaba junto a Pilato y Herodes. A mucha honra.

Más me angustia la pérdida de aprecio «moral» y —¿tal vez como consecuencia?— el que muchos sacerdotes pongan en duda lo que se llama «su identidad sacerdotal». Que ellos no acaben de ver muy bien para qué sirven y que tampoco lo entienda y valore suficientemente la comunidad.

Yo no sería honesto si no dijera que en esto ha contribuido decisivamente la curva de secularizaciones de los años posconciliares. Dios me libraré, claro está, de juzgar a las personas. Que a alguien por un momento le haya deslumbrado el amor de una muchacha más de lo que le alumbraba el fuego apagado de su vocación me parece doloroso, pero comprensible. Que alguien no sea capaz de soportar la soledad es uno de tantos precios que paga la condición humana. Pero lo que ya me resulta incomprensible es que el sacerdocio se abandone por cansancio, por desilusión, por sensación de inutilidad o porque —dicen— les asfixia la estructura de la Iglesia, para encontrarse —al salir— con que todas las estructuras de este mundo son hermanas gemelas, y la peor de todas es la propia mediocridad.

Y lo peor del asunto es que hayamos convertido la crisis de las personas —de algunas personas— en la crisis del clero. Es cierto: un cura que se iba, daba más que hablar que cien que permanecían. Y cuando en un bosque se talan dos docenas de árboles, todos los convecinos sienten como si el hacha golpeará también su corteza.

Toda esta serie de factores ha hecho que hayamos ido pasando del cura orgulloso de su ministerio al desconcertado de ser lo que es. Quisimos —y yo creo que con razón— dejar de ser «bichos raros»; alejarnos de unos vestidos que nos alejaban; quisimos —y creo que con acierto— sentirnos hombres «mezclados» con los demás hombres, y parece que nos hubiéramos vuelto «iguales» a los demás hombres, empezando por contagiarnos de esa tristeza colectiva, de ese desencanto que parece característico del hombre contemporáneo.

Y —¡claro!— comenzaron a bajar las vocaciones. Recuerdo que cuando yo fui, de niño, al seminario lo hice ante todo por nacientes razones religiosas. Pero también porque admiraba la obra de algunos sacerdotes muy concretos, porque veía que sus vidas estaban muy llenas, porque entendí o imaginé que siendo como ellos sería feliz como ellos eran.

Hoy entiendo que sea más difícil para un muchacho iniciar una carrera en la que no sólo va a ganar menos que siendo fontanero o peón de albañil, sino en cuya realización no viera felices y radiantes a quienes la viven.

Por eso me pregunto si una de las primeras tareas de la Iglesia de hoy —de toda ella: curas, religiosas, sacerdotes— no sería precisamente la de devolver a quienes la hubieran perdido su alegría y lograr que quienes —y son la mayoría— la tienen, pero apenas se atreven a mostrarla, saquen a la calle el gozo de ser lo que son. Aunque tengan que ir contra corriente de una civilización en la que lo que parece estar de moda es pasarse las horas contando cada uno la tripa que se nos rompió ayer por la tarde y en la que ser feliz y demostrarlo resulta una rareza.

Para ello no hace falta ponerse una careta con sonrisa-profidén. Basta con vivir lo que de veras se ama. Y saber que aunque en la barca de la Iglesia entra mucha agua por las ranuras de nuestros egoísmos, es una barca que nunca se hundirá. Porque es muy probable que nosotros, como personas, no valgamos la pena. Pero el sacerdocio, sí.

AL CIELO EN COHETE

Dice mi hermana que si las carmelitas no van al cielo en cohete, al cielo no iremos nadie. Y yo le digo que tiene razón, porque estoy conmovido y un poco asustado, como ella. Y esto me ocurre cada vez que vengo a este convento: siempre salgo con una rara mezcla de alegría, vergüenza y ganas de ser mejor, porque es, a la vez, fácil y difícil entrar en una casa en la que un grupo de personas toma el Evangelio en serio.

Hemos venido a celebrar las bodas de oro de profesión de una prima, y al entrar en la iglesia, sale a recibirnos un frío que se han traído directamente de Siberia. Nos miramos unos a otros tiritando y pensamos que entre estas paredes del siglo XVI el frío debe de acumularse de generación en generación y mejorar cada año de calidad, como el buen vino en las buenas bodegas. Pienso: cuando las monjas canten les saldrán carámbanos, en vez de voz, por los labios. Y no puedo menos de recordar el escándalo que en mi casa armamos todos los vecinos porque este año encendieron las calefacciones un poco tarde.

A través de las rejas intuyo veintiuna sombras, que luego se convierten en dulces voces —nada de carámbanos— que, sin ser el coro de la Scala de Milán, transmiten alegría.

La alegría, éste es el primer gran asombro. Me divierte comprobar que después, cuando en la homilía gasto alguna broma, se ríen las monjas, ocultas tras las rejas, mientras que mis parientes —sentados en los bancos de la iglesia— no tienen, ateridos como están, la menor gana de reír. A lo mejor es que las carmelitas ya están acostumbradas a este frío; a lo mejor es que saben reírse mejor los que son más puros.

Y siento una gran vergüenza al hablar a estas religiosas. Comento la última encíclica del papa y veo que ellas experimentan eso de que vivimos bajo un gran arco de la misericordia de Dios, eso de que no es cierto que los hombres estén abandonados a su suerte en un mundo hostil, porque hay Alguien —con mayúscula— que no sólo es que nos ame, sino que se dedica en exclusiva a amarnos. Les digo también que Dios mendiga nuestra respuesta de amor y que este amor nuestro no es objetivamente muy importante, pero que se vuelve importantísimo por el hecho de ser mendigado por Dios. Digo estas cosas y siento el pudor de quien diera limosna a un

rey, de quien regalara palabras a quienes llevan años tomándolas en serio y a la letra.

Yo sé, por ejemplo, que estas religiosas ayunan siete meses al año —pero con un ayuno entendido literalmente como una sola comida al día, con unas diminutas colaciones para engañar al estómago—; sé cómo son sus celdas y cómo en sus camas no conocen otra ropa que las mantas fabricadas por ellas mismas; sé qué radicalmente se entienden aquí la clausura y la obediencia.

Pero sé también que nada de esto las deshumaniza o deseca sus almas. Mi prima sabía de cada uno de mis familiares mucho más de lo que ninguno de «los de fuera» supiésemos; seguía nuestras vidas como si fuesen parte de la suya, a pesar de ese terrible olvido que nosotros cultivamos. Desde sus jovencísimos ochenta y seis años, mi prima tiene un favor que pedirme: que venga a celebrar su funeral. «Ven, si quieres, también antes; pero no faltes a mi funeral». Lo dice con naturalidad, sabiendo muy bien que la vida no interrumpe nada.

Y yo salgo preguntándome si los locos estamos a este o al otro lado de las rejas; si la vida verdadera está fuera o dentro; si podemos considerarnos cristianos quienes hemos combinado tan bien el frío de Belén con nuestras calefacciones centrales, la pobreza del Calvario con nuestras acciones bancarias, la inseguridad de quien no sabe dónde posará mañana su cabeza con nuestros montepíos y seguros.

Hay quienes dicen que las monjas de clausura no sirven para nada, que son vidas apostólicamente muertas. ¡Qué tontería! Al menos en lo que a mí se refiere, no he encontrado predicador como ellas.

EL ÁNGEL DEL AUTOBÚS

Me sucedió en Roma hace ya algunos meses. Una tarde de noviembre, cuando asistía como periodista a una de las sesiones del último sínodo de obispos, iba yo, con mi crónica en el bolsillo, camino de la central del télex para transmitir mis noticias al periódico. Y he aquí que, en una de las paradas del autobús, que iba casi desierto, una barahúnda de chiquillas, con sus vivos gritos y sus trajes de colores chillones, se coló dentro, como si de un hato de cabritillas se tratase. «Diecinueve billetes», pidió la monja que las acompaña.

Y de pronto el autobús se convirtió en una ensaladera de bullicio.

Fue entonces cuando la pequeña se acercó a mí con su bloc en la mano. Aún la estoy viendo: su abrigo rojo, el pelo castaño, recogido al fondo de la nuca, unos vivarachos ojos negros.

—¿Qué es para usted la Navidad? —me preguntó.

La miré por un momento desconcertado, sin entender a qué venía aquello.

—Es que nos han mandado en el cole que hagamos una encuesta.

Entendí. Las dieciocho chiquillas enarbolaban sus terribles bolígrafos y sus cuadernillos, dispuestas a asaetearnos a todos los viajeros del autobús y a todos los peatones de Roma si fuera necesario.

—¿Qué es para usted la Navidad? —insistía la chiquilla.

Me era difícil contestar deprisa a esta pregunta. Decir simplemente: «Navidad son los días más bellos del año», hubiera sido cómodo. Y tal vez la cría se hubiese alejado satisfecha, pues ella no buscaba tanto recibir respuestas interesantes cuanto el poder decir a la monja que había entrevistado a trece en lugar de doce.

Podía también contestar que «Navidad son los días de vivir en familia». Pero entonces tendría que añadir muchas explicaciones. Pensaba en mi madre muerta años antes. Recordé qué distintas eran las Navidades *con ella* y *sin ella*. ¿Debería entonces explicar a la niña que no hay una Navidad, sino muchas, y que cada Navidad es irreplicable dentro de nosotros?

¿O tal vez...? ¿No decepcionaría yo a esta niña si no le daba una respuesta religiosa, yo, sacerdote? ¿Debía entonces contestarle que cada Navidad era como una vuelta de Jesús a nosotros? Pero pensé que en este caso debería añadirle que para mí,

sacerdote, Navidad lo era cada mañana, en mis manos, a la hora exacta de la consagración.

Miré a la pequeña que me esperaba aún con sus grandes ojos abiertos y su bolígrafo posado ya sobre su blanco bloc. Sí, pensé: tal vez debería explicarle yo ahora *mi* definición personal de la Navidad: «Son los días en que cada hombre debe resucitar dentro de sí lo mejor de sí mismo: su infancia». Pero ¿entendería la pequeña mi respuesta, ella que, con toda seguridad, estaba ya deseando convertirse en «señorita», dejar lejos su infancia y su colegio, peinarse con una hermosa melenita y abandonar los calcetines rojos?

Estaba allí con sus grandes ojos, como un pequeño juez, expectante, ansiosa de mi respuesta. Fui vulgar. Dije: «Navidad son los días más hermosos del año». Y vi cómo la cría copiaba mi frase, feliz, simplemente porque, buena o mala, allí tenía una respuesta más para transcribirla mañana en su ejercicio.

—¿Qué quiere usted decir cuando dice «felices pascuas»?

La pequeña seguía mirándome, inquisitiva, como si tuviera perfecto derecho a mis respuestas. Y otra vez me encontré encajonado en aquella segunda pregunta que debía contestar a bocajarro.

¿Qué es lo que yo quería decir cuando digo felices pascuas? Nunca me lo había preguntado a mí mismo. Son frases que se dicen y escriben a derecha e izquierda sin pensarlas. Pero ¿qué es lo que verdaderamente deseo cuando hago ese augurio? ¿Deseo felicidad, salud, dinero, paz, bienestar, hondura cristiana, serenidad de espíritu? Tal vez debía responder que deseo una cosa distinta cada vez que lo digo: que al pobre le deseo un poco de segura tranquilidad; que al joven gamberro le deseo algo de la serenidad que tiene su padre y a su padre le deseo la vitalidad que tiene su hijo; que a la monja le deseo la potencia apostólica que tiene mi amigo el jocista^[*] y que a mi amigo el jocista le deseo la visión sobrenatural que tiene la monja. Pero todo esto era demasiado difícil de explicárselo a la pequeña periodistilla que esperaba allí, bolígrafo en ristre, mientras nuestro autobús trotaba por las calles de Roma.

—Paz —le dije—, cuando digo «felices pascuas» deseo ante todo paz.

La pequeña copió de nuevo mis palabras. Me dio las gracias. Y se marchó corriendo hacia el fondo del autobús, donde la esperaban sus compañeras.

—¿Qué te ha respondido, qué te ha respondido? —oí que le preguntaban.

Y luego seguí escuchando sus comentarios infantiles, gritados a dieciocho voces:

—Yo ya tengo once.

—Yo sólo dos. En mi casa son todos unos sosos.

—Es que yo pregunté a los vecinos del piso de arriba...

—Hombre, así...

El autobús había llegado ya a mi destino y bajé de él. Las periodistillas siguieron viaje y vi cómo estudiaban los rostros de los nuevos viajeros que entraban, cavilando sobre a quiénes podrían hacer víctimas de su inocente atraco.

Cuando me alejé, las calles me parecieron distintas. Faltaban aún casi dos meses

para la Navidad, pero, de pronto, alguien me había chapuzado en ella. Y la niña del abrigo rojo me pareció un ángel anticipado para anunciarme el gozo que llegaba.

¿Qué es para ti la Navidad?, me pregunté. Ahora ya no debía contestar con prisa, puesto que nadie esperaba mi respuesta bloc en ristre. Ahora había que contestar de veras. Ahora era necesario descubrir si después de cincuenta y tantas Navidades vividas en este mundo seguía yo aún sin saber qué era aquello.

Deambulé por las calles como un sonámbulo. Y desde entonces me ha ocurrido muchas veces: estoy reunido con mis amigos y, de repente, me quedo como transpuesto. Alguien estalla entonces, riéndose de mí, y dice que estoy en las batuecas. Y no es verdad: es que sigo, sigo tratando de encontrar la respuesta a las dos preguntas de la chiquilla. Porque son importantes.

¿Y la he encontrado? Todavía no. Habrá que darle aún muchas vueltas en la cabeza. Pero estoy completamente seguro de que si este año entiendo la Navidad un poco mejor y si saludo a mis amigos con un «felices pascuas» menos frívolo..., la culpa, la deliciosa culpa, será de aquella chavalilla del abrigo rojo, mi ángel del autobús romano que me anunció la Navidad anticipadamente.

LA RISA DE LÁZARO

De todos los personajes que yo haya conocido el que más me impresiona es Lázaro. Sí, Lázaro, el que Jesús resucitó en el Evangelio. Me he preguntado muchas veces cómo sería su vida después de la resurrección, qué pensaría de los que le rodeaban, cómo entendería esa segunda vida que le dieron de regalo. Me gustaría saber qué sentiría al ver de nuevo el sol, al oler las rosas, al acercarse —tal vez temblando— la cuchara a la boca, preguntándose quizá si esta segunda vida no sería un sueño o si, más bien, no habría sido un sueño toda la anterior. ¿Sería ahora —al paladearlo— más sabroso en su boca el jugo de las naranjas? Y el tiempo, ¿sería ahora para él más rápido y voraz o, por el contrario, lo vería pasar a su lado majestuosamente lento?

No lo sé. Pero de algo estoy seguro: ahora su vida sería distinta, todo tendría sentido, visto, como lo veía, a la luz de la muerte dejada atrás. ¿O quizá seguiría temiendo la segunda muerte, la definitiva? ¿Y la vería con terror? ¿Como un descanso definitivo? ¿Como un deseo de paz?

Eugene O'Neill, que, como tantos escritores, ha querido excavar en la vida de este muerto-resucitado, ponía en labios de Lázaro una risa terrible y compasiva cuando él, ya inmortal o, cuando menos, semimortal, se volvía a sus pobres conciudadanos que jamás habían «visto» y les gritaba: «Ésa es vuestra tragedia. ¡Olvidáis! ¡Olvidáis al Dios que hay en vosotros! ¡Queréis olvidar! El recuerdo implicaría el alto deber de vivir como un hijo de Dios... generosamente, con orgullo, con risa. ¡Ésa sería una victoria harto gloriosa para vosotros, una soledad harto terrible! ¡Es más fácil olvidar, convertirse solamente en un hombre, en el hijo de una mujer; ocultarse en la vida contra su pecho, lloriquearle vuestro miedo a su resignado corazón y ser consolado por su resignación! ¡Vivir negando la vida!».

He releído centenares de veces estas palabras, saboreándolas, desmenuzándolas. Porque pocas leí más verdaderas. Es cierto: tal vez Dios misericordioso nos concedió la morfina del olvido para que no tuviéramos que pasarnos la vida descubriendo al lado de qué abismos vivimos, qué riesgo es el nuestro, si perdemos el Dios que llevamos dentro maniatado. El hombre, cada hombre, vive nueve de cada diez horas dormido. Se acurruca en su mediocridad. Vive como si le sobrara el tiempo y como si

sus despilfarros de horas pudieran recuperarse mañana.

Vivir como el hombre que somos, como el hijo de Dios que somos, sería como tener doce caballos tirándonos del alma, sin dejarnos practicar el deporte que más nos gusta: sestear, dejarnos vivir, recostarnos en la almohada del tiempo que se nos escapa. Sí, cada hora muerta es como si nos arropásemos con nuestra propia losa. Ea, sí, bailemos, encendamos el televisor, «matemos» esta tarde. Vivirla sería mucho más cuesta arriba. Y así, vamos matando y matando trozos de vida, convirtiéndonos no en hombres, sino en muñones de hombres incompletos. «Murió prematuramente», decimos de quienes fallecen jóvenes. ¿Y quién no muere habiendo vivido —cuando más— un cuarto de sí mismo?

NOTAS SOBRE LA AMISTAD

I

En las cartas que recibo de muchachos jóvenes (y a veces también en las de mayores) aparece, casi obsesivamente, un tema que les preocupa: la dificultad para encontrar verdaderos amigos. Tal vez, por ello, valga la pena hablar de ello.

Porque es cierto: «el mundo en que vivimos está menesteroso de amistad». Hemos avanzado tanto en tantas cosas, vivimos tan deprisa y tan ocupados, que, al fin, nos olvidamos de lo más importante. El ruido y la velocidad se están comiendo el diálogo entre los humanos y cada vez tenemos más «conocidos» y menos amigos. El viejo «cisne negro» —como llamaba Kant a la amistad— se está volviendo no ya algo difícil, sino simplemente milagroso.

Y, sin embargo, nada ha enriquecido tanto la historia de los humanos como sus amistades. Laín Entralgo revisa, en su precioso libro *Sobre la amistad*, la historia de la amistad en Occidente y saca a flote ese hilo de agua limpia que la amistad ha ido significando para todos los paladines de nuestra civilización. Sócrates aseguraba que prefería un amigo a todos los tesoros de Darío. Para Horacio, un amigo era «la mitad de su alma». San Agustín no vacilaba en afirmar que lo único «que nos puede consolar en esta sociedad humana tan llena de trabajos y errores es la fe no fingida y el amor que se profesan unos a otros los verdaderos amigos». Ortega y Gasset escribía que «una amistad delicadamente cincelada, cuidada como se cuida una obra de arte, es la cima del universo». Y el propio Cristo, ¿no usó, como supremo piropo y expresión de su cariño a sus apóstoles, el que eran sus «amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»?

Pero la amistad, al mismo tiempo que importante y maravillosa, es algo difícil, raro y delicado. Difícil porque no es una moneda que se encuentra por la calle y hay que buscarla tan apasionadamente como un tesoro. Rara porque no abunda: se pueden tener muchos compañeros, abundantes camaradas, nunca pueden ser muchos los amigos. Y delicada porque precisa de determinados ambientes para nacer, especiales cuidados para ser cultivada, minuciosas atenciones para que crezca y nunca se degrade.

Por eso habrá que empezar por decir que un hombre con ganas de ser enteramente hombre tiene que colocar la amistad en uno de los primeros lugares de su escala de

valores y que, contra lo que suele decirse, el mejor modo de ganar nuestro tiempo es «perderlo» con los amigos, esos «hermanos que hemos podido elegir a nuestro gusto».

II

Uno de los fenómenos más asombrosos de este mundo en que vivimos es que se habla tanto más de una cosa cuanto menos importante es. Se llenan páginas y páginas de los periódicos para aclarar una jugada futbolística (tremendo drama: ¿fue o no un *penalty*?) y nadie habla jamás —ni en los diarios, ni en los púlpitos, ni en las cátedras— de cuestiones tan vitales como la de la amistad. Y, naturalmente, todos decimos saber mucho de ella, pero raramente nos hemos sentado a reflexionar.

Me gustaría salir a la calle y preguntar a la gente qué entiende por «amistad». Muchos la confundirían con la simple simpatía, el compañerismo, la camaradería. O tal vez —por el otro extremo— con el enamoramiento o con el erotismo. Y la amistad está en medio, como una de las más altas especies del amor.

Si los lectores no lo consideran cursi recordaré aquí la vieja definición de Aristóteles: «La amistad consiste en querer y procurar el bien del amigo por el amigo mismo». O la recientísima de Laín Entralgo, que me parece más completa: «La amistad es una comunicación amorosa entre dos personas, en la cual, para el bien mutuo de éstas, se realiza y perfecciona la naturaleza humana». O la también profunda de Faguet: «La amistad es una confianza del corazón que conduce a buscar la compañía de otro hombre (o mujer) elegido por nosotros entre los restantes y a no tener miedo de él, a esperar de él apoyo, a desearle el bien, a buscar ocasiones de hacérselo y a convivir con él lo más posible».

Con ello queda dicho que la amistad no es el simple compañerismo o camaradería, aunque pueda surgir del uno o de la otra. Queda también dicho que la amistad no es el enamoramiento, aunque probablemente el mejor amor es el que va unido a la honda amistad.

Pero, sobre todo, queda dicho que en la amistad no se busca la «utilidad» —aunque no pocas pseudoamistades se monten como un negocio—, sino que a ella se va más para dar que para recibir, aunque nada perfeccione tanto a un ser como dar a otro lo mejor de sí mismo. Una verdadera amistad es sólo la que enriquece a los dos amigos, aquélla en la que el uno y el otro dan lo que tienen, lo que hacen y, sobre todo, lo que son.

De ahí que ser un buen amigo o encontrar un buen amigo sean las dos cosas más difíciles del mundo: porque suponen la renuncia a dos egoísmos y la suma de dos generosidades. Suponen, además y sobre todo, un doble respeto a la libertad del otro, y esto sí que, más que una quiniela de catorce, es un simple milagro. «La amistad verdadera —escribe Laín— consiste en dejar que el amigo sea lo que él es y quiere

ser, ayudándole delicadamente a que sea lo que debe ser». ¡Y qué difícil esta frontera que limita al Norte con el respeto y al Sur con el estímulo! ¡Y qué fácil caer en esa especie de vampirismo espiritual en el que uno de los dos amigos devora al otro o es devorado por su voluntad más fuerte!

¡Qué enriquecedora!, en cambio, esa amistad que maduran los años y en la que nos sentimos libres y sostenidos, aceptados tal y como somos y delicadamente empujados hacia lo que deberíamos llegar a ser. Tesoros como éste son como para vender todo lo demás y comprarlos.

III

Cuando Ortega escribió que «una amistad delicadamente cincelada, cuidada como se cuida una obra de arte, es la cima del universo» sabía muy bien lo que se decía. Pero no todos lo recuerdan y piensan que una amistad crece con sembrarla sin cultivarla. Pero eso difícilmente pasa del compañerismo. Una verdadera amistad o nace cada día, o se mustia; o se mima como una planta, o se reduce a un tapasoleadas.

Y no es nada fácil cultivar una amistad. Yo recordaría los, al menos, seis pilares sobre los que se apoya cuando es auténtica.

En primer lugar, el respeto a lo que el amigo es y como el amigo es. Una pareja en la que la libertad del otro no es respetada, en la que uno de los dos se hace dueño de la voluntad del otro, es un ejercicio de vampirismo, no una amistad.

En segundo lugar, la franqueza, que está a media distancia entre la simple confianza y el absurdo descaro. Jesús decía a sus discípulos que ellos eran sus amigos porque les había contado todo cuanto sabía de su Padre. Porque amistad es confianza; más que simple sinceridad, es intimidad compartida.

Y amistad es generosidad, que no tiene nada que ver con la «compra» del amigo a base de regalos, sino don de sí; compartir con naturalidad lo que se es y lo que se tiene. En el regalo artificial hay siempre algunas gotas de hipocresía, de compraventa de favores. No ocurre lo mismo con el don espontáneo que se hace sin poder evitar hacerlo. Y, en todo caso, el regalo del amigo verdadero es aquel que apenas se nota y tras el que el otro no se siente obligado a pagar con un nuevo regalo. En la amistad, más que en parte alguna, la mano izquierda no debe saber lo que hace la derecha.

La amistad es también aceptación de fallos. Los amigos del tipo «perro-gato» que se pasan la vida discutiendo por cualquier cosa a todas horas, tal vez sean buenos camaradas, pero difícilmente serán auténticos amigos. Y peor es el amigo «tutelador», el que a todas horas sermonea al amigo, el que se exhibe constantemente como el ejemplo a imitar, formas todas estas patológicas de la auténtica amistad.

La quinta columna de la amistad es la imaginación frente a uno de sus mayores peligros: el aburrimiento. Toda verdadera amistad es fecunda en ideas, en saber adelantarse a los gustos del amigo, en saber equilibrar el silencio con la conversación,

en descubrir cuándo se consuela con la palabra y cuándo con la simple compañía.

Y la sexta podría ser la apertura. Una amistad no es algo cerrado entre dos, sino algo abierto a la camaradería, al grupo, porque la amistad no es una forma de «noviazgo» disfrazado.

Seis columnas que se resumen, al final, en una sola: la amistad es lo contrario del egoísmo. No se asume porque *me* enriquezca, sino porque dos quieren enriquecerse mutuamente en la medida en que cada uno trata de enriquecer al otro. Es, ya lo he dicho, una forma de amor. Una de las más altas.

IV

Tal vez la página más hermosa que yo haya leído jamás es aquella en la que san Agustín, en *Las confesiones*, narra la muerte de un joven amigo, con lágrimas y desgarramientos que hoy —que impera la gelidez— nos parecen casi melodramáticos, pero que son terriblemente verdaderos:

Suspiraba, lloraba, me conturbaba y no hallaba descanso ni consejo. Llevaba yo el alma rota y ensangrentada, como rebelándose de ir dentro de mí, y no hallaba dónde ponerla. Ni en los bosques amenos, ni en los juegos y los cantos, ni en los lugares aromáticos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho y del hogar, ni siquiera en los libros y en los versos descansaba yo. Todo me causaba horror, hasta la misma luz; y todo cuanto no era lo que él era, aparte el gemir y el llorar, porque sólo en esto encontraba algún descanso, me parecía insoportable y odioso.

Creo que nunca se ha dicho mejor lo que es la amistad y lo que implica su pérdida. Tal vez quienes hayan sentido la muerte de un verdadero amigo en edad juvenil lo comprendan. Ese vacío total, esa sensación de insipidez en todo lo que nos rodea, esa seguridad de que nadie ni nada colmará ese vacío. Ese hacer daño hasta la misma luz. Ese sentirse avergonzado de estar vivo mientras el amigo se enfría bajo tierra.

Toda muerte es terrible, lo sé. Recibo a veces cartas de muchachos o muchachas que han conocido ese trance y me quedo siempre temblando ante la máquina de escribir a la hora de responder sus cartas. ¿Qué decirles? ¿Cómo explicarles que muere el cuerpo, pero no muere aquello por lo que hemos amado a una persona?

Ayer hizo veinte años de la muerte de mi madre. Y recuerdo que en la homilía de su funeral yo dije esa misma frase que acabo de escribir: «Yo sé que aquello por lo que yo la quería no morirá jamás». Y hoy —veinte años después— sé que no mentí. Sé que la muerte no destruye nada. Rompió, sí, el hilo que nos unía a los dos. Pero nada destruyó de ella. No vive hoy menos en mí de lo que vivió mientras vivía.

Recuerdo ahora la pregunta que —con ingenuidad y hondura al mismo tiempo— se plantea santo Tomás en su *Suma Teológica*: «¿Para la bienaventuranza eterna se requiere la sociedad de los amigos?». Es decir: ¿Habría cielo sin ellos? La respuesta del santo de Aquino es aún más conmovedora: «Para la felicidad perfecta en el cielo no es necesariamente requerida la compañía de los amigos, puesto que el hombre encuentra en Dios la plenitud de su perfección; pero algo hace esa compañía para el bienestar de la felicidad».

Traducido a nuestro lenguaje de hoy, diríamos que los amigos —incluso en la otra vida— serán necesarios para la «buena compostura» del cielo, su compañía será como «el aderezo necesario de la gloria». Esa gloria que fray Luis de Granada interpretaba como una gozosa e interminable tertulia con Dios y con los amigos en torno a él.

La amistad —ya lo veis— tiene un alto puesto incluso en la mejor teología. Felices los que saben vivirla y cultivarla.

NOTAS SOBRE LA LIBERTAD

¿Por qué se habla ahora tanto de libertad? ¿Será tal vez porque tenemos menos que nunca? Es ésta una palabra que no se nos cae de los labios: aparece en las pancartas de todas las manifestaciones; está detrás de las causas por las que se combate; incluso entre bandas que discuten entre sí, las dos enarbolan esa misma bandera. ¿Será porque siempre se habla y se pide lo que no se posee?

Cuando leo a los grandes escritores clásicos veo que ellos hablan poco de libertad. Pero la respiran. Sus escritos dan la impresión de gente que se siente bien instalada en el mundo, que vive sus aventuras humanas con naturalidad, con una especie de seguridad desenvuelta, de la que los hombres y escritores de hoy carecen absolutamente.

Ahora, en cambio, todos quieren «liberarse». Las mujeres hablan de su liberación; los jóvenes exigen, ante todo, la libertad frente a sus padres; clamamos por la libertad política, la libertad de información, la libre elección de trabajo. Y parece que nadie fuera realmente libre. En política, ya sabemos que la democracia es el arte de elegirse un dictador cada cuatro años. Que la libertad de televisión consistirá en que podremos elegir entre cinco canales, sabiendo que los cinco serán gemelamente idiotas y que al final seremos libres para todo menos para dejar de encender el cacharro, porque se ha vuelto una droga de la que ya no sabemos prescindir.

Hace días ha comenzado la televisión mañanera. ¿Somos más libres? Ha cambiado, simplemente, el horario en que las mujeres hacen sus compras y hasta parece que ha disminuido el número de enfermos que acudían a los dispensarios. ¿A costa de qué? De una nueva cadena que ata a las mujeres a ver *Dinastía*.

Y el automóvil, ¿nos ha dado libertad? Ahora somos más libres en nuestros desplazamientos, pero a veces tardamos el doble en realizarlos por los atascos, y hemos perdido la libertad de respirar aire puro. Se diría que cada nueva liberación trajera consigo una nueva cadena. ¿Y puede decirse que no son esclavos los miembros de una civilización en la que el noventa y cinco por ciento de ellos se ve obligado a hacer un trabajo que no ama? «Para las clases inferiores —decía Sam Johnson—, la libertad es poco más que la elección entre trabajar y morir de hambre». ¿Y son acaso libres los ricos, encadenados como están a su dinero y a las

convenciones de su clase?

Y, sin embargo, habría que decir rotundamente que es la libertad lo que nos hace hombres. «La libertad, amigo Sancho —decía Don Quijote—, es uno de los primeros dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres».

Pero ¿qué es verdaderamente la libertad? Aquí hay que salir enseguida al paso del mayor y más corriente de los equívocos: la libertad no puede ser el capricho, la «real gana», el derecho a despilfarrar nuestra propia alma. La libertad tiene que ser algo positivo. No es libre una veleta por el hecho de que pueda girar, cuando es, de hecho, esclava de todos los vientos. «La libertad —decía Platón— está en ser dueños de la propia vida». La libertad tiene que ser la posibilidad de realizar nuestro proyecto de vida sin que nadie lo impida desde fuera, ni nada lo devalúe desde dentro. Quien no tiene un proyecto claro de vida, quien no sabe lo que es y quiere ser, jamás será libre. Podrá no sentirse encadenado, pero lo estará a su propio vacío. La libertad es algo que está al servicio de nuestra autorrealización.

Para disfrutarla hay que tener entonces, en primer lugar, un proyecto propio de vida. «La única libertad que merece este nombre —decía Stuart Mili— es la de buscar nuestro bien por nuestro propio camino». Por eso toda libertad empieza por someterse a una ley: la de seguir el camino que hemos libremente elegido. Salirse de ese camino o no tenerlo —con la disculpa de que caminando a campo traviesa somos más libres— es carecer de toda verdadera libertad. No hay libertad sin voluntad libremente asumida. No hay libertad sin razón, sin sujetarse a las reglas que toda razón impone. «Quién, en nombre de la libertad —como decía Ortega—, renuncia a ser el que tiene que ser, ya se ha matado en vida: es un suicida en pie. Su existencia consistirá en una perpetua fuga de la única realidad que podía ser».

¿Y qué es un proyecto de vida? Es la suma de cuatro factores: la realidad de nuestra naturaleza + las circunstancias personales y sociales en que vivimos + la luz de la meta ideal que nos hemos propuesto + el esfuerzo constante para conseguirlo. Si falla cualquiera de estos cuatro factores, nuestra vida será esclava e incompleta.

Por eso, en primer lugar, la libertad es algo que se realiza siendo lo que somos y tal como somos. Nadie es libre en la piel de su prójimo. Sólo somos libres *desde* nosotros mismos, asumiendo cordialmente lo que somos, listos o tontos, gordos o flacos, valientes o cobardes. Ésa es la tierra desde la que hay que construir. No desde los sueños. Una libertad soñada es eso: un sueño.

El segundo factor son nuestras circunstancias: tenemos que ser libres dentro de la civilización en la que de hecho vivimos; libres desde la educación que hemos recibido y de la que podemos recibir; libres —relativamente— desde nuestras circunstancias económicas y sociales. Mi tope de libertad no será el del rey o el del pordiosero. Yo tengo que llenar hasta el límite *mis* cotas de libertad, no las que

imaginariamente pude tener.

Luego está —fundamentalísimo— el ideal por el que libremente hemos apostado. Y seremos libres estando «al servicio» de ese ideal, que a veces parecerá que nos encadena, pero que nos está multiplicando. Sólo se es libre cuando se tiende hacia algo apasionadamente.

Y después está el esfuerzo de cada día. Porque la libertad ni se encuentra ni se otorga, se construye. No deja de tener gracia el que, ante unas elecciones, tal o cual partido —o la propia jerarquía eclesiástica— diga que «nos da libertad de voto». Nadie «da» la libertad. La libertad no viene de fuera. Pueden partidos o instituciones no poner trabas a nuestra libertad. Pero la libertad es nuestra.

Se construye... lentamente. «La libertad, como la vida —decía Goethe—, sólo la merece quien sabe conquistarla todos los días». Y es que nunca se es libre de una vez para siempre. Tras todo cambio político se grita: «Ya somos libres». Pero eso no es verdad. Tal vez hemos quitado una tapadera o hemos roto un tipo de cadenas, pero la libertad hay que seguir ganándosela cada día. Y no hay mayor peligro que creerse *ya* libre. «En la lucha por la libertad —decía Ibsen—, asegurar que ya se tiene es testimoniar que ya se ha perdido. La lucha por la libertad es la esencia de la libertad». La libertad es una fruta que se compra y conquista a plazos. Porque siempre es relativa. Se logran «cotas» de libertad. Nunca entera. Y tiene una terrible facilidad para retroceder. Las cadenas le surgen al hombre como a la tierra los abrojos. Crecen y rebrotan a poco que alguien se descuide.

¿Y cuáles son los enemigos de la libertad? Los hay exteriores e interiores. Los exteriores son infinitos y hoy —esto es grave— tienden a ser cada día más. Están las modas, las costumbres, las rutinas, el «todos lo hacen», las inacabables formas de presión social. ¿Es libre quien viste como todos visten y porque todos visten así? ¿Son libres las nuevas modas que quieren ser tan rebeldes a las viejas formas que acaban convirtiendo esa rebeldía en una nueva moda? ¿Es libre quien piensa como todos piensan porque sería un raro si se atreviera a pensar de modo distinto? Lo repito, tal vez nunca el hombre ha sido tan presionado como hoy: ha de comprar lo que los anuncios le meten por los ojos, ha de ir «donde va Vicente», tiene que hacer esto o aquello porque eso es lo que se lleva.

Pero tal vez el mayor enemigo de la libertad sea la política, incluso esas políticas que dicen ser caminos de libertad. Tiene razón Rosales cuando escribe que «la politización de la vida actual nos ha llevado a una especie de desamortización de la libertad». Y eso no sólo por el hecho de que el pequeño grupo que nosotros mismos —decimos que libremente— hemos elegido termine siempre por apoderarse de decisiones que, en definitiva, debían ser nuestras, sino sobre todo por el hecho de que la «invasión de la política» termina por condicionar esas otras pocas decisiones que aún creemos nuestras y libres. Hoy hay que pensar en bloque: si, por ejemplo, eres socialista o progresista has de elegir forzosamente todas las cosas que algunos o la moda han decidido que van en la línea del progreso. *Tienes* que ser abortista o

divorcista o te colocarán la etiqueta de conservador o retrógrado. Y *tienes* que asumir —incluso— los cambios de tus jefes: has de ser atlantista o anti-OTAN —por ejemplo— según gire el viento de la veleta de tus líderes. Al fin la libertad se reduce a la conveniencia del momento. El mal no es nuevo. Hace ya veinte siglos escribía Tácito que «son raros los tiempos felices en los que se puede pensar lo que se quiere y decir lo que se piensa». El debate que España está viviendo en torno al referéndum de la OTAN marca el ínfimo de libertad y el máximo de sumisión a la ventolera que conozca España en toda su historia. Y esto en todos los grupos y partidos.

Pero ahora hay que añadir que los verdaderos y más graves peligros le vienen a la libertad de dentro y no de fuera. «No hay en el mundo señorío como la libertad del corazón», decía Gracián. ¿Y quién es libre en su corazón? ¿Quién puede asegurar que su razón es más fuerte que sus pasiones? «Veo lo bueno y elijo lo malo», confesaba san Pablo. Los que no somos santos comprobamos a diario cómo sustituimos la libertad por el capricho, por los prejuicios, por lo más barato de nosotros mismos. ¿Soy yo libre cuando *libremente* hago el idiota? Cuántas veces la única libertad que ejercemos es la de elegir nuestra propia servidumbre.

Porque esto hay que decirlo: la libertad es cara y dolorosa. Ser libre es ser responsablemente libre. Y ésa es la razón por la que muchas veces elegimos una cómoda esclavitud frente a una costosa libertad. Dostoyevski, en su *Leyenda del Gran Inquisidor*, explica el fracaso de Cristo y su muerte precisamente porque dio libertad a los hombres, cuando los hombres prefieren pan en la esclavitud al tremendo esfuerzo de ser libres. «Da libertad al hombre débil —decía— y él mismo se atará y te la devolverá. Para el corazón débil la libertad no tiene sentido». Esto es algo que comprobamos todos los días: la gente preferirá siempre ser mandada a que se les enfrente con su propia responsabilidad; prefiere que se les diga lo que *deben* hacer a que se les enfrente con su libre conciencia. También Maquiavelo lo decía: «Tan difícil y peligroso es querer dar la libertad al pueblo que desea vivir en la esclavitud como esclavizar a quien quiere ser libre». Pero no son muchos los que «soportan» la libertad y el riesgo que lleva consigo. «La libertad —decía Rousseau— es un alimento muy sabroso, pero de difícil digestión». Es un vino generoso que fácilmente se sube a la cabeza. Sólo quien está muy acostumbrado puede beber libertad en fuertes dosis sin marearse.

Porque la libertad no sólo tiene por precio la responsabilidad, sino también la incompreensión y, por ende, la soledad. Nada odia tanto el mundo como un hombre independiente. Su sola existencia es una acusación para el borreguismo colectivo. Y pronto te bautizarán de «raro» si no te resignas a introducirte en alguno de los cajones que te ofrecen o si te resistes a que te pongan alguna de las etiquetas que están al día. Erasmo lo decía con frase triste y exaltante a la vez: «Moriré libre porque he vivido solo. Moriré solo porque he vivido libre». Pero esa soledad que se asume como un precio necesario para ser lo que se es se convierte en el mayor de los premios. Como decía lord Byron: «Aunque me quede solo, no cambiaría mis libres pensamientos por

un trono».

¿La libertad, entonces, es un don arisco, hurraño, que termina coincidiendo con mi propio egoísmo? Aquí tenemos que detenernos porque ésta sería la mayor de las falsificaciones de esa libertad. Yo no soy libre *para* separarme o distinguirme de los demás. Mi libertad es *mi modo* de vivir con los demás, mi forma de enriquecer al universo siendo fiel a mí mismo y, por tanto, haciéndome mejor para servir a los demás.

Y esto, en primer lugar, porque sé que mi libertad limita con la de los que me rodean. Antes citábamos a Stuart Mili. Voy ahora a completar la cita: «La única libertad que merece este nombre es la de buscar nuestro propio camino en tanto que no privemos a los demás del suyo». Mi libertad sólo existe si yo respeto la dignidad y libertad de los demás. De otro modo, no soy un hombre libre, sino un invasor, un dictador de la libertad.

Mi libertad, en rigor, me enriquece *para* los demás. El amor a la libertad es amor a los otros. El amor al poder es amor a nosotros mismos. Y Dios nos libre de quienes «imponen su libertad», que acaba siendo siempre su capricho.

Pero aún me parece que no he dicho lo más importante: la libertad es un solar, un solar en el que hay que construir algo. La vieja pregunta de Lenin «Libertad, ¿para qué?» tiene, desde este punto de vista, un sentido muy radical. No se es libre para ser libre, se es libre para hacer algo. La libertad no es un fin, es un medio. Y los medios no resuelven los problemas. Preparan el camino para resolverlos, pero no los resuelven. Sobre el solar de la libertad hay que construir algo.

Y tal vez éste sea el más común de los errores: muchos luchan por la libertad, y una vez que creen haberla conseguido, piensan que el sentido de su lucha ha concluido. Y la libertad era sólo el trampolín para saltar hacia algo: hacia la felicidad, hacia la fraternidad, hacia el amor. Ser libre para ser libre puede ser un motivo de orgullo. Pero no sirve para nada. El hombre se hace libre para que sus manos sin cadenas puedan construir algo mejor: su propia vida, la vida de los demás. «La libertad —decía Kant— es una facultad que amplía el uso de las demás facultades». Pero ahora hay que usar la inteligencia libre para que crezca en el mundo la verdad; el corazón libre para que aumente el amor; la fe libre para encontrarse más y mejor con Dios.

¿Y cómo concluir estas notas sin recordar al hombre más libre que ha existido sobre nuestro planeta? Jesús fue radicalmente libre porque libremente se entregó a realizar la obra de su Padre; lo fue porque libremente aceptó la muerte por los demás; lo fue apostando por la verdad y sabiendo que le llevaría a la muerte; respetó la libertad de Judas aunque sabía que le traicionaría; fue libre porque no estuvo atado ni a las pasiones ni al pecado; fue libre porque se realizó plenamente a sí mismo sin pensar jamás en sí mismo; fue libre porque fue liberador y fue liberador porque antes había sido verdaderamente libre.

LAS CADENAS DEL MIEDO

Una de las grandes tentaciones de nuestra generación es el miedo. Y una de las más extendidas. Al menos yo me encuentro cada vez con más personas que viven acobardadas, a la defensiva, angustiadas, no tanto por lo que les ocurre cuanto por lo que pudiera venir.

Y lo peor del miedo es que es una reacción espontánea y —a poco que el hombre se descuide— casi inevitable. Sobre todo en los grandes períodos de cambios como el que vivimos.

Quizá lo más característico de nuestra civilización sea, precisamente, el endiablado ritmo con que ocurren las cosas. Lo que ayer mismo era normal, hoy se ha convertido en desusado. Las ideas en que nos sosteníamos son socavadas desde todos los frentes. La inseguridad se nos ha vuelto ley de vida. La gente mira a derecha e izquierda inquietamente y te pregunta: Pero ¿qué es lo que nos pasa? Y no se dan cuenta de que lo que nos pasa es, precisamente, que no sabemos qué es lo que nos pasa.

Y surge el miedo. El hombre —lo queramos o no— es un animal de costumbres. En cuanto pasan las inquietudes de la juventud, todos tendemos a instalarnos: en nuestras ideas, en nuestros modos de ser y de vivir. Cuando alguien nos lo cambia, sentimos que nos roban la tierra bajo los pies. Y, al sentirnos inseguros, brota el miedo.

Un miedo que se percibe en todos los campos: hay creyentes angustiados que temen que les «cambien» la fe. Hay padres que tiemblan de sólo pensar en el futuro de sus hijos. En el campo político son muchos los que ya cambiaron las ilusiones de los años setenta por los miedos del ochenta.

Y hay que decir sin rodeos que no hay mejor camino para equivocarse que el que juzga y construye sobre el miedo. Porque si el pánico paraliza el cuerpo del que lo sufre, también inmoviliza y encadena su inteligencia. El miedoso se vuelve daltónico: ya no ve sino las cosas que le amenazan. Y no se puede construir nada viviendo a la defensiva.

El miedoso es alguien que apuesta siempre por el «no» en caso de duda. Se rodea de prohibiciones y murallas. Y termina provocando los efectos contrarios a los que

aspira. Un padre aterrado ante el futuro de sus hijos no tardará mucho en convertirlos en rebeldes. Un obispo o un cura que tiembla ante el futuro de la fe fabricará descreídos o resentidos. Un viejo que teme la muerte se olvidará de vivir. Un joven dominado por el temor se volverá viejo antes de tiempo.

Esto, naturalmente, no significa canonizar todo cambio. Los hay en los que el mundo avanza (y deben ser apoyados por todos) y algunos en los que se camina hacia atrás. Y habrá que resistir frente a ellos. Pero resistir desde la seguridad de aquello en lo que se cree, no desde el pánico de lo que se teme. El miedoso no se atreve a confesárselo, pero en realidad teme porque no está seguro ni de sus creencias ni de sí mismo. Entonces se defiende y patalea. Pero ya no defiende su verdad, sino su seguridad.

No hay que tener miedo. Nunca. A nada. Salvo a nuestro propio miedo.

LA SOMBRA DE *BUCÉFALO*

S upongo que todos ustedes conocen bien la historia de *Bucéfalo*, el famoso caballo que sólo Alejandro Magno era capaz de montar. Cuentan las leyendas que todos los palafreneros eran incapaces de mantenerse a su grupa más allá de pocos segundos. El animal caracoleaba, se encabritaba, daba en el suelo con los huesos de todos sus jinetes. Sólo Alejandro supo observarlo con atención y descubrir el secreto del caballo: al montarlo lo puso de cara al sol y lo espoleó decididamente. Luego controló los corcoveos del caballo, sin dejarle apartarse un ápice de la dirección del sol, hasta que el animal, cansado, se dejó dominar enteramente. ¿Cuál era el secreto que sólo Alejandro había descubierto? Que aquel animal se asustaba de su propia sombra. Bastaba con no dejarle verla, bastaba con enfilar sus ojos, tiesos, hacia el sol para que el animal se olvidase de sus miedos.

Pienso que el mundo está lleno de gente como *Bucéfalo*: encadenados al miedo de su propio pasado, incapaces de trotar hacia el futuro, porque les espantan los recuerdos que no les dejan ser lo que son.

Me asombra encontrar a tantísimos cristianos que confunden el arrepentimiento con la morbosidad, que viven revolviendo los excrementos de su alma con el palito de la memoria y que se creen que con ello hacen un homenaje a Dios.

El arrepentimiento en el Evangelio es algo infinitamente más sencillo: un giro de página y un comenzar una nueva andadura; no un pasarse la vida restregando ante Dios unos gritos de piedad por algo que Dios olvida en el primer instante en que alguien le dice: «lo siento».

Y en la vida sucede lo mismo. Hay gente que porque un día tuvo una avería en el coche de su vida se pasa todo el resto de ella examinando su motor, pero sin volver nunca jamás a montarse en él. Y el coche, claro, sigue parado. Como un día cometieron un error, parecen sentirse obligados a seguirlo cometiendo *per sæcula sæculorum*. Confunden el arrepentimiento con la obstinación en el *mea culpa*, como si en el fondo fueran a conseguir más perdón cuantas más veces lo pidieran.

Pero no hay que vivir mirando las sombras y menos asustándose de ellas. Lo que cuenta es enfilar nuestra mirada cara al sol, cara a nuestro deber, a nuestra tarea de mañana. Y no apartar de ahí un céntimo nuestra vista. Pero hay avaros de sus malas

acciones, que cuentan y recuentan como las monedas de los prestamistas.

Me gustaría decir esto sobre todo a la gente joven. Tropezar alguna vez es parte del oficio. Tener un fracaso es algo inevitable. Un amigo mío dice que —tal y como están las cosas— ya es bastante suerte que te salga bien una de cada cuatro aventuras que se emprenden. Lo grave es cuando uno se asusta de esos fracasos. Cuando concluye que el potro de la vida es imposible de dominar. Y lo que pasa es que hay que mantenerlo siempre, siempre, tercamente, de cara al ideal.

LOS TRES CANTEROS

El viajero se acercó a aquel grupo de canteros y preguntó al primero: «¿Qué estás haciendo?». «Ya ves —respondió—, aquí, sudando como un idiota y esperando a que lleguen las ocho para largarme a casa». «¿Qué es lo que haces tú?», preguntó al segundo. «Yo —dijo— estoy aquí ganándome mi pan y el de mis hijos». «Y tú —preguntó al tercero—, ¿qué es lo que estás haciendo?». «Estoy —respondió el tercero— construyendo una catedral».

He pensado muchas veces en esta vieja historia, porque realmente los hombres no hacemos lo que materialmente realizan nuestras manos, sino aquello hacia lo que camina nuestro corazón. Y así es como tres canteros pueden picar las mismas piedras, pero mientras uno las convierte en sudor, otro las vuelve pan y un tercero eternidad.

Por eso pienso que habría que reivindicar mucho más el «sentido» de las cosas que las cosas mismas; habría que preguntarse mucho más por la dignidad interior del trabajador que por el mismo valor material del trabajo.

Me temo que esa dignidad de la obra bien hecha, porque es una obra amada, sea algo que se esté muriendo en nuestro tiempo. La vida se nos ha vuelto tan monetarista, que al final ya cuenta únicamente su rendimiento y no su perfección y plenitud. Quien más, quien menos, todos trabajamos porque ése es nuestro oficio, porque de eso vivimos o tal vez porque no tenemos otra cosa de qué vivir. Pero ¿dónde está el amor a la propia obra, el esfuerzo por hacer el oficio bien, aunque luego nadie aprecie su calidad? El demonio de la prisa ha hecho presa en nosotros. La chapuza se ha vuelto el ideal de la obra perfectamente cómoda.

Le dices a un muchacho: «Aprovecha el verano para leer». Y te contesta: «Y eso, ¿para qué me sirve?». Después añade: «La vida es corta y hay que aprovecharla para divertirse». Con lo que naturalmente no consigue alargarla, pero logra que sea, además de corta, estrecha.

Todo en nuestra civilización incita a la facilidad, a la mediocridad. Recuerdo que hace años a no sé qué genio publicitario se le ocurrió promover la lectura con un grotesco lema: «Un libro ayuda a triunfar». ¿A triunfar? A mí, Lope de Vega nunca me ayudó a triunfar. Me ayudó a ser feliz, a entender el mundo y la vida, a chapuzarme en el gozo de una vida más honda. Pero ¿a triunfar? A eso ayudan —

dicen— los automóviles de lujo, las colonias que embriagan con su perfume, quién sabe cuántas tonterías más. Yo prefiero los triunfos interiores, el aprender cada día a conocerme mejor, el estirar mi alma, el poder descubrir nuevos continentes humanos en los corazones de la gente, el esfuerzo diario por «ser» más.

A veces —ya lo sé— este afán por elevarse conduce a una cierta soledad. Recuerdo aquella historia del pájaro que llevaba un trozo de carne en el pico y que era perseguido por una bandada de cuervos que se lo disputaban. Cuando en uno de los giros de su huida la carne cayó al suelo, pronto se sintió solo, porque quienes le seguían no lo hacían por él, sino por la carne que llevaba. Y, al fin, pudo volar libre. Y solo. Y feliz.

Y así es como cada vez me convengo más de que no hay sino una sola forma de genialidad: la concentración del alma en una sola empresa, la búsqueda apasionada de algo que se ama, dejando de lado las muchas tentaciones que a todos nos salen a derecha e izquierda.

Si todos los hombres amasen en serio su tarea —por pequeña que fuera— el mundo cambiaría. Si el zapatero hiciese bien sus zapatos por el placer de hacerlos bien; si el escritor luchara por expresarse plenamente, despreocupándose del éxito y del aplauso; si los jóvenes construyeran sus almas, no permitiéndose ni un solo descanso por la duda de si llegarán a emplearlas; si la gente amase sin preguntarse si su amor será agradecido; si los hombres ahondasen sus ideas y las defendiesen con nobleza sin preguntarse cuántos las comparten; si los políticos hicieran bien su oficio de servidores, despreocupándose de las próximas elecciones; si los creyentes fueran consecuentes con su fe, sin angustiarse por las modas de cada tiempo; si hombres y mujeres cuidasen sus almas la décima parte que sus vestidos y su aspecto; si los canteros pensasen más en la catedral que construyen que en el sudor que les cuesta...; si todo eso pasase ya no tendríamos motivos para quejarnos de lo mal que va el mundo, porque tres mil millones de hombres orgullosos de lo que hacen habrían vuelto habitable la tierra. Y todos serían más felices. Porque creo que no he dicho que en la historia con que he abierto este artículo el viajero descubrió que el único cantero que sonreía era el que construía la catedral, sin preocuparse del sudor y olvidado del pan.

BOMBA EN LA CUNA DE LA PAZ

Las cosas que más duelen son las que no se entienden. Cuando entiendes un dolor, se vuelve ya medio dolor. Las graves son esas cosas que no le entran a uno en la cabeza y que se te quedan clavadas dentro, por absurdas.

Y absurda es esa noticia que hace semanas no logro quitarme de la imaginación y que no he visto apenas comentada en la prensa, tal vez porque ya nos hemos acostumbrado a los absurdos. Me refiero a esa bomba terrorista que a mediados de diciembre estalló en la iglesia de la Porciúncula de Asís. Y a esa otra que pudo detectarse a tiempo en el sepulcro de san Francisco de la misma ciudad.

¿Quién pudo tener la loca idea de destruir ese nido de la ternura que es la pequeña ermita en que murió el santo de la paz? ¿Qué idea quiso defenderse con esa metralla? ¿A quién hería el mensaje de paz pregonado a lo largo de los siglos por el mínimo y dulce Francisco de Asís?

Ya sé que es demencial buscarle razones a la locura. Si el terrorismo no fuera ilógico y absurdo no sería terrorismo. Pero aun dentro de la locura del terror hay gestos que son especialmente ilógicos: ¿Qué puede empujar a un hombre a destruir a martillazos la *Piedad* de Miguel Ángel? ¿Qué extraños vericuetos mentales conducen a un ser humano a poner una bomba en ese milagro de paz que es la ciudad de Asís? ¿Por qué pone alguien una bomba en un restaurante donde comen pacíficamente dos docenas de desconocidos?

Yo soy —mis lectores lo saben— un terco en lo de creer en la bondad humana. Quiero obstinadamente mirar el mundo con optimismo. Pero ¿cómo evitar que, a veces, esa fe en la humanidad se tambalee?

Me gustaría entrar —aunque sólo fuera por un momento— en la mente de estos terroristas del absurdo. Conocer por qué intrincados caminos mentales llegaron a esa demencia de la violencia inútil y salvaje. Saber cómo fueron sus vidas. Entender quién les mutiló a ellos el alma antes de que ellos intentasen mutilar una estatua o destruir el recuerdo de un hombre milagroso que vivió hace siglos. Me gustaría entenderles, no condenarles. Preguntarme a mí mismo si yo, habiendo vivido en sus circunstancias, habría incurrido en locuras como las suyas. Ese pozo negro en que viven —me pregunto—, ¿fue fabricado por ellos mismos o por la falta de amor que

les rodeó? ¿Es que no fueron queridos por nadie o es que ellos despreciaron, por egoísmo, a cuantos les amaron?

No entiendo nada. Sé que no puedo juzgar, porque ¿quién conoce los últimos porqués de las cosas? Compadezco a los jueces. Sé que —como decía Graham Greene— «si conociéramos el verdadero fondo de todo tendríamos compasión hasta de las estrellas». Y entiendo que, al fin, Dios tiene que ser una infinita misericordia, porque él entiende todo eso que nosotros no entenderemos jamás.

Pero sigo preguntándome si en un mundo en el que todos nos quisiéramos a alguien se le ocurriría la locura de poner una bomba en la misma cuna de la paz.

COMO UNA NOVIA RECIÉN ESTRENADA

Recibo desde el Japón la carta de una monja desconocida que me escribe para decirme que se ha enterado, no sé cómo, de que mis riñones no están muy católicos y que ha pensado que ella sería muy feliz dándome uno de los suyos, porque, aunque tiene setenta y un años, sus riñones están formidables, como de veinticinco. Ella —dice— «no entiende de enfermedades ni de trasplantes, pero sí entiende un poco de amor», y sabe que lo que damos «se multiplica por millones de millones». Así que, nada, «pregunte usted al médico, y si le dice que sí, me avisa inmediatamente para preparar el viaje y allá voy al momento».

Voy a contestar a esta monja que en su carta me ha dado ya su corazón, que por lo que veo es aún más joven que sus riñones. ¡Porque toda su carta chorrea tanta alegría juvenil!

En mis artículos he dicho ya más de una vez que en este mundo sólo hay una cosa más hermosa que la cara de un niño: la de un anciano o una anciana que sonrío. Porque un viejo que ha mantenido la alegría es como un niño multiplicado y no hay nada de tan alto calibre como un amor de setenta años.

El de esta monja que me escribe es asombroso. «En cincuenta y dos años que llevo de religiosa —me dice— nunca me ha desilusionado Jesucristo», y por eso se levanta «cada mañana con una nueva juventud, con un nuevo entusiasmo de trabajar por él, de quererle y hacer que le conozcan y le quieran; con una nueva alegría, con una nueva ilusión, como una novia recién estrenada».

Pero ¿es que se puede llegar a los setenta años «como una novia recién estrenada»? Sí cuando se ha descubierto, como esta religiosa, que «la verdadera felicidad está en hacer felices a los demás. ¡Eso sí que es la gozada de las gozadas!».

Una gozada que, con frecuencia, se vive cuesta arriba. Porque esta monja, que se marchó al Japón hace treinta años, tiene aún una conmovedora nostalgia de España y de los suyos y porque ha tocado con sus dedos ese llegar a las misiones ardiendo de deseos y sentir que «al encontrarse con la realidad se le cae el alma de las manos al descubrir que al mundo en tinieblas no le importa nada la luz», al conocer «la soledad y el vacío y todos esos minimartirios que sólo quedan entre Jesucristo y el alma».

Pero el gozo está precisamente en los demás. El ayudar —aún ahora, jubilada— a

«las distintas pobreza de la sociedad: solteronas solitarias sin cariño, viejitos y viejitas de hospitales en un estado lamentable y los pobres de los pobres: los encarcelados». Y quererles sabiendo que «si Jesucristo es mi vivir, mi hermano tiene que ser mi vivir, y que si Jesucristo es antes que yo, mi hermano tiene que ser antes que yo. Y decirle a Dios: “Te quiero con locura, y no tengo más que a mi hermano para hacerte feliz a ti”».

Esta religiosa no lo sospecha, pero —con su gozo, con la luz de sus palabras— su carta me ha traído un verdadero trasplante de corazón. ¡Ah, si todos viviéramos como novios recién estrenados!

EL COLOR DE LA SOBREPPELLIZ

Cuentan los historiadores que durante el mes de octubre de 1917, la Iglesia ortodoxa rusa vivió una tremenda discusión sobre el color que deberían tener las sobrepellices en las solemnidades litúrgicas. Un grupo defendía, con fuertes argumentos, que deberían ser blancas. Pero otros sostenían, con no menos importantes razones, que el color apropiado era el morado. Y ninguno de ellos se enteró de que en aquel mismo mes se preparaba y estallaba la revolución rusa, que iba a cambiar la historia de todo nuestro siglo.

No es éste, desde luego, el único caso de ceguera humana. El papa León X celebraba corridas de toros en Roma mientras Lutero iniciaba su Reforma. En España, nuestros monarcas organizaban cacerías mientras se hundía el imperio americano. Miles de creyentes se obsesionan hoy sobre si la comunión debe recibirse en la boca o en la mano mientras crece en torno suyo el descreimiento. Y es que, curiosamente, los hombres todos somos terriblemente cortos de vista, y el mundo puede arder a tres palmos de nuestras narices sin que nos enteremos. Porque, curiosamente, el sentido que menos desarrollado tenemos es el que olfatea los tiempos históricos que vivimos.

Por desgracia, a los hombres, los pequeños acontecimientos que nos afectan personalmente nos obnubilan para todo lo demás. Cuentan los historiadores que el gran Julio César estaba más preocupado por su peluquín que por la suerte del Imperio, y que Pompeyo perdió su guerra con César porque el día del Rubicón tenía diarrea. Cualquiera sabe que el día que nos duele una muela nos parece que el universo entero estuviera derrumbándose.

Yo he meditado muchas veces sobre un pequeño dato de los evangelios que siempre me desconcierta: aquél en el que se cuenta que, cuando Cristo murió, los soldados que le habían crucificado se sortearon su túnica. ¿Se la sortearon? ¿Con qué? Probablemente con unas tabas, que era el juego de la época. ¿Y qué hacían unas tabas al pie de la cruz? Es muy simple: los soldados sabían que los reos tardaban en morir. Así que iban prevenidos: llevaban sus juegos para entretenerse mientras duraba su guardia y la agonía de los ajusticiados. Es decir, a la misma hora en que Cristo moría, en el momento en el que giraba la página más decisiva de la historia, había, al

pie mismo de ese hecho tremendo, unos hombres jugando a las tabas. Y lo último que Cristo vio antes de morir fue la estupidez humana: que un grupo de los que estaban siendo redimidos con su sangre se aburría allí, a medio metro. De todo lo que los evangelistas cuentan de aquella hora me parece este detalle lo más dramático y también —desgraciadamente— lo más humano de cuanto allí aconteció.

Los hombres estamos ciegos. Ciegos de egoísmo voluntario. Y uno no puede pensar sino con tristeza en el día del juicio de aquellos soldados, cuando se les preguntara lo que hicieron aquel viernes tremendo y tuviesen que confesar que no se enteraron de nada... porque estaban jugando a las tabas.

Pero ellos no eran más mediocres que nosotros: todos vivimos jugando a las canicas, encerrados en nuestro pequeño corazoncito, creyendo que no hay más problemas en el mundo que ese terrible dolor en nuestro dedo meñique. ¿El hambre de Etiopía? ¡Nos queda muy lejos! ¿El crecimiento del paro? ¡Menos mal que no nos afecta a nosotros! ¿Los viejos abandonados? ¡Que los cuiden sus hijos! ¿La crisis de la fe? ¡Que se preocupen los curas y los obispos! ¿La paz del mundo? ¡Que la busquen Reagan y Gorbachov!

Nos encanta quitarnos de encima las responsabilidades. Y lo que es peor: no las vemos, no queremos verlas. O nos refugiamos en piadosos o pequeños gestos inútiles. Es, claro, más fácil discutir sobre el color de la sobrepelliz que luchar para contener o clarificar una revolución. Es más sencillo rezar unas cuantas oraciones que combatir diariamente contra la injusticia con todos sus líos consecuentes. Más sencillo lamentarse de la marcha del mundo que construirlo.

Y para construir hay que empezar por tener los ojos bien abiertos. Conocer el mundo. Tratar de entenderlo. Olfatear su futuro. Investigar qué gentes hay en torno nuestro luchando con algo más que dulces teorías. Cuidar, cuando menos, la pequeña parcela que hay delante de nuestra alma. Todo antes que abrir la boca asombrados el día de nuestro juicio al descubrir que vivimos en la orilla de un volcán... y ni nos enteramos.

CAMBIAR EL MUNDO

Llegó una vez un profeta a una ciudad y comenzó a gritar, en su plaza mayor, que era necesario un cambio de la marcha del país. El profeta gritaba y gritaba y una multitud considerable acudió a escuchar sus voces, aunque más por curiosidad que por interés. Y el profeta ponía toda su alma en sus voces, exigiendo el cambio de las costumbres. Pero, según pasaban los días, eran menos cada vez los curiosos que rodeaban al profeta y ni una sola persona parecía dispuesta a cambiar de vida. Pero el profeta no se desalentaba y seguía gritando. Hasta que un día ya nadie se detuvo a escuchar sus voces. Mas el profeta seguía gritando en la soledad de la gran plaza. Y pasaban los días. Y el profeta seguía gritando. Y nadie le escuchaba. Al fin, alguien se acercó y le preguntó: «¿Por qué sigues gritando? ¿No ves que nadie está dispuesto a cambiar?». «Sigo gritando —dijo el profeta— porque si me callara, ellos me habrían cambiado a mí».

La moraleja de esta fabulilla me parece bastante simple y muy necesaria: no se debe trabajar porque esperemos que se va a conseguir un fruto, sino ante todo porque es nuestro deber, porque creemos en lo que estamos diciendo. Como es lógico, todo el que proclama una idea lo hace para que esa idea penetre en sus oyentes; pero el que se desanima porque sus pensamientos no son oídos o seguidos, es que no tiene suficiente fe en lo que piensa y en lo que hace. La utilidad, el puro fruto, no puede ser el único baremo de nuestras acciones. Y, sobre todo, si esos frutos se esperan de inmediato, se está uno ya preparando al desaliento.

Cambiar el mundo, por lo demás, es cosa muy difícil. Casi imposible, y en todo caso, el sembrador no suele llegar a ver el fruto de su siembra, porque en el mundo son rápidos los cambios de las modas, de todo lo accidental, mientras que los corazones cambian con freno y a veces con marchas atrás y adelante. Esto lo puede entender cualquiera que contemple con ojos agudos qué lentamente cambia su corazón, cuánto nos cuesta a todos evolucionar, qué despacio nos crece dentro la madurez y la paz del alma.

Pero todo esto no encadena ni al verdadero profeta ni al auténtico trabajador. Porque no se es ni auténtico ni verdadero si no se tiene terquedad y paciencia.

Pero tal vez lo que quiero expresar quede más claro si añado una segunda fábula,

tomada ésta de un viejo libro de narraciones árabes.

Cuentan que el viejo sufí Bayacid decía a sus discípulos: «Cuando yo era joven, era revolucionario, y mi oración consistía en decirle a Dios: “Dame fuerzas para cambiar el mundo”. Pero más tarde, a medida que me fui haciendo adulto, me di cuenta de que no había cambiado ni una sola alma. Entonces mi oración empezó a ser: “Señor, dame la gracia de transformar a los que estén en contacto conmigo, aunque sólo sea a mi familia”. Y ahora, que soy viejo, empiezo a entender lo estúpido que he sido. Y mi única oración es ésta: “Señor, dame la gracia de cambiarme a mí mismo”. Y pienso que si yo hubiera orado así desde el principio, no habría malgastado mi vida».

Esta segunda fábula no necesita, me parece, comentario. Tal vez, reafirmación. Porque este mundo está lleno de reformadores que no han empezado siquiera a reformarse a sí mismos. ¿Cómo ser pacifista si no se respira paz? ¿Cómo hablar de la libertad si no se es espiritualmente libre? ¿Cómo predicar el amor si no se ama? ¿Qué sentido tiene exigir la justicia con palabras agresivas e injustas? ¿Cómo esperar respeto de los hijos si no se les respeta? ¿Cómo exigir a los padres cuando no se es exigente consigo mismo?

Yo me temo que muchas de nuestras peticiones de cambio del mundo no sean sino una coartada para esquivar nuestro fracaso a la hora de cambiarnos a nosotros mismos y que un alto porcentaje de las acusaciones de inhonestidad que hacemos a los demás no sean otra cosa que un autoengaño para no mirarnos en el espejo de nuestra propia inhonestidad.

Porque, además, el único modo de que cambiemos a los que nos rodean es conseguir que nuestro cambio irradie. Un hombre en paz consigo mismo no necesita hablar de la alegría, porque le saldrá por todas sus palabras. Un ser humano con verdadera fe en sus ideas las predicará sin abrir los labios, simplemente viviendo.

Está bien, claro, preocuparse por la marcha del mundo. Siempre que no sea un *alibi* para dispensarnos de cultivar nuestro propio jardín. Porque el día que nuestro jardín mejore, ya habrá empezado a mejorar el mundo.

MOZO DE EQUIPAJES

El otro día vinieron a entrevistarme unos estudiantes de periodismo para no sé qué revista juvenil, y me preguntaron: «Y tú —me trataban de “tú”; me gustó—, ¿no te cansas nunca de dar alientos a los demás?». Les dije que sí, que me cansaba por lo menos tres veces cada día. Lo que ocurría es que también por lo menos cinco veces al día sentía la necesidad de no convertir en estéril mi vida y aún no había encontrado otra tarea mejor que ésa.

Y cuando los muchachos se fueron, me puse a pensar —no sé muy bien por qué— en un viejo amigo mío que era mozo de equipajes en Valladolid. Debía de tener más o menos la edad que yo tengo ahora, pero entonces a mí me parecía muy viejo. Pero lo asombroso era su permanente alegría. No sabía hacer su trabajo sin gastarte una broma, y cuando te hacía un favor, parecía que se lo hubieses hecho tú a él. Un día le pregunté: «Y tú, ¿cuándo te vas de vacaciones?». Se rio y me dijo: «Me voy un poco en cada maleta que subo para los que se van hacia la playa».

Él sonreía, pero fui yo quien se marchó desconcertado. Nunca había pensado en lo dramático de esa vocación de alguien que se pasa la vida ayudando a viajar a los demás, pero él se queda siempre en el andén, viendo partir los trenes donde los demás se van felices, mientras él sólo saborea el sudor de haberles ayudado en esa felicidad.

¿Sólo el sudor? No se lo dije a mi amigo el mozo de equipajes porque se hubiera reído de mí y me hubiera explicado que el sudor le quedaba por fuera, mientras por dentro le brotaba una quizá absurda, pero también maravillosa, satisfacción.

Desde entonces pienso que todos los que sienten vocación de servicio —sea la que sea su profesión— son un poco mozos de equipaje. Y que todos sienten esa extraña mezcla de cansancio y alegría.

Al fin me parece que en la vida no hay más que un problema: vives para ti mismo o vives para ser útil. Vivir para ser útil es caro, hermoso y fecundo.

Caro, desde luego. Todos somos egoístas. Al fin y al cabo, ¿qué queremos todos sino ser queridos? Por mucho que nos disfracemos, nuestra alma lo único que hace es mendigar amor. Sin él vivimos como despellejados. Y se vive mal sin piel.

Por eso el mundo no se divide en egoístas y generosos, sino en egoístas que se rebozan en su propio egoísmo y en otros egoístas que luchan denodadamente por salir

de sí mismos, aun sabiendo que pagarán caro el precio de preferir amar a ser sólo amados.

Recuerdo haber escrito hace años un extraño poema en el que me imaginaba que, por un día, Cristo se dedicaba a hacer los milagros que a él le gustaban y no los puramente prácticos que la gente le pedía. Y que, en un camino de Palestina, una muchacha hermosísima se presentaba ante él planteándole la más dolorosa de las curaciones: ella era tan bella, que todos la querían, pero ella no quería a nadie. Deseada por todos, arrastraba una belleza inútil e infecunda. Y le pedía a Cristo el mayor de los milagros: que la concediera el don de amar. Cristo, entonces, la miraba con emoción y compasión y le preguntaba: «¿Sabes que si amas tendrás que vivir cuesta arriba?». La muchacha respondía: «Lo sé, Señor, pero lo prefiero a este gozo muerto, a esta felicidad inútil». Ahora Cristo le sonreía y le decía: «Ea, levántate y ama, muchacha. Entra en el mundo terrible de los que han preferido amar a ser amados». Y la muchacha se alejaba con el alma multiplicada, dispuesta a nadar felizmente a contracorriente de la vida.

La fábula seguramente es disparatada, pero verdaderísima. Porque —los recientes enamorados lo saben— amar a la corta es dulcísimo; a la larga, cansado; más a la larga, maravilloso.

¿Cansado por qué? Cansado porque siempre nos sale entre las costillas el viejo egoísta que somos y nos grita tres veces cada día que nadie va a agradecernos nuestro amor —es mentira, pero el viejo egoísta nos lo dice—; porque saca además aquel viejo argumento del «¿y a ti quién te consuela?». Un falso planteamiento: porque el problema no es si nuestro amor nos reporta consuelo, sino si el mundo ha mejorado algo gracias a nuestro amor.

Pero claro que es difícil aceptar que nuestro veraneo está en esas maletas de esperanza que hemos subido en el tren de los demás. Para ello hace falta creer en serio en los demás. Y eso sólo lo hacen a diario los santos. Por eso si yo fuera papa canonizaría corriendo a mi amigo el mozo de equipajes de Valladolid.

EL MUCHACHO QUE FUIMOS

«**H**ete aquí, pues, cerca de los cuarenta y dos años... ¿Qué pensaría de ti el muchacho que eras a los dieciséis, si pudiera juzgarte? ¿Qué diría de eso que has llegado a ser? ¿Hubiera simplemente consentido en vivir para verse transformado así? ¿Acaso valía la pena? ¿Qué secretas esperanzas no has decepcionado, de las que ni siquiera te acuerdas? Sería extraordinariamente interesante, aunque triste, poder enfrentar a estos dos seres, de los que uno prometía tanto y el otro ha cumplido tan poco. Me figuro al joven apostrofando al mayor sin indulgencia: “Me has engañado, me has robado. ¿Dónde están todos los sueños que te había confiado? ¿Qué has hecho de toda la riqueza que tan locamente puse entre tus manos? Yo respondía de ti, había prometido por ti. Y has hecho bancarrota. Más me hubiera valido marcharme con todo lo que aún poseía, y que también has dilapidado. No te admiro, sino al contrario”. ¿Y qué diría el mayor para defenderse? Hablaría de experiencia adquirida, de ideas inútiles echadas por la borda, mostraría algunos libros, hablaría de su reputación, buscaría febrilmente en sus bolsillos, en los cajones de su mesa, algo para justificarse. Pero se defendería mal, y creo que se avergonzaría».

Este párrafo —que copio del diario de Julien Green— ha sido una espuela en mi corazón durante muchísimos años. Me hace sangrar aún hoy cuando lo releo. Porque es mi historia, y me temo que la de millares y millares de humanos. ¿Qué es nuestra vida sino empobrecimiento? ¿Qué sino una larga malversación de esperanzas y sueños juveniles? ¿Quién podrá presumir no ya de haber crecido con el paso de los años, sino simplemente de mantener entera su juventud?

Y, sin embargo, vivir tendría que ser la cosecha de la gran siembra de los años juveniles. Vivir es fructificar. Y no simplemente irse degradando y envejecer.

Una vida llena es siempre el resultado de dos factores: apostar atrevidamente siendo jóvenes y mantener esa apuesta cuando se madura. Pero ¿qué proporción de humanos consigue las dos cosas?

Por eso me aterra tanto el encontrarme con jóvenes amargados y sin ideales. Si mantener la gran apuesta es tan difícil cuando se ha soñado y proyectado mucho, ¿qué cosecha les espera a quienes sólo sembraron decepciones o frivolidad? Claudel tenía razón al decir que «la juventud no es para el placer, sino para el heroísmo». Pero

la más grande de las conspiraciones del mundo es precisamente la que empuja a los jóvenes hacia la vulgaridad y la desesperanza.

Pero no basta, claro, haber soñado mucho a los dieciséis años. Hace falta luego mucha tensión en el alma para no malvender esos sueños. Y aquí hay que decir sin rodeos que el gran enemigo no está fuera, sino dentro, y no en los fracasos, sino en la mediocridad.

Cuando los adultos le echamos las culpas a las adversidades de la vida para justificar nuestro saco de la vida vacío nos estamos engañando a nosotros mismos. Porque la verdad es que el mundo entero reunido contra nosotros nunca podrá hacernos ni la cuarta parte del daño que nosotros mismos podemos hacernos. «El hombre —decía Von Kleist— no necesita más que sus propios pies para venirse al suelo, porque cada uno lleva en sí su miserable piedra para tropezar».

Esa «piedra miserable» es casi siempre la mediocridad. El hombre rara vez peca por exceso. Peca más bien por pereza, por abandono, por ir renunciando a trozos de alma. Y es que la mediocridad deshincha la vida como un globo, a veces sin que siquiera nos demos cuenta.

Y un día nos miramos en el espejo de nuestros recuerdos. Y en el espejo aparece el rostro del muchacho que fuimos. ¿Será él quien nos juzgue en el juicio final? ¿Delegará Dios la tarea de valorarnos en las manos del muchacho que fuimos?

Prefiero que sea Dios quien me juzgue. Siempre será más benévolo. Porque yo sé que el muchacho que fui nunca perdonaría al hombre-traidor-a-sus-sueños que soy.

NADAR CONTRA CORRIENTE

« **A** l hombre de cada siglo le salva un grupo de hombres que se oponen a sus gustos». Esta frase de Chesterton es una ley histórica que hoy tiene más sentido que nunca. Y que es más difícil, porque nunca fue tan fuerte la corriente que nos empuja a ser como los demás. ¡Es tan sencillo, tan fácil y agradable entregarse en las manos del conformismo! ¡Tan duro, en cambio, atreverse a ser lo que se es y a creer lo que se cree no por el tonto afán de «ser diferente», sino por fidelidad a nuestra propia alma!

Es asombroso pensar que Dios «fabrica» las almas una a una, dándole a cada cual una personalidad propiamente suya e intransferible y que, a la vuelta de pocos años, el mundo ha conseguido ya uniformar a la mayoría de modo que parezcamos más una serie de borregos que una comunidad de seres hermanados pero diferentes. No es ya que todos nos levantemos a las mismas horas, hagamos horarios de trabajo gemelos, tengamos las mismas distracciones, vistamos de la misma manera, sino que, además, pensemos y sintamos idénticos como salidos todos de un solo cajón. Creemos ser libres, pero lo cierto es que todas las noches y a la misma hora todos vemos en la «tele» la misma película, lloramos o reímos en el mismo momento, sentimos repulsión hacia el mismo personaje o experimentamos la misma piedad hacia la misma escena que nuestros vecinos ven en la misma cadena de televisión.

«Si se estila llevar albarda, pon tela y calla», dice el refrán popular. Y ahí estamos todos, llevando, como una dulce recua de borriquillos, las mismas albardas ideológicas. «Acatad la moda o abandonad el mundo» es una de las leyes de nuestro siglo, en el que se ha realizado ya a la perfección lo que presentía el clásico latino: «Desgraciadamente, la opinión tiene más fuerza que la verdad». Es cierto: la gran diosa de nuestro siglo es la opinión pública, y ya se sabe que la opinión gobierna al mundo con la misma técnica con la que un ciego guía a otro ciego.

Y el problema más grave es que este riesgo, que han padecido todos los siglos, parece hoy más intenso que nunca. Leed despacio este párrafo de Von Balthasar: «A medida que progresa la organización técnica del mundo moderno, la verdad va cayendo cada vez más infaliblemente en el terreno de la organización, de sus medios y sus métodos, y por lo mismo, el conformismo se convierte en regla universal tanto

para los cristianos como para los demás. Y, así, vemos cómo va desapareciendo, a un ritmo acelerado, la raza de los espíritus libres que constituían, hace sólo dos siglos, el fenómeno normal de la personalidad cristiana».

El diagnóstico es duro, pero exacto. El hombre actual parece dispuesto a canjear las «grandes libertades» para comprar las «libertades inferiores». Renuncia, por ejemplo, al tiempo libre para leer o pensar, para poder ganar un poco más dinero y comprarse con ello un coche. Se acomoda a hablar de lo que todo el mundo habla, porque teme que, si dice lo que lleva en su corazón, pronto le considerarán un bicho raro. Y así es como la adaptación se ha convertido en la primera ley para vivir en este siglo.

La practican, incluso, los cristianos con su fe. Y, naturalmente, no voy a oponerme yo a esa adaptación de las fórmulas de expresión o de los modos de vivir que son inevitables para convivir en nuestro siglo y para transmitir el mismo mensaje de la fe. Lo malo es cuando lo que se «adapta» es el alma, transformándola. Parecería lógico renunciar a algunas «libertades inferiores» para salvaguardar las grandes, pero no a la inversa. Uno «adapta» los vestidos o el vocabulario, no el corazón o las ideas.

Claro que ser fieles a nosotros mismos es algo que siempre se paga caro. Napoleón decía que «la independencia es una isla rocosa, sin playas». No es fácil desembarcar en un alma independiente. La personalidad es siempre arisca y un tanto solitaria. Pero un hombre debería atreverse a ser diferente si eso es necesario para seguir siendo fiel a su alma.

Porque, además, a la larga son los profetas los que se imponen. Es la sal la que da a los guisos su sabor. ¿Y para qué sirve la sal que se ha vuelto insípida, la sal que se ha «adaptado» y ya sabe como el resto de los alimentos?

CONTRA LA RESIGNACIÓN

La verdad es que no he entendido nunca que la resignación sea una virtud cristiana, al menos tal y como se predica en algunos púlpitos, como simple aceptación pasiva y llorosa del mal que nos rodea. Y es que no he encontrado ninguna página evangélica que nos invite a sentarnos a llorar sobre la adversidad. Más bien encuentro todo lo contrario: que Jesús llega a un mundo dormido y resignado ante la fatalidad y nos invita a rebelarnos contra el mal para vencerlo.

La resignación era una virtud propia del paganismo y de algunas religiones orientales. Toda la cultura romana, por ejemplo, está inundada por el conformismo ante el mal. «Así hallamos el mundo y así lo hemos de dejar» era uno de sus adagios corrientes. Y Horacio aconsejaba a sus lectores: «Permanece en la condición que la suerte te ha dado».

Pero el evangelio cree que el mal puede ser vencido por el bien y lo que levanta es la bandera de la esperanza. Aunque luego hayan sido muchos los predicadores que hayan rebajado la esperanza al nivel de la resignación, haciendo pensar que ésta es buena para la tierra y que la esperanza habría que dejarla para lo que nos encontraremos en el cielo.

Creo sinceramente que pocas cosas han hecho tanto daño a la Iglesia como esa falsificación de la esperanza. Frente a ella se han levantado —en parte con razón— muchos de los enemigos de la Iglesia. Kazantzakis, resumiendo la obra de Nietzsche, ataca así a los creyentes:

¡Ah, religión taimada que traslada las recompensas y los castigos a una vida futura, para consolar a los esclavos, a los cobardes, a los oprimidos, para que puedan soportar sin gemir esta vida terrena y agachar pacientemente la cerviz ante los amos! ¡Buena Santa Mesa de Juego es esta religión, donde a uno le dan una moneda en la vida terrena para cobrar millones eternos en la otra! ¡Qué ingenuidad, qué zorrería, qué trabajo de usurero! ¡No puede ser libre el hombre que espera el Paraíso o teme al Infierno! En adelante será una vergüenza embriagarse en las tabernas de la esperanza.

Y páginas más adelante insiste:

Y, de pronto, la Iglesia de Cristo, o al menos lo que de ella han hecho los que llevan sotana, se me apareció como un redil donde balan día y noche, apoyándose unos contra otros, millares de carneros presas de un terror pánico, que estiran el cuello y lamen la mano y el cuchillo que los degüella. Unos tienen miedo porque tienen miedo de ser puestos al asador en las llamas eternas, y los otros tienen prisa por ser degollados para pacer por los siglos de los siglos la inmortal hierba primaveral.

¿Hace falta decir que esta caricatura nada tiene que ver con el Evangelio, aunque sí se parezca, ridiculizándolo, a lo que dicen ciertos predicadores?

Pues bien: no, la esperanza cristiana no tiene nada que ver con ese balido paciente de ovejas cobardes. La verdadera esperanza es la de quien pone cada día su mano en el arado, sabiendo —eso sí— que otra Mano sostiene las nuestras y llegará allí donde nosotros no lleguemos. La esperanza no es la simple espera a que venga alguien a resolver los problemas que nosotros debemos resolver, ni menos la aceptación cansina de injusticias que estaría en nuestras manos modificar o suprimir.

Ni siquiera me parece aceptable la vieja fórmula de que «hay que resignarse a la voluntad de Dios». «¿Es que —se pregunta furioso Bernanos ante esta idea— se resigna uno a ser amado?». La voluntad de Dios no es para el creyente algo que tiene que soportar, sino algo que acepta gozoso, aunque a veces lo haga doloridamente.

Porque no hay que confundir resignación con aceptación serena de la realidad, siempre que se entienda que la realidad no es una piedra para sentarse en ella a llorar, sino un trampolín en el que hay que apoyar bien los pies para saltar constantemente hacia otra realidad mejor. La resignación pasiva es un suicidio diario. La aceptación cristiana es el esfuerzo diario por levantarse tras un tropezón. El cielo ya vendrá. Pero nunca llegará su fruta si ahora dejamos que a ese gran árbol de Gracia se le pudran las raíces. Que están en la tierra.

PROFETAS DE DESVENTURAS

Aquella viejecita —con esa santa ingenuidad que sólo tienen los ancianos y los niños— contaba que asistió un día a un sermón en el que el cura habló con palabras tan terribles del próximo fin del mundo, del sol que se iba a destruir y las estrellas que se iban a caer, que, al salir, «como todo aquello era tan triste, me fui a una pastelería y me comí un dulce».

Yo hubiera hecho algo muy parecido. Porque me temo que si yo estuviera tan convencido de que el mundo se va a acabar en los dos próximos meses, lo más seguro es que, en lugar de tratar de mejorarlo, me dedicase a cultivar mi corazoncete y me olvidase de los demás. Con lo cual —lo sé— corrompería a la vez mi corazoncete y el mundo. Y así anticiparía la hora de su destrucción.

Hablando un poco más en serio, diré que eso es lo que me preocupa del catastrofismo que ahora está tan de moda: que invita más al egoísmo que a la lucha, que reduce la idea de conversión a la de prepararse para morir. Y son cosas muy diferentes.

Pero ¡vaya usted a detener a los amigos de las fábulas! De poco sirvió que Juan XXIII estigmatizase a los profetas de desventuras. Desde entonces hasta hoy se han multiplicado. Pero las palabras del papa Roncalli siguen ahí, lucidísimas:

Nos llegan de cuando en cuando, en el ejercicio cotidiano de nuestro ministerio, voces que ofenden nuestros oídos, cuando algunas personas, inflamadas, es cierto, de celo religioso, carecen de justeza en su juicio y en su manera de ver las cosas. En la situación actual de la sociedad no ven más que ruinas y calamidades. Tienen la costumbre de decir que nuestra época ha empeorado profundamente en relación con los siglos pasados y se conducen como si la historia, que es maestra de la vida, no les hubiera enseñado nada... Nos parece necesario expresar nuestro completo desacuerdo con tales profetas de desgracias que anuncian incesantemente catástrofes, como si el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina.

Y es que para saber que en el mundo hay muchas cosas que marchan mal no hace

falta ser profeta: basta con tener ojos. Y para aceptar que un día concluirá este mundo y regresará el Señor no hace falta ser un visionario; basta con tener fe. Pero hay que falsificar mucho el Evangelio para confundir al Señor que viene con el terror y el miedo. Y es que Jesús no dijo: «Temblad, que estoy llegando», sino «trabajad mientras vuelvo».

Por eso yo no tengo ninguna curiosidad por conocer cuándo se acabará el mundo. De momento sé que el día de hoy acabará dentro de unas horas y que este año se concluirá el 31 de diciembre y que yo tengo obligación de llenar de amor esas pocas horas y esos pocos días. Mañana me plantearé la tarea de volver a llenar las horas de mañana, y en el 87 —si ese año existe y si yo vivo en él— trataré de seguir haciéndolo mejor. Y me da lo mismo pensar que ya sólo quedan dos papas, como dice el señor Fontbrune que dice el supuesto san Malaquías. De momento, quiero al que hay y estoy seguro de que querré —si llego a verles— a sus sucesores. Y no me preocupan los profetas que anuncian la caída del sol. Por hoy tengo suficiente con darle gracias a Dios por este tan bonito que brilla hoy en el cielo.

LA PIEDRA FILOSOFAL

Cuando alguien preguntó a Kazantzakis por qué amaba tanto a san Francisco, respondió: «Lo amo porque su alma, a fuerza de amor, ha vencido a la realidad —lo que los hombres privados de alas llaman “la realidad”—: el hambre, el frío, la enfermedad, el desprecio, la injusticia, la fealdad; y ha logrado transformarla en un sueño alborozado, tangible, más verdadero que la misma verdad. San Francisco había encontrado el secreto que los alquimistas de la Edad Media buscaron en vano: el secreto para transformar el metal más vil en oro puro. Para san Francisco, la “piedra filosofal” no era algo inaccesible, fuera del alcance del hombre; para encontrarla no era necesario quebrantar las leyes naturales: la piedra filosofal era su propio corazón. Así, por este milagro de alquimia mística, es como él ha sometido la realidad, liberado al hombre de la fatalidad y transformado en él toda carne en espíritu. San Francisco es, a mi ver, el gran general que lleva las tropas humanas a la victoria más absoluta».

Hay, efectivamente, dos realidades: una efímera, otra eterna; superpuestas, yuxtapuestas. Y la mayor parte de los humanos sólo ven la más superficial.

Acercaos a un hospital. Entrad en una sala con cinco enfermos afectados de la misma dolencia. Seguramente encontraréis a tres de ellos acorralados por su propia enfermedad. A uno, resignado a ella. A otro, sereno y quizá radiante. ¿Cómo? A fuerza de alma.

O preguntaos por qué, con el mismo sueldo, dos oficinistas uno vive feliz y sin apuros y al otro no le llega la respiración al cuello.

Y es que, efectivamente, la piedra filosofal existe. No es un sueño romántico. Y es de fabricación casera. ¿Que cómo se fabrica? Cada uno debe encontrar su propia receta. Pero podrían servir algunos de estos consejos:

- El primero y más importante es tener algún gran ideal para cuya consecución lleguen a importar bien poco los fracasos y las dificultades.
- Tener fe en el futuro y confianza en la vida. Asumir cada día los problemas de hoy en lugar de ponerse a sufrir anticipadamente por los que podrían tal vez llegarnos mañana.

- Tomar y vivir la decisión de pensar mucho más en lo positivo y bueno que tenemos que en las zonas negras que tendremos que cruzar. Hablar del bien; no revolver los residuos de los fracasos.
- Creer descaradamente en el prójimo y preferir ser engañado una vez por él a pasarnos toda la vida desconfiando de todos (con lo que seremos perpetuamente engañados).
- Dedicarse más a los problemas del prójimo que a los propios. Así se curarán o mitigarán los dos.
- Amar sin preguntarse si nos lo agradecerán. Estar seguros de que, a la larga, incluso en este mundo, el amor acaba funcionando y también nos querrán más de lo que merezcamos.
- Despertarse cada mañana como recién nacidos. Colgar cada noche en el perchero las preocupaciones de ayer y dormir olvidándolas.
- Sonreír, aunque no se tengan ganas. Sonreír, sobre todo, si un día se debe decir algo amargo.
- Aprender de los niños, aprender de los santos.
- Dar tiempo al tiempo, sabiendo que las frutas maduran lentamente.
- No ser demasiado ambiciosos. Querer pocas cosas, pero quererlas apasionadamente.
- Recordar al menos cuatro o cinco veces al día que tenemos alma y alimentarla tanto como al cuerpo por lo menos.
- Hacer, si se puede, un trabajo que amemos. O si no, al menos, amar lo que tenemos que hacer.
- Descubrir que casi siempre los disgustos que nos llevamos son mayores que los motivos que los causaron.
- Creer en algo muy en serio. Luchar por ello. Seguir luchando cuando nos cansemos. Seguir de nuevo cuando nos cansemos de seguir.
- Recordar que, a fin de cuentas, todos los trucos son trucos y sólo sirven para ir descubriendo que será la gracia de Dios la que nos hará felices, porque ésa y no otra es la piedra filosofal.

LOS CALCETINES

Rosario Bofill acaba de contar en un precioso libro —*Tiempo de Dios*— una experiencia que seguro que comprenderán y compartirán muchas madres de familia. Un día, cuando sus hijas eran ya mayorcitas, quiso comprobar qué había quedado de su educación en los años infantiles. Durante ellos, Rosario se había esforzado por meter en las cabecitas de sus hijas algunas frases que esperaba fuesen, para ellas, fundamentales. Palabras como «gracias» o «perdón» se las repitió tercamente en aquellos años, confiando en que quedarían impresas en la blanda cera de sus almas infantiles. Pero cuando quiso comprobar qué había quedado de todos aquellos consejos, comprobó que sus hijas no recordaban ni una sola de aquellas frases que ella esperaba fuesen decisivas.

De pronto, una de las niñas dijo: «Lo que yo sí recuerdo muy bien son los calcetines». Ahora la sorprendida fue la madre. «¿Qué pasaba con los calcetines?». La pequeña lo explicó: «Tú venías por la mañana a despertarnos. Nosotras estábamos aún llenas de sueño y de pereza y sacábamos sólo un pie entre las sábanas. Entonces tú nos ponías un calcetín. Luego sacábamos el otro pie y nos ponías el otro, mientras nosotras nos íbamos despertando. De eso sí tenemos un buen recuerdo».

La madre se quedó pensando que las palabras eran sólo palabras y se las llevaba el viento. Y que, en cambio, un gesto de amor queda para siempre.

Ahí está la clave de toda educación. Y de todo influjo en los seres humanos. Los niños —que son mucho más listos de lo que creemos— lo saben muy bien y distinguen perfectamente entre las palabras bonitas y la gente que les quiere de veras. Pero los adultos parece que no queremos enterarnos. Y un día nos sorprendemos al ver que los pequeños se han quedado con todo lo que menos esperábamos.

Recuerdo de mis años de profesor de literatura que mis alumnos se combinaban para sacarme siempre, al principio, todos los temas imaginables de conversación para acortar así el tiempo de la clase y retrasar, sobre todo, mis preguntas. Yo era perfectamente consciente de sus intenciones, pero no me preocupaba «perder» diez minutos de explicaciones para charlar con ellos sobre los sucesos del día. Hablábamos de la vida, del mundo, y yo siempre pensé que enseñar literatura no era sólo explicarles las formas de expresión, sino ayudarles a comprender lo que les

rodeaba. Y muchos años después, charlando con mis antiguos alumnos, he comprobado que a todos les eran más útiles aquellos minutos «perdidos» que todas mis explicaciones teóricas posteriores. Aunque sólo fuera porque en aquellos prologuillos de la clase yo conseguía ser su amigo además de su profesor.

Hemos creído demasiado, me parece, en las ideas y poco en las vivencias, olvidando que el hombre es mucho más que su cabeza. Y no hemos querido entender —tal vez porque las palabras son más cómodas que las acciones— que a todos nos sale por un oído lo que por el otro nos entra y que, en cambio, permanece lo que nos entra por los ojos y se queda en el corazón.

Tal vez por ello han fracasado o se han quedado cortos la mayoría de los cambios y las revoluciones: porque la mayoría de los reformadores se quedaban muy satisfechos cuando habían redactado preciosos textos que recogían sus ideas, pero no se planteaban a fondo la reforma de las personas.

Así nos sucedió con el Concilio: se hicieron preciosos textos y constituciones doctrinales. Pero los cristianos siguieron sin cambiar. Por eso medio fracasaron casi todas las constituciones políticas: porque después de enunciarse muy bien todos los derechos, los ciudadanos seguían siendo egoístas, ambiciosos, violentos o autoritarios como antes de ellas. Por eso muchos padres se preguntan dónde aprendieron sus hijos tantas cosas que ellos no les enseñaron.

Por eso, en cambio, los que se dedicaron a sembrar las infancias de sus muchachos de gestos de amor saben que, antes o después, cuando pase el tiempo de las palabras, cuando el viento se lleve las ideologías que alguien les prendió con alfileres, lo que les quedará en el recuerdo serán aquellos gestos, el cariño con que pusieron unos calcetines, la ternura que hubo durante una enfermedad, el amor silencioso de las horas oscuras.

Cierro ahora mis ojos, ¿y qué queda de mi infancia? Nada recuerdo de los verbos irregulares, seguro que no sé resolver los quebrados, me atascaría en la lista de los ríos de Europa. Pero no he olvidado ni uno de los rostros de los que me quisieron y me enseñaron a ser feliz.

LAS OTRAS LOTERÍAS

A los españoles —todos lo saben— nos ha entrado la furia del juego: bingos, quinielas, máquinas tragaperras, loterías modernas o primitivas se están llevando una buena parte de los sueños y los dineros españoles. Las cosas andan mal y —quien más, quien menos— todos andamos a la cuarta pregunta y esperamos la mágica solución de un «gordo» que nos saque de apuros.

Y a mí la lotería me parece estupenda, entendida como un juego. ¿Quién no ha soñado, en la segunda quincena de diciembre, con todas esas cosas que va a hacer con ese premio que, lo sabemos de sobra, no nos va a tocar?

Lo preocupante es el sueño convertido en fiebre o el confundir la esperanza con la suerte. O, lo que es peor, volcarse en las loterías del dinero y olvidarse de todas esas otras loterías con premios mucho más suculentos y seguros.

La lotería de vivir, por ejemplo. Ésa nos toca a todos desde aquel día en que la bolita de la existencia cayó sobre nosotros. Vivir bien es estupendo, pero a mí me parece más maravilloso el simple hecho de vivir. El día de nuestro nacimiento nos tocó el «gordo», salimos de la pobreza absoluta de la nada y entramos en la maravilla del tiempo y de la sangre. Lo absurdo es que haya gente que rueda por el mundo sin haberse molestado en consultar la lista de esa lotería de vivir para comprobar que allí está su nombre y apellidos.

La lotería de amar es aún más fecunda y tiene premio doble: la posibilidad de amar y la de ser amado. ¿Quién sabría decir cuál de los dos premios es más grande? Para esta lotería no hace falta ni siquiera comprar billete: basta con tener corazón y con no tenerlo demasiado endurecido por el egoísmo. Es un sorteo con muchas pequeñas alegrías de reintegro que, además, tocan en todos los décimos.

La lotería de la esperanza es un poco más cuesta arriba. Para jugar a ella hay que tener los ojos limpios y algunos kilos de coraje frente a la adversidad. Pero también está al alcance de todos. Generalmente en esta lotería no tocan premios gordos; hay que ir la ganando cada día, con pequeñas pedreas que dan para seguir comprando esperanzas para el día siguiente.

Y luego está la lotería de creer. Creer, si se puede, en Alguien. O, cuando menos, en algo, que, si es limpio, termina por conducir a creer también en ese Alguien que

escribo con mayúscula. Esta lotería no se compra. Es un don. Pero un don ofrecido a todo el que lo busca con buena voluntad. Y ése sí que es un buen «gordo». No «resuelve» los problemas. Pero da fuerza para resolverlos.

Todas estas loterías están ahí. Y tocan a todos los jugadores. Y se ofrecen a ricos y a pobres, más a los pobres que a los que se rebozan en su riqueza. Lo asombroso es que no haya colas en las expendedurías.

TEORÍA DEL CASCABEL

Toda buena metáfora es como un relámpago que enciende, de repente, la noche. Así me iluminó a mí —hace ya tantos años que apenas lo recuerdo— un viejo texto de Ortega y Gasset que hoy quisiera comentar aquí para mis jóvenes amigos.

«Todos —decía— somos (o más bien deberíamos ser, porque algunos se empeñan en no serlo) como el cascabel, criaturas dobles, con una coraza externa que aprisiona un núcleo íntimo, siempre agitado y vivaz. Y es el caso que, como en el cascabel, lo mejor de nosotros está en el son que hace el niño interior al dar un brinco para liberarse y chocar con las paredes inexorables de su prisión».

¿Quién, que esté vivo, no ha experimentado alguna vez ese desdoblamiento desgarrador de su vida? ¿Quién no conoce ese algo que quiere volarle dentro y ese encadenamiento en el que vivimos? Las palabras nos atan, el tiempo nos encadena, el hombre cree ser libre, pero es su propia condición quien le maniata. A mí nunca me han preocupado demasiado los condicionamientos exteriores. Desde fuera nadie puede quitarnos la libertad. Nos la quita la simple realidad de existir, esa coraza externa que parece rodear nuestros sueños, nuestras aspiraciones. ¿No habéis sentido millares de veces que todo se os queda corto, que cuando amamos, escribimos, construimos, el amor, los libros o cuanto hacemos no son ni sombra de los sueños con que los proyectamos? Ser hombre es saber que nunca se llegará a serlo del todo, reconocer que en todos los caminos nos quedamos a medias. El cascabel de nuestras esperanzas se encuentra permanentemente encorsetado en la coraza de la realidad.

¿Qué hacer entonces? ¿Aburguesarnos? ¿Amargarnos? Un burgués y un resentido es alguien a quien el cascabel se le ha convertido todo él en coraza. Se les ha endurecido lo que tenían de niños, de ilusión; se ha vuelto todo piedra, incluso lo que debía ser ese núcleo íntimo, siempre agitado y vivaz. Son los que cambian ese núcleo por su ambición, por el dinero o por el poder. Ya no podrán sonar nunca, se han vuelto sólidos y estériles.

Los que siguen «sonando» (viviendo, produciendo) son quienes no se resignan a estar muertos y hacen que su alma de niños siga, terca, golpeándose con la realidad, chocando con las paredes inexorables del tiempo, de nuestra prisión. Ésa es nuestra verdadera música, la vida despierta.

Un verdadero creador (de su obra o de su vida personal) es alguien permanentemente insatisfecho, alguien que todos los días lanza su alma a la aventura, que no teme a los choques, que se mantiene terca e insobornablemente adolescente, que nunca se considera maduro o concluido, que vive en un perpetuo redescubrimiento de su propia alma.

Los cínicos, los pasotas, los amargados, se mueren en plena juventud. Los instalados, los que sólo producen dinero, los que no tienen más sueño que el de poseer (lo que sea) están secos. Su campana no suena. Ya no son un cascabel. Cuando más un cencerro.

EL SUEÑO DE BARTH

Karl Barth, tal vez la cabeza teológica más importante que ha producido este siglo, tenía la costumbre de todas las mañanas, antes de sentarse a escribir las páginas de su *Dogmática*, sentarse al piano e interpretar alguna de las sonatas de Mozart, como esperando que la música del salzburgués le descubriera esa «sabiduría central» que Barth consideraba superior a todas las teologías y que le hacía pensar que él, a fin de cuentas, se salvaría más por lo que conservara en su alma del niño-Mozart que todos los hombres somos, que por los conocimientos que lograra almacenar en su vida.

Y un día Barth tuvo un sueño: en él era designado para examinar de teología a Mozart, y como le admiraba profundamente, para que pudiera hacer un buen examen, le preguntaba por la teología que encerraban sus misas. Pero el examinado, Mozart, permanecía absolutamente callado, sabiendo muy bien que todo lo que en sus misas quería expresar no podía resumirse en palabras. Luego tarareaba o tocaba el «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo», como queriendo decir que ahí se resumía toda su teología.

En estos días de Navidad pienso yo muchas veces en este sueño de Barth y descubro que, efectivamente, la última clave de todas las teologías está —como dice Merton— en que «Cristo siga siendo un niño dentro de cada uno de nosotros». Los libros, la ciencia, las opiniones, todo queda lejos. La última verdad está en el portal de nuestra infancia.

Tal vez por eso me da tanta pena que la gente confunda la infancia con el infantilismo y la Navidad con un juego de turrónes. Para muchos, las fiestas navideñas parecen ser sinónimo de una fábula de cuento de hadas, tiempo de superficialidad, días de azúcar.

Para mí, en cambio, la Navidad es el vértigo; el tiempo de la verdad desnuda; la hora de descender al fondo de nosotros mismos para reencontrarnos allí, tal y como fuimos, verdaderos y niños, limpios de las rutinas, de las componendas que nos fue imponiendo la vida.

La Navidad no es, para mí, bulla, sino silencio. No tiempo de máscaras y caretas, sino de quitarse todas las que la vida pegó a nuestros rostros. Hora de reencontrarnos

con los mejores afectos, de sentirnos más hijos; de olvidar la lucha y las zancadillas, del arte de avanzar por la vida a codazos, de las risas hipócritas.

La Navidad debería ser un tiempo de amnistía para toda mentira, de restañamiento de heridas, de nueva siembra de las viejas esperanzas. Es un tiempo en que todos deberíamos volvernos más jóvenes, estirar la sonrisa, serenar el corazón, descubrir cuán amados somos sin apenas enterarnos, amados por Dios, amados por tantos conocidos y desconocidos amigos.

CANCIÓN DE AMOR PARA CANELO

En el cementerio de San Javier, de Murcia, hay un perro que lleva diez años durmiendo y viviendo sobre la tumba de su amo. El animal —si es que así puede llamársele—, días después de la muerte de su amo, añorando su presencia, se encaminó él solo al cementerio, encontró —¿quién le guiaba?— su tumba y sobre ella se sentó a esperar a la muerte. Durante muchos días no se movió de sobre su lápida, sin alejarse siquiera para buscar comida. Sólo más tarde, el viejo sepulturero se apiadó de él y substituyó —en parte— el cariño del muerto. Pero *Canelo* nunca renunció a su fidelidad. Y allí sigue, recordando a un muerto cuyos parientes ya le han olvidado. El amor del perrillo es la única flor que adorna esa tumba. Hasta el verdín ha borrado ya casi el nombre del muerto. En la memoria de *Canelo* no se ha borrado nada.

Esta historia —historia, no fábula— impresiona en un mundo en el que la fidelidad ya «no se lleva». Ahora —dicen— ya no hay amores permanentes. Se teme a los compromisos definitivos. Los que se casan —algunos o muchos, no sé— lo hacen con condiciones: «Si las cosas van bien...». Se presume, incluso, de haber cambiado. No hace mucho escuché en una emisión de radio a un ilustrísimo sociólogo que aseguraba muy dogmáticamente que «el que a los cincuenta años no ha cambiado en todas sus ideas, es que es un idiota». Y gentes como yo, que hemos cambiado la «forma» o la «intensidad» de las propias ideas, pero seguimos dispuestos a dar la sangre por las mismas de nuestra juventud, no sabíamos si echarnos a llorar por nosotros mismos o por el pobre-ilustrísimo sociólogo.

La vida de los hombres es difícil, lo sé. Son muchos los humanos que fracasan en sus caminos, en sus amores, en sus esperanzas. Entonces hay veces en que es inevitable el cambiar de camino. Lo grave es cuando se empieza a caminar dudando de la senda que se emprende; cuando se inicia la marcha reservándose trozos de corazón «por si acaso»; cuando no se cree ni siquiera en lo que se cree.

Un hombre que fracasa sólo es un hombre que fracasa. El que empieza su vida entronizando la infidelidad como principio no fracasa jamás, porque no tiene ni alma con la que fracasar. Los que aman con un «ya veremos» se morirán sin saber lo que es el amor. Porque un amor puede ser débil, o cobarde, o mediocre, pero lo que no

puede ser es provisional. Un «amor provisional» es algo tan contradictorio como un círculo cuadrado. Porque si es amor, no es provisional. Y si es provisional, no es amor.

Por eso me emociona ese cariño de *Canelo*, un amor verdaderamente más fuerte que la muerte. Los periódicos han dicho que es un «chucho sin raza, sin clase». Pero yo creo que tiene más raza y más clase que la mayoría de los humanos que yo he conocido.

Recuerdo ahora aquello que Rilke escribía cuando, al visitar España, contaba asombrado que nuestro país es el único en que había visto perros en las iglesias. Y comentaba: «Si los hombres amasen a Dios como los perros adoran a los hombres, Dios sería un amo bien servido».

EL PADRE ENFERMO

En toda vida humana hay un momento en el que le damos la vuelta a los prismáticos: y todo aquello que, visto con cristales de aumento, nos parecía enorme, cercanísimo y acechante, se aleja de repente, se vuelve, al invertir los cristales, diminuto y distante, inofensivo y casi inexistente. Esa vuelta a los gemelos se produce cuando nos llega un gran dolor o cuando se descubre un gran amor. Todo gira entonces. Los valores se invierten. La realidad sigue siendo la misma, pero sus medidas son lo contrario de lo que eran.

Una amiga mía vive en estos días ese giro de página: su padre está seriamente enfermo y amor y dolor, juntos, hacen que todo su mundo cambie de color. «¡Cuántas cosas —me dice— por las que antes luchaba y me angustiaba se me han vuelto fútiles e innecesarias! ¡Qué tontas me parecen algunas ilusiones sin las que me parecía que vivir sería imposible! ¡Cómo se vuelve todo de repente secundario y ya sólo cuenta la lucha por la vida y la felicidad de los seres que amas!».

Es cierto: la gran enfermedad de los hombres es esa miopía cotidiana que nos empuja a equivocarnos de valores, que convierte los granos en montañas y las minucias en tragedias.

Yo me he preguntado muchas veces qué pediría a Dios si él me concediera un día un milagro. Y creo que suplicaría el ver, el ver las cosas como él las ve, desde la distancia de quien entiende todo, de quien conoce el porvenir y las auténticas dimensiones de las cosas.

Si tuviera este don, ¡qué distinta sería mi vida! ¡Cuánto más amaría y cuánto menos lugar habría dado a las apariencias! ¡Qué poco me habrían importado los éxitos y cuánto las amistades!

Mi amiga me dice también: «Ahora “gano” mis tardes haciendo crucigramas con mi padre. Soy feliz viéndole sonreír. A su lado no tengo prisas. Cada minuto de compañía se me vuelve sagrado. Y cuando a la noche regreso a mi casa “sin haber hecho nada” (sin haber hecho nada más que amar) me siento llena y feliz, mucho más que si hubiera ganado un pleito, construido una casa o acumulado un montón de dinero. Charlo con él. Charlamos de nada. Vivimos. Estamos juntos. Le quiero. Le veo feliz de tenerme a su lado. No hay premio mayor en este mundo. Sé que un día

me arrepentiré de millones de cosas de mi vida. Pero que nunca me arrepentiré de estas horas “perdidas haciendo crucigramas a su lado”».

Mi amiga tiene razón. Ha vuelto sus prismáticos y de repente el cristal de aumento de su corazón le ha hecho descubrir lo que la mayoría de los seres humanos no llegan ni siquiera a vislumbrar. Y todo lo demás se ha vuelto pequeñito y lejano: secundarísimo.

Doy gracias a esta amiga por su lección. Y me digo a mí mismo que en 1986 voy a darle yo también la vuelta a mis prismáticos.

PARA VER MÁS HONDO

Un amigo mío vivió, hace seis meses, una tremenda enfermedad de los ojos que amenazaba con dejarle totalmente sin vista. Y me contaba que, en vísperas de su operación, su madre no dejaba de rezar y rezar. «No sé para qué rezas tanto —le dijo mi amigo—. Tú sabes que las probabilidades de recuperación de la vista son mínimas». Y le llegó, conmovida, la voz de su madre: «Hijo, es que no rezo sólo para que veas mejor, sino sobre todo para que veas más hondo».

Seis meses después, tras una operación afortunada («cuando, al quitarme el vendaje, pude distinguir mi mano —me dice— sentí un calambre tal que aún no me explico cómo no fundí mi cama»), mi amigo me dice que ha recuperado bastante más que la vista, que su enfermedad le ha ayudado a entender mejor el mundo, a organizar mejor su vida, a revisar toda su escala de valores, poniendo en primer plano cosas antes olvidadas y haciendo regresar al papel de minucias muchas de las luchas que antes le obsesionaron como fundamentales.

Lo tremendo es que tengan que venir los grandes golpes de la vida para que empecemos a «ver» cosas elementales, que seamos todos «ciegos que ven» o que creen que ven, cuando tal vez se les está escapando el mismo juego de la vida.

Efectivamente, ver bien es mucho más importante que ver, y la mayor de las cegueras es, con frecuencia, tener el alma amodorrada. Y así es como hay en el mundo millones de personas que creen ver el mundo que les rodea, cuando en realidad sólo se ven a sí mismos, o al menos, miran todo por la estrecha mirilla de su egoísmo.

El otro día, viendo en televisión esa mala versión que se ha hecho sobre la vida de Paganini, me impresionó la frase que, en un momento, dice al violinista el mejor de sus amigos: «De ti —le dice— no ha salido en toda tu vida un solo acto de amor. No has hecho en toda tu existencia nada que no sea servir a tu inventado y egoísta yo. Estás condenado a la soledad».

El diagnóstico es terrible, pero verdadero: quien durante toda su vida no hace otra cosa que contemplarse y adorarse a sí mismo, terminará encerrado consigo mismo mientras le rodean todos los que hubieran podido amarle. De cada cien soledades algunas son fruto de la injusticia, pero el 95 por 100 son autofabricadas.

Por eso lo más urgente es «ver mejor», vivir con el alma y con los ojos abiertos, sabiendo que nuestros problemas son sólo una cuatro mil millonésima parte de los problemas del mundo, sin creer que somos los emperadores del universo, a quienes todos deberían servir, seguros de que cuando veamos, seremos vistos, y cuando amemos, seremos amados. Quien, en cambio, vive con las orejeras de su propio orgullo puestas, difícilmente hará en su vida otra cosa que dar vueltas a su propia noria. Y ojalá logre sacar algún agua de ella.

«ME SUICIDO O ME METO MONJA»

Últimamente, supongo que porque he escrito dos o tres artículos sobre temas juveniles, han caído sobre mi mesa docenas de cartas de muchachos y muchachas escritas muchas de ellas con ese aire de personas que se están ahogando. Son cartas muy bien escritas, que denotan que sus autores están muy vivos, aunque también muy perdidos y desconcertados, y plantean todos sus problemas con esa radicalidad que, tal vez, sólo se tiene a los dieciocho, diecinueve años.

Una, por ejemplo, arranca así:

Tengo diecinueve años y, en pocas palabras, estoy harta de todo. En estos momentos me suicidaría, pero no lo hago porque tengo unos padres que me quieren y para ellos sería un golpe demasiado duro e inmerecido porque son y han sido unos padres geniales. Pero no quiero seguir viviendo, al menos, como hasta ahora. Por mí, me abriría las venas y diría: «Bueno, ya se ha acabado mi sufrimiento». Pero me parece una manera tonta de perder la vida. Antes de hacer eso, me metería monja, perdería la vida haciendo algo útil.

Y concluye gritando: «No sé qué hacer: me suicido, me meto monja o sigo como estoy. ¡Menudo panorama! Pensaré que tengo un cacao de impresión o que estoy loca».

Hombre, lo que es «cacao» sí tienes un poco. Lo de loca, no me lo creo. Prefiero simplemente pensar que tienes diecinueve años y que eres bastante cómoda, ya que, al parecer, no se te ocurre que, además de esas soluciones «heroicas» y «melodramáticas», pueden existir muchas otras grises y eficaces.

En esto último coinciden muchos de los que escriben: esa muchacha que me pide un «andamio moral» que la «suba» hasta los ideales, esa otra que cree que todo se resolvería marchándose de casa o cambiando de ciudad; ese chico que me dice que ha perdido la fe porque le desilusionó un cura, o esta otra muchacha que se siente acorralada por un complejo de timidez que le vuelve imposible encontrar la amistad.

A todos ellos me gustaría decirles aquí unas cuantas cosas bastante sencillas: la primera, que desconfíen de esas soluciones radicales, que son la mejor manera de

engañarse a sí mismos y de no construir nada. Que no hay en el mundo, hechos ya, andamios morales que nos lleven en volandas hacia los ideales, porque lo que hay son tabloncillos para que cada uno se construya su propio andamio. Que no hay soluciones mágicas que curen las dificultades, que lo que hay en la Tierra son materiales para ir construyendo lentamente el alma, ladrillo a ladrillo, como se hace una casa. Que ningún problema se resuelve con la huida, porque, normalmente, cuando se cambia de casa o de ciudad, se vuelven a encontrar los mismos problemas, porque todos los realmente decisivos los tenemos dentro y los llevamos con nosotros allí donde huyamos.

Pero ¿es que —me pregunta una muchacha— «se puede realmente mejorar, se puede cambiar»? Contesto sin rodeos: ¿Se puede mejorar? Sin duda. ¿Se puede cambiar? En parte. En lo sustancial, un hombre sigue siendo casi siempre lo que es, pero puede ser el que es siendo mucho mejor.

¿Y cómo se hace? Otra muchacha me dice que yo siempre digo que hay que mejorar, pero no digo cómo. La verdad es que en estos articulejos lo más que yo puedo dar son algunas pistas, algunas orientaciones. Recetas perfectas que sirvan para todos no hay, porque cada alma es distinta de las demás.

Pero hay algunas lecciones importantes. Las fundamentales me parecen éstas: Primera lección, empezar. Segunda lección, seguir. Tercera lección, seguir siguiendo. Cuarta lección, continuar, a pesar de los fracasos. Quinta lección, no dejar de luchar, aunque a la corta no se vean frutos.

Es decir, el único modo de cambiar es la suma del coraje con la constancia.

¿Y cómo empezar? Por ejemplo, sentándose en una mesa, cogiendo un folio, trazando una raya de arriba abajo por en medio y escribiendo a la izquierda: «Fuerzas positivas de mi alma que tengo que fomentar y multiplicar». Y a la derecha: «Zonas débiles de mi vida que tengo que reforzar». Y una vez que se ha hecho la lista, elegir cuál es la zona en la que esta semana voy a luchar. Una sola. Sin proponerse metas demasiado ambiciosas. Sin soñar soluciones desesperadas. Y hacer esto una semana, dos semanas, cincuenta semanas, quinientas cincuenta semanas.

ODIARSE A SÍ MISMO

Cada vez me impresiona más el número de muchachos que me encuentro en la vida que se odian a sí mismos. No digo que «estén descontentos de sí mismos» (cosa que me parece natural y magnífica), sino muchachos que no se soportan tal y como son, que se rechazan a sí mismos, y lo que es mucho peor, que se odian y se desprecian cruelmente.

Los muchachos, ya lo sé, son todos —fuimos todos también— un poco melodramáticos, y cuando se autodefinen como «basura», como «un idiota de mierda» o aseguran que «se dan asco», hay que rebajarles siempre un poquito. Pero hay que aceptar que su sufrimiento es verdadero. Y que pocos hay tan serios como este de los que no se aceptan a sí mismos.

¿De dónde viene este autodesprecio? A veces llega de hechos objetivos, graves, aunque no invencibles, como podría ser el haberse encontrado atrapados por la droga o el descubrir en sí tendencias sexuales menos normales. Otras, el desprecio surge de anécdotas transitorias, pero para ellos tremendas: un fracaso amoroso o un trabajo que tarda en encontrarse. Pero con frecuencia viene también de dolores imaginarios: gente que no se acepta porque es gorda, o porque es fea, o porque hubiera querido añadir un palmo a su estatura, o porque se experimentan cobardes o perezosos.

Yo sé, naturalmente, que cada caso es cada caso y que es absurdo generalizar, pero por si a alguien le sirve me gustaría contar algunas cosas.

La primera es que nadie es un bicho raro, aunque «todos» en la adolescencia nos hayamos creído que lo éramos. A los diecisiete-veinte años nos nace la personalidad y brotan dentro dos aspiraciones contradictorias: una según la cual quisiéramos ser como los demás y otra que nos empuja a realizar nuestra individualidad. Sólo el paso del tiempo nos va descubriendo que hay que elegir lo esencial de lo segundo y lo accidental de lo primero, de modo que seamos lo que somos sin, por ello, convertirnos en bichos raros. Pero quedando claro que la fidelidad a sí mismos es fundamental.

¿Y cuando «ese hombre» que nosotros somos nos resulta odioso? Recuerdo que tendría yo dieciocho años cuando leí una frase que fue fundamental en mi madurar. Era de Bernanos y decía así: «Hay que amarse a sí mismos lo mismo que a cualquier

otro pobre miembro del Cuerpo místico de Cristo». Dicho, si se quiere, con palabras menos teológicas: hay que aprender a mirarnos a nosotros mismos con la misma ternura con que nos miraríamos si fuéramos nuestro propio padre. Entonces descubriríamos que nadie es odioso, que desde cualquier naturaleza, desde cualquier modo de ser, se puede saltar a la felicidad, aupándose sobre sí mismos.

Sí, todo hombre debe dar dos pasos: el primero, aceptarse a sí mismo; el segundo, exigirse a sí mismo. Sin el primero caminamos hacia la amargura. Sin el segundo, hacia la mediocridad. Todos podemos ser felices y mejores, pero *desde* lo que somos, podando nuestros excesos, desde la fidelidad a lo interior: como el escultor —que quita los pedazos que le sobran a un bloque para convertirse en estatua—, mas no intentando pegarnos trozos postizos, robados aquí o allá. Aceptando lo que viene de fuera, pero sólo después de haberlo convertido —como el alimento— en nuestra sustancia.

Ahora voy a aclarar que cuando hablo de «ser fiel a sí mismo» no lo confundo con «encerrarse en sí mismo». Pasarse la vida ante el propio espejo termina siempre llevando al odio hacia nuestra alma. Lo que no se airea se pudre. Y sobre todo en la adolescencia es imprescindible tener alguien en quien confiar. No se puede ser joven sin amistad. Y es cierto que al entregarnos a otros nos llevamos bastantes batacazos. Pero también descubrimos que en el mundo hay mucha más comprensión y mucho más amor del que nos imaginamos. Encontrarlo es a veces un milagro. Pero por fortuna los milagros existen.

Tengo aún que añadir una segunda aclaración: que cuando hablo de «ser lo que soy» no olvido que soy «para» los demás o para «algo». Ser para ser felices es poquita cosa. Ser para ser útiles es mucho más serio, con la superventaja de que siendo útiles se nos dará, por añadidura, el ser felices. Por eso generalmente la mejor manera de aprender a amarse a sí mismo puede ser dedicarse a amar a los demás. Por eso ya he hablado alguna vez en este «Cuaderno de apuntes» de la vida entendida como un trampolín: hay que asentar bien los pies en lo que somos para poder saltar mucho mejor y mucho más lejos hacia lo que queremos ser y hacia la realidad que nos rodea.

Todo menos encerrarse en la madriguera del alma. Todo menos mecerse como un feto en nuestro propio vinagre. Todo menos pasarnos la vida lamiendo nuestras heridas. Recordando que el mandamiento que dice «amarás al prójimo como a ti mismo» lo que manda es empezar a amarnos a nosotros mismos para luego tener más amor que repartir.

LA PUERTA CERRADA

¿Y cuando parece que todas las puertas de la vida se cierran? ¿Y cuando la vida se viene abajo no por falta de ilusiones ni de coraje, sino porque las circunstancias se encargan de troncharte?

Recibo una carta de un muchacho de veinte años —entre otras muchísimas que me gustaría poder contestar, pero no puedo— que me cuenta una historia, para él, dramática. A los ocho años se «enamorado» de un deporte que iba a llenar su vida. Comenzó a practicarlo a los doce. Tenía dotes. Se veía ya compitiendo en una olimpiada. No le faltaba ni la paciencia ni la constancia que una empresa así exige. Sólo tenía una desgracia: vivía en una ciudad que carecía de las instalaciones y entrenadores necesarios. Comenzó a los catorce años su lucha con las federaciones. Logró pequeñas ayudas. Insuficientes. Siguió luchando, entrenándose solo, pero sin ignorar que el tiempo no perdona. Y con sólo veinte años se encuentra que ya es «viejo» para lo que soñaba. De golpe se da cuenta de que no puede seguir engañándose. Y de que ha perdido una etapa estupenda de la vida detrás de una quimera. Todo lo que ha aprendido sirve, cuando más, para asombrar a algún amigo o para practicar el automasochismo. «La depresión —me dice— está servida. Y garantizada su larga duración».

Yo no contaría este caso si no fuera simbólico de otros muchísimos. Son millones los seres humanos que nacieron para una cosa y se ven empujados a hacer otra. Millones los que han visto cerrar entre sus narices la puerta de sus sueños. Soñaron ser médicos y son ahora oficinistas. Pensaron ser pintores, están de empleados de banco. Aspiraron a la gloria y, al final, se sienten dichosos con poder ganar en cualquier trabajo su pan.

¿Qué hacer entonces? ¿Romperse la cabeza contra la puerta que nos han cerrado? ¿Aceptar la depresión como supremo masochismo? ¿Pasarse la vida llorando por la ilusión perdida?

Recuerdo haber oído, hace ya muchos años, una frase de Juan XXIII que me marcó profundamente: «Es signo de los mejores servidores de Dios el estar haciendo algo diferente de aquello a lo que se sentían llamados». Y esto, que el papa refería al mundo del espíritu, puede también decirse de un alto porcentaje de los mejores

genios de la Humanidad.

La verdad es que haberse encontrado con una o muchas puertas cerradas en aquello que más amábamos es ley casi inevitable de la Humanidad. Son pocos los que tienen la impagable fortuna de poder entregarse siempre en línea recta a lo que soñaron. Los más caminan con líneas torcidas, con vericuetos, con dos pasos adelante y uno atrás.

Todos —yo también— podríamos contar muchas historias de fracasos, atascos o incomprendimientos. Todos hemos tenido una mañana o una tarde en que nos pareció que nuestra vida había sido tronchada. Y hasta podría asegurarse que quienes más anduvieron en su vida son los que con más puertas cerradas se tropezaron.

El problema no está, pues, en si la vida es fácil o difícil, sino en cómo reaccionamos ante los obstáculos.

Por si a alguien le sirve voy a recoger aquí el consejo que alguien me dio a mí siendo yo un muchacho y que me ha funcionado bastante bien durante mi vida: «Si un día te cierran una puerta, la solución no es romperte la cabeza contra ella, sino preguntarte si no habrá, al lado de ella y en la misma dirección, alguna otra puerta por la que puedas pasar. En la vida hay que aceptar a veces salidas de emergencia, aunque nos obliguen a dar un pequeño rodeo. Procura, al mismo tiempo, tener siempre encendidas tres o cuatro ilusiones; así, si te apagan una, aún tendrás otras de las que seguir viviendo. Distingue siempre entre tus ideales y las formas de realizarlos. Aquéllos son intocables, éstas no. Si alguien te pone obstáculos a tu ideal, pregúntate si se opone de veras a tu ideal o a la forma en que estás realizándolo. Y no veas problema en cambiar de forma de buscarlo, siempre que sigas buscando el mismo ideal. Aprende en la vida a ser terco y tenaz, pero no confundas la tenacidad con la cabeza dura. No cedas ni en tus ideas ni en tus convicciones, pero no olvides que una verdad puede decirse de mil maneras y que no siempre vale la pena sufrir por ciertos modos de expresión. Y cuando llegue una ola que es más fuerte que tú, agáchate, déjala pasar, espera. Y luego, sigue nadando».

Cuando oí por primera vez todo esto, pensé que era más fácil decirlo que hacerlo. Pero el paso del tiempo me ha ido descubriendo que la vida es más ancha de lo que imaginamos. Y que cerrar la puerta a un hombre decidido a seguir es tan inútil como ponerle puertas al campo.

DESPUÉS DE LOS EXÁMENES

Recibo en estos días varias cartas de muchachos y muchachas que parecen calcadas las unas de las otras, porque todas coinciden en contarme una misma sensación de vacío: después de los exámenes se sienten como huecos. Han trabajado durante el año, han salido bien de sus pruebas finales, sus padres están contentos con ellos porque lo que sus progenitores quieren es, ante todo y sobre todo, «que estudien»; pero ellos, precisamente ahora que la presión de los exámenes desaparece, se preguntan si valía la pena, si con tanto estudiar no estarán dejando de vivir. «En este momento —dice una universitaria— me encuentro que no tengo nada, me quedo desinflada, mientras en casa se quedan tan contentos con mis buenas notas».

Yo pienso, en un primer diagnóstico, que esta sensación de vacío y desencanto la hemos experimentado todos tras los grandes períodos de lucha: por unos exámenes, por una empresa que acaparó nuestra alma, por un libro que acabamos de escribir. Es, me parece, un buen síntoma humano que en ese momento no nos venza el orgullo de lo realizado y surja ese vacío que nos empujará a una nueva tarea cuando lo superemos.

Pero creo también que en los jóvenes ese desfundamiento muestra algo más, concluido lo que acaparaba sus nervios, aparece un vacío interior más doloroso: ellos aspiran a «más vida» y reconocen que los estudios son un medio, pero no un fin.

En varias de esas cartas aparece la gran sombra de la soledad: «Yo también necesito alguien que me quiera y a quien querer —me dice una muchacha— porque, aunque ya sé que mis padres me quieren son ya muy mayores y muchas veces no puedo contar mis problemas en casa». Ya apareció la madre del cordero: la necesidad de amistad y de amor. «¿Dónde están los chicos que valgan la pena?», me preguntan las chicas. «¿Dónde se encuentra una chica con la que yo me sienta lleno?», preguntan los muchachos. Todos se encuentran capaces de llenar la vida de alguien. Todos dudan de que exista alguien capaz de llenarles a ellos.

¿Buscarlos en la facultad, en los ambientes de estudio? «No sé qué pasa en la facultad —me dice una muchacha—: la gente va allí como de cumplido, nadie intima con nadie, algunos llegan allí ya con sus rollos desde los quince años y yo, a mis veinte, me pregunto si es tarde para mí».

¿En las discotecas? «Las discotecas —me dice otra— reflejan el problema tan grande de incomunicación que sufrimos todos. Estamos tan acostumbrados a no escuchar al que está a nuestro lado, que preferimos estar en un lugar donde eso es materialmente imposible».

Como es lógico, yo no comparto el diagnóstico tan pesimista de mis corresponsales. Refleja sólo —pienso— el hecho de que ellos aún no han encontrado esa amistad que necesitan y empiezan a considerarlo una aventura imposible.

Habría que empezar a explicar a estos muchachos que la amistad y el amor son dos joyas demasiado hermosas como para que uno las encuentre tiradas por la calle. Todo lo grande es costoso. Encontrar *el* hombre o *la* mujer que cada persona necesita no es que sea tan difícil como acertar una quiniela de catorce, pero tampoco es tan sencillo como pedir un café en una cafetería. Y es un hecho que buscarlo obsesiva y neuróticamente es la mejor manera de no encontrarlo o de encontrarlo equivocándose.

Me parece que el único camino lógico es dejar hacer a la vida. Y tener la certeza de que, cuando alguien tiene mucho que ofrecer, encontrará siempre personas dispuestas a recibirlo. Siempre, claro, que se viva con los ojos abiertos.

Digo esto último porque en la vida existen «los profesionales del desprecio», ese tipo de personas que se pasan la vida encontrando defectos en los demás: éste es superficial, aquél no tiene conversación, el de más allá carece de una educación parecida a la mía, aquel otro no tiene nada dentro. Estos «despreciadores» están condenados a la soledad: mientras se cansan pronto de cultivar su alma, siempre piensan que los demás «no son suficientemente dignos» de ella.

Yo, lo confieso, encuentro toneladas de gente interesante, conozco cientos de chavales y muchachas estupendos y —¡claro!— no voy a poner una agencia de matrimonio, porque pienso que el amor debe buscárselo cada uno con su propio coraje.

Por eso a los amigos que me escriben esta semana les diré: dejad que pasen estos primeros días en los que esa sensación de vacío tras el curso es inevitable. Y después dedicaos este verano a vivir, aprovechad el tiempo, llenaos de lecturas, de música, encontraos con los chicos sin afanes de caza precipitada, dejad que os crezca el corazón. Ya encontrará donde posarse. Si tenéis amor, no se perderá. Los únicos árboles que no florecen son los que ya están secos.

MUCHACHOS, OS ESTAMOS ENGAÑANDO

Esta semana he vivido una experiencia apasionante. Y tremenda. He sido, como desde hace años, jurado de un concurso de redacción al que acuden muchas decenas de miles de muchachos de trece y de catorce años. El tema de este año era «La juventud, hoy». Y pensé que sería interesantísimo ver qué pensaban de la juventud los muchachos que están a punto de entrar en ella.

El resultado —os lo voy a decir sin rodeos— ha sido desolador. Resumiendo mucho, os diré que nueve de cada diez de estos muchachos y muchachas son terriblemente pesimistas. Es rarísimo encontrar entre ellos alguien que tenga esperanzas. Siete de cada diez hablan de la droga, Cinco de cada diez cuentan escenas de violencia, atracos, navajazos. Prácticamente ninguno habla de amor. Ni siquiera hablan las chicas de los chicos, ni los muchachos de sus compañeros. Ninguno alude a un posible ideal.

Ved, por ejemplo, el panorama de juventud que describe una muchacha:

Entre la multitud, un joven camina con inseguridad, tiene miedo al futuro. Sus pasos son vacilantes; su mirada, temblorosa. Parece que comenzó la vida con ilusión, pero ahora se siente insatisfecho, cada vez la vida le defrauda más. Su objetivo es encontrar su puesto en la sociedad, pero por momentos lo ve más lejano, más pequeño. Observa cómo el mundo se consume y su destino también. Quizá cuando lo alcance sea demasiado anciano para ocuparlo y una orden de jubilación le destine a descansar de su búsqueda. A menudo se pregunta qué es lo que la juventud pinta en este mundo de locos, en este mundo que es como un partido de fútbol: unos pocos son los que dominan el balón, los más poderosos, mientras que los demás permanecen al margen, en el banquillo, esperando que alguien se lesione para poder entrar en el juego. Quizá sea éste el papel que juega hoy la juventud, su sitio es el banquillo.

Os pido que leáis con atención este párrafo —por cierto, estupendamente escrito— y que observéis cómo en él se resumen todos los desalientos, todas las desesperanzas. Es, aunque parezca mentira, la tónica general de los trabajos que he

leído. Si alguien les habla de la importancia de la juventud, lo califican de «hipócrita». Si aluden a algún muchacho que lucha por algo distinto, lo bautizan de «pijo». Se entiende que alguno concluya su trabajo gritando: «Paren el tiempo, que me bajo».

Esta coincidencia en la negrura era tan visible, que los miembros del jurado lo discutimos largamente. Y dos de ellos subrayaron dos datos muy significativos. Una profesora explicó que, antes de puntuar los trabajos, se los leyó a las alumnas de su clase y que todas coincidieron en dos cosas: en que todas pensaban que la juventud era así y también en que todas aseguraban que ellas, como personas, no eran así. Otro jurado destacó otro hecho: ni uno solo de los muchachos y muchachas escribía desde su interior. Todos contaban cosas ajenas, como si describiesen una película, como si fuera algo que les pasa «a los otros», pero que no le ha ocurrido a él.

Era, por ejemplo, muy llamativo el ver cómo chavalitas de trece años y de pequeñísimas ciudades, chavalitas que con toda certeza no habían visto jamás una inyección de heroína, contaban con todo detalle los «chutes» de los protagonistas de sus historias.

¿Qué quiere decir todo esto? Que esos muchachos repetían sobre la juventud lo que les han dicho que será a través de la televisión o de los periódicos. Pensaban de la juventud lo que los mayores queremos que piensen. Lo que les hemos metido en sus cabezas. Llegan a tener miedo antes de tener problemas. Se enfrentan a la juventud ya encogidos y asustados. Con el afán de prevenirles de peligros, les hemos degollado las esperanzas. Les hemos dicho tanto, que sus padres son incomprensivos, que se sienten incomprendidos ya de antemano. Les hemos asegurado tanto que no se colocarán, que les hemos quitado las energías para merecer mañana colocarse. ¿Es que nadie les habla del amor y de las muchas esperanzas que esperan a todos los que sepan luchar por ellas?

Me temo, muchachos, que os estamos engañando. Que os estamos diciendo la mitad o la cuarta parte de la verdad. La juventud es difícil porque la vida lo es. El paro es para vosotros una gran interrogante porque también lo es para muchos mayores. Pero eso es sólo una parte de la realidad. También la felicidad está ahí para quienes sepan construísela. Y todo hombre debe asumir su ración de soledad, pero también es cierto que el amor espera a todo el que tenga el alma grande. Y es cierto que hay cientos de causas por las que vale la pena luchar y vivir.

Por eso, muchachos, perdonadnos a los mayores si os contagiamos nuestras desilusiones. Y, por favor, no nos creáis.

SAN IMPRUDENTE

Gilbert Cesbron se pregunta en uno de sus libros si la prudencia es «todavía» una virtud. Y Bernanos —mucho más radical— dice rotundamente que «la prudencia es la coartada de los cobardes». Algo muy parecido suelen pensar todos los jóvenes que dicen estar hartos de que amordacen su fuego a base de consejos prudentitos.

Y habría que reconocer, cuando menos, que la palabra «prudencia» tiene dos sentidos muy diferentes, dependiendo de que la pronuncie un santo o un mediocre. Para este último, desde luego, todos los santos han sido imprudentísimos.

Me ha impresionado releer el otro día los informes que unos «prudentísimos» superiores daban hace tres siglos sobre san Pedro Claver. Helos aquí:

- *Informe de 1616*. Ingenio: por debajo de la mediocridad. Prudencia: escasa. Aprovechamiento en las letras: exiguo. Carácter: colérico.
- *Informe de 1642*. Ingenio: mediocre. Juicio: mediocre. Prudencia: exigua. Adelantamiento en las letras: bueno. Carácter: muy melancólico.
- *Informe de 1649*. Ingenio: bueno. Juicio: mediocre. Prudencia: exigua. Experiencia de la vida y de las cosas: mediocre.

Un desastre, como puede verse. A san Pedro Claver, ciertamente, ninguno de sus tres superiores le habría canonizado. Pero parece que el Espíritu Santo pensaba de otra manera. Y hoy conocemos a esos tres superiores porque firman esos ingenuos informes. Y a san Pedro Claver le tenemos en los altares, tal vez para que sirva de patrono a tantos audaces que fueron calificados de imprudentes por superiores cobardes.

Entonces, ¿hay que decir adiós a la prudencia como virtud? No, ciertamente, pero sí habría que revisar el concepto de prudencia que suele circular por este mundo, ya que es un hecho que todos los santos han sido considerados excesivos, imprudentísimos.

Y tal vez empecemos a entendernos si recordamos aquellas dos preciosas definiciones que de esta virtud daban san Agustín y santo Tomás. La de san Agustín

era más aguda y brillante: «La prudencia es un amor que elige con sagacidad». La de santo Tomás es más concreta e iluminadora: «La prudencia es una virtud que se refiere a los medios y nos dice cómo debemos hacer lo que debemos hacer».

Esto ya es otra cosa. Entonces la prudencia no sería esa extraña forma de comodidad que nos invitaría a dejar de hacer lo que debemos hacer cuando el hacerlo nos trae problemas o disgusta a alguien, que es como la prudencia suele entenderse en nuestro mundo, una «virtud» maniatadora que nos invitaría a apostar siempre por el «no» en caso de duda o de riesgo. Prudente sería, entonces, el que nunca asume un riesgo. El egoísta que prefiere no tener problemas a cumplir con su deber.

Para santo Tomás, lo que se debe hacer se debe hacer. La prudencia es sólo la amorosa reflexión para encontrar los mejores modos de hacerlo. No la virtud que dice: «No comas esa fruta». Sino la que nos dice: «Antes de comerla piensa si está ya madura, porque si la comes demasiado pronto estará ácida y porque si, por vacilaciones o miedos, la dejas más tiempo del justo sin comerla la comerás cuando ya esté podrida». No es la virtud que nos dice: «Cállate, no digas la verdad». Sino la que nos invita a decir la verdad, de tal manera que no hagamos daño ni a la misma verdad ni a quienes la escuchan.

Suele decirse que hay verdades que no deben ser dichas. Personalmente pienso que toda verdad puede y debe ser dicha. Siempre que, por amor a la propia verdad, se diga dónde, cuándo y cómo debe decirse. Y no es prudente el que se calla la verdad. Es prudente el que reflexiona con seriedad sobre el modo y la ocasión de decirla.

Se ha escrito que una herejía es una verdad que se ha vuelto loca, una verdad que se ha dicho antes de tiempo o que se ha expresado de manera incompleta y desequilibrada. Es cierto: todos los herejes tenían parte de razón, pero añadieron las suficientes dosis de su propio desequilibrio para que sus verdades resultaran falsas. Y quizá, con su precipitación o su falta de medida, impidieron que esas verdades madurasen en ellos y quizá se retrasasen un siglo en su maduración para los demás.

La prudencia no es, entonces, una forma defensiva del egoísmo que me evita problemas e incomprensiones. La prudencia es un amor que elige, un amor a la propia verdad o a la propia acción que emprendemos. Y se cuida lo que se ama.

¿Y cuando la prudencia ha elegido ya los modos en que se debe hacer lo que va a hacerse? Entonces, esa prudencia se retira y deja paso a la audacia. Porque cuando la virtud de la prudencia no abre la puerta a la otra virtud de la audacia... las dos se pudren.

LAS HOJAS NUEVAS

Una amiga me escribe preguntándome por mi yuca. Y añade:

Yo tengo encima de mi mesa una pequeña planta de la que brotan también hojitas pequeñas como signo de ESPERANZA. Y son nuevas, recién estrenadas, sin las manchas o el deterioro que el tiempo causó a las que ya son adultas... Son tan bonitas como un niño recién nacido, como una esperanza de RESURRECCIÓN.

Las palabras de mi amiga me conmueven porque al principio de su carta me ha contado el otro rostro de su verdad:

Estoy empezando a aprender esta mi nueva vida a la que todavía no acabo de acostumbrarme: ir de la cama a la silla de ruedas...; depender hasta en lo más íntimo (todavía no controlo mis esfínteres) de los demás; tener un cuerpo en continua protesta, sin lograr identificarme con él; sentir mi cabeza con dolor de cabeza y «borrachera» que no me permite ni los trabajos manuales ni el escribir con claridad en ocasiones. Muchas veces le pregunto a Dios: «¿Por qué?», como Job. Otras veces leo el salmo 51. Y pasan los días en este MISTERIO que Dios quiso para mí, en el que unas veces lloro, otras disimulo y otras soporto mejor todo, y es cuando aprovecho para escribir.

Me emocionan esas tres palabras que mi amiga ha escrito con mayúsculas — misterio, esperanza, resurrección— que parecen ser el verdadero resumen de su alma.

Ante el misterio del dolor, yo me inclino y me quedo mudo. Daría cualquier cosa por poder darle a un enfermo las razones de lo que le ocurre. Cambiaría todo lo que sé por poder levantar durante unos minutos el velo de esos porqués que torturan a tantos hermanos míos. Pero confieso que aún me asombra más —y me maravilla— ese otro misterio de la esperanza humana: ¿qué es lo que hace que a pesar de todo, del dolor, de la violencia, de este miserable mundo en que parecemos vivir, nadie, nunca, haya podido destruir esa pequeña planta, que siempre brota hojas nuevas, que nace con sólo un rayo de sol, que ilumina una vida con sólo unos pocos botones que

le han nacido a la planta que tenemos encima de una mesa?

Yo sé que, en el caso de mi amiga, esa esperanza brota de la fe en Alguien que resucitó antes de nosotros. Pero sé también que toda esperanza es sagrada, que todo el que en algún rincón del mundo logra subirse a la grupa de sus propios dolores, está demostrando la «calidad» del hombre, la llama viva que late dentro de nosotros.

Por eso en mis artículos lo veréis: no me asusta ni el dolor ni la muerte, no me angustian las dificultades ni los fracasos. Me aterra sólo la mediocridad, la estupidez, la cobardía de quienes se arrinconan en su propio corazón, mendigando piedad a los demás, cuando con su solo coraje podrían recibir la única limosna que verdaderamente cura.

La esperanza está ahí. Nos rodea. Crece encima de nuestra mesa, arde en hojas nuevas cada primavera, cada otoño, cada invierno. Tal vez baste con no golpearse la cabeza contra el misterio, mirar a lo lejos y descubrir esa siempre posible resurrección.

REPARTIR LA ALEGRÍA

Supongo que los lectores de esta columna ya conocen el cariño que yo siento hacia Francisco de Asís, un cariño mezclado con admiración y también con un poco de vergüenza al comprobar lo infinitamente lejos que todos estamos de él. Pero tal vez no he dicho que, aunque radicalmente lo que me admira es su entrega a Dios y su identificación con Cristo, lo que *a mí* me conmueve especialmente es cómo supo vivir la pobreza con alegría y cómo, con raudales de imaginación, vivió hasta lo hondo la humanidad.

Repasando estos días la biografía —recientemente traducida al castellano— que sobre él escribe Julien Green, me he detenido en una página conmovedora. Es aquella en la que, tras contar los vertiginosos ayunos que él y sus frailes hicieron en Rivo Torto, una noche, durmiendo ya, oyó los lamentos de un hermano que gemía. Se levantó. «¿Qué os pasa, hermano?». «Lloro —respondió aquél— porque me muero de hambre». Y entonces aparece el mejor Francisco: despierta a los demás hermanos y les explica que el ayuno está muy bien, pero que no pueden dejar que un hermano se muera de hambre. Y como tampoco deben dejarle que sufra la vergüenza de comer él solo, es necesario que todos los compañeros se levanten y se pongan juntos a comer con él. Y el hambre del hermano se convirtió en una fiesta, aunque la comida estuvo compuesta sólo de pan y unos pocos rábanos, pero bien regados por la alegría común.

Me encanta este cristianismo. Está bien el ayuno. Está bien dar de comer al hambriento. Está mucho mejor compartir todos juntos la humilde alegría que tenemos.

Tengo la impresión de que hemos materializado incluso la justicia social. Los que hablan —y hacen bien— de ella suelen olvidarse de que repartir gozosamente el pan es la segunda parte fundamental de la justicia. Y que predicar amargamente el necesario reparto de los bienes es olvidarse de repartir lo fundamental: el gozo de amarse.

He pensado muchas veces en aquella primera Juana de Arco que pintó Péguy y que la dibujaba amargada y triste después de ayudar a los pobres, porque pensaba: «Yo estoy ayudando a este pobre, pero quedan millones sin socorrer, y además yo le

ayudo hoy, pero ¿quién le ayudará mañana?». Hundida en estas ideas, Juana se sepultaba en el pesimismo.

Y es evidente que nadie, nunca, será capaz de curar todo el mal del mundo. Pero también lo es que el amor avanza lenta aunque implacablemente. Lo urgente es compartir el pan hoy y acompañarlo hoy con el reparto de la alegría. Quien tenga pan, que lo reparta. Quien tenga pan y sonrisa, que distribuya los dos. Quien sólo tenga sonrisa, que no se sienta pobre e impotente: que reparta sonrisa y amor.

Porque el hambre volverá mañana, pero el recuerdo de haber sido querido por alguien permanecerá floreciendo en el alma. Seguro que al buen fraile que se moría de hambre en los tiempos de Francisco, más que el pan y los rábanos le alimentó el cariño de sus compañeros, que interrumpieron su sueño sólo para que aquel hambriento se sintiera participante de un banquete común.

EL DESTINO Y EL CORAJE

Quienes hayan seguido las páginas de este cuadernillo de apuntes saben ya qué poca simpatía siento hacia la idea del destino, esa especie de corsé que, según algunos, nos han puesto al nacer y según el cual uno tendría forzosamente que ser y que hacer lo que las estrellas, el ambiente o las circunstancias le han marcado. Mucho menos creo en esa fatalidad de los clásicos griegos, según la cual los hombres nacerían ya encaminados hacia la dicha o hacia la desgracia.

Naturalmente no soy tan ciego como para ignorar que toda vida tiene «condicionamientos». La educación, el ambiente, los niveles culturales o económicos son para muchos un lastre y para otros una rampa de lanzamiento. Más aún compruebo lo que influye en los logros humanos una buena o mala salud, un psiquismo fuerte o deteriorado. Pero creo también que, a pesar de todo ello, el elemento base de toda vida es la libertad y que el resultado de una vida depende salvo excepciones y sobre todo del componente de voluntad y de coraje que en ella se pone.

Recuerdo ahora la historia de la moneda de Nobunaga. El general japonés se enfrentaba, en la pasada guerra, con un ejército muy superior al suyo. Ni él ni sus soldados confiaban en la victoria. Sus tropas, compuestas de gentes del pueblo japonés, fuertemente supersticiosas y fatalistas, estaban seguras de que serían aplastadas materialmente. Nobunaga, antes de entrar en combate, se dirigió a un santuario sintoísta y allí dijo a sus soldados: «Ahora rezaremos a nuestros dioses y después lanzaremos una moneda al aire para que ellos nos digan si venceremos o saldremos derrotados. Si sale cara, la victoria será nuestra. Si sale cruz, retrocederemos. El destino nos revelará así su rostro». Lanzó la moneda al aire y salió cara. Y los soldados se llenaron de tal ansia de luchar que, aun siendo inferiores en número, consiguieron una espectacular victoria. A la mañana siguiente, uno de los ayudantes dijo a Nobunaga: «Es cierto, nadie puede cambiar el rostro del destino». «Así es», respondió el general, mientras mostraba a su ayudante una moneda falsa que tenía cara por ambos lados.

Esa visión del destino me gusta. El destino es una moneda que, para los valientes, tiene cara por las dos partes, y para los cobardes, cruz por ambos lados. Porque el que va a la batalla o a la vida seguro de que va a ser derrotado, lo será con certeza. Y el

que está decidido a construir su vida, antes o después, la levanta.

Me gustaría repetir esto cientos de veces a la gente joven: son ellos los verdaderos dueños de sus vidas y nadie más. Hay, sí, hándicaps. Hay, sí, gentes a quienes les cuesta mucho lo que para otros es fácil. Pero, al final, lo que cuenta es la pasión de vivir, la decisión de conseguir aquello que se quiere.

Sinceramente yo no he creído nunca en los genios derrotados. Puede haber algún caso, pero yo he visto siempre salir a flote a los corajudos y decididos. Siempre, como es lógico, que no confundamos el éxito con la bambolla.

Amigos míos, jóvenes, lanzad al aire vuestra vida. Si lo que lanzáis es una suma de coraje y esperanzas, os saldrá —antes o después— cara y victoria. Si lanzáis al aire amargura, ya estáis derrotados. En ese caso, al menos, no seáis tan tontos que les echéis las culpas al mundo o al destino. Mejor es que seáis sinceros y culpéis a la moneda falsa en que convertisteis vuestra vida.

LOS SERES INVISIBLES

Me impresiona pensar que los hombres nos morimos sin llegar siquiera a conocer a docenas y centenares de personas que han sido fundamentales en nuestra vida, sin que llegásemos a sospecharlo. Escribo esto porque ayer me encontré con una religiosa que me saludó y me dijo: «Usted no me conoce, pero yo le conozco muy bien: soy una de las religiosas Josefinas de la Trinidad que atendíamos la cocina del seminario de Astorga cuando usted era un chiquillo».

Los recuerdos se amontonaron entonces en mi cabeza. Sí, allá al fondo del refectorio veíamos alguna vez a las monjas pasando con perolas humeantes, como medio escondiéndose, porque en aquellos tiempos era casi un pecado que los seminaristas viésemos una presencia femenina. Y, en un momento, entendí lo oscuro y lo hermoso de su tarea. Eran, aquéllos, los que llamábamos los «años del hambre» cuando, en la primera posguerra, era un milagro encontrar comida cada día para los cuatrocientos seminaristas que éramos. Y pienso que tal vez ellas debieron de sentir alguna vez hasta dudas vocacionales, pensando si se habían hecho monjas para pelar patatas y cocer garbanzos.

Y, sin embargo, el seminario funcionaba gracias a ellas. Los profesores explicaban. Los muchachos estudiábamos. Y nadie se enteraba de que un alto porcentaje de nuestra tranquila felicidad se la debíamos a ellas. Eran «las invisibles». Pero utilísimas. Yo hoy me pregunto qué parte de mi sacerdocio les debo a aquellas desconocidas religiosas.

La verdad es que el mundo está lleno de seres invisibles, sin los cuales no podríamos ni vivir. No sabemos quién elabora el pan que comemos, quién alimenta la calefacción que nos defiende del frío, qué sudores cuesta el pescado que tenemos sobre la mesa, quién elaboró el lenguaje que hablamos, qué cura nos bautizó, quién fue el maestro que nos enseñó a escribir, cuáles son los periodistas que no firman y hacen la mayor parte de los periódicos que leemos, qué obreros elaboraron esta misma página que yo firmo, pero ellos multiplicaron en el taller. Son «los invisibles». Son, también, los imprescindibles. El mundo no se sostendría sin ellos.

Cada uno de nosotros cree haber construido él su propia vida. Pero la mayor parte de lo que somos ha sido sostenido por otros seres, los más, desconocidos. Un

personaje de Pirandello se volvía a los espectadores y les preguntaba: «Vosotros, ¿creéis vivir? No es cierto: remasticáis la vida de los muertos». Es exacto: el hombre es, ante todo, un heredero. Yo debo altísimos porcentajes de mi sensibilidad a los escritores, a los músicos, a los poetas que la alimentaron. Las calles por las que piso las trazaron seres a los que no conozco. Las mismas ideas que expreso no son sino el jugo de los autores que leí y estudié. Hay todo un ejército de seres —importantes y menos importantes, ilustres y menos ilustres— que sostienen el andamiaje de nuestra existencia. A los más, nunca les veremos o serán una sombra al fondo de nuestras horas como aquellas religiosas que yo sólo vislumbré al fondo del refectorio en mis años estudiantiles.

Por eso, hoy, que me doy cuenta, quiero desde aquí dar las gracias a todos los que me amaron sin que yo llegara siquiera a enterarme.

TE QUIERO TAL Y COMO ERES

Cuenta Anthony de Mello una fábula que me gustaría comentar a mis lectores. Dice así:

Durante años fui un neurótico. Era un ser oprimido y egoísta. Y todo el mundo insistía en decirme que cambiara. Y no dejaban de recordarme lo neurótico que era. Y yo me ofendía, aunque estaba de acuerdo con ellos, y deseaba cambiar, pero no me convencía la necesidad de hacerlo por mucho que lo intentara.

Lo peor era que mi mejor amigo tampoco dejaba de recordarme lo neurótico que yo estaba. Y también insistía en la necesidad de que yo cambiara. Y también con él estaba de acuerdo, aunque tampoco podía ofenderme con él. De manera que me sentía impotente y como atrapado.

Pero un día mi amigo me dijo: «No cambies. Sigue siendo tal y como eres. En realidad, no importa que cambies o dejes de cambiar. Yo te quiero tal como eres y no puedo dejar de quererte». Aquellas palabras sonaron en mis oídos como una música: «No cambies, no cambies, te quiero». Entonces me tranquilicé. Y me sentí vivo. Y, ¡oh maravilla!, cambié.

Supongo que habrá algunos lectores que no estén del todo de acuerdo con esta fábula y que hubieran preferido que el consejo de su amigo fuera un poco diferente: «Harías bien en tratar de cambiar por tu propio bien, pero lo importante es que sepas que yo te quiero, como eres o como puedes llegar a ser». Pero lo que me parece claro es que, en todo caso, lo sustancial de la fábula queda en pie: nadie es capaz de cambiar si no se siente querido, si no experimenta una razón «positiva» para cambiar, si no tiene una fuerza interior suficiente para subirse por encima de sus fallos.

Temo que esta elemental norma pedagógica y humana sea desconocida por muchísimas personas. Tal vez por eso el primer consejo que yo doy siempre a los padres que me cuentan problemas de sus hijos sea éste: De momento, quíerele, quíerele ahora más que nunca. No le echés en cara sus defectos, que él ya conoce de sobra. Quíerele. Confía en él. Hazle comprender que le quieres y que le querrás siempre, con defectos o sin ellos. Él debe estar seguro de que, haga lo que haga, no

perderá tu amor. Eso, lejos de empujarle al mal, le dará fuerza para sentirse hombre. Con continuos reproches lo más probable es que multipliques su amargura y le hagas encastillarse en sus defectos, aunque sólo sea por amor propio. Él debe conocer que esos fallos suyos te hacen sufrir. Pero debe saber también que tú le amas lo suficiente como para sufrir por él todo lo que sea necesario. Y nunca le pases factura de ese amor. Tú lo haces porque es tu deber, porque eres padre o madre, no como un gesto de magnanimidad. Y cuando te canses —porque también te cansarás de perdonar por mucho que le quieras—, acuérdate alguna vez de que también Dios nos quiere tal y como somos y tiene con nosotros mucha más paciencia que nosotros con los nuestros.

Pero ¿y si la técnica del amor termina fallando porque también la ingratitud es parte de la condición humana? Al menos habremos cumplido con nuestro deber y habremos aportado lo mejor de nosotros. En todo caso, es seguro que un poco de aumento de amor vale mucho más que mil reproches.

¿UN S. O. S. FRENTE AL CAOS?

Recibo el cuestionario de una encuesta en la que me preguntan si creo que «ha llegado ya el momento de lanzar un S. O. S. definitivo que ponga seriamente sobre aviso a la Humanidad del peligro de aniquilación bajo el que vivimos», y me temo que mi respuesta no va a ser la convencional. Porque lo que ahora se lleva es el anuncio de catástrofes bélicas, el presentimiento de ese día D en el que un militar enloquecido apretará un botón y el mundo entero saltará hecho pedazos. Yo tengo la impresión de que realmente hacemos falta cuatro mil millones de enloquecidos para apretar ese botón. Y temo, sobre todo, que mientras tememos esa catástrofe nuclear, no nos estemos dando cuenta de algo mucho más grave y elemental: que la bomba atómica no es la causa, sino sólo el síntoma de una enfermedad mucho más profunda que es la que hoy corroe la condición humana.

Me parece a mí que la civilización moderna no va a destruir al hombre «en manada» y por una gigantesca explosión venida de fuera, sino que lo destruirá — como diría Bernanos— por «desmedulación», como un gigantesco vampiro que hace tiempo nos va succionando la médula del alma. Estamos ya en un grave proceso de «avitaminosis», de pérdida de energía tal, que ni siquiera somos ya conscientes de nuestra enfermedad. Tanto, que para mí el mayor peligro no es el que pueda llegar una conflagración atómica para destruirnos, sino el de que, si un día llegase esa bomba, estaríamos ya muertos por dentro y sólo vendría a llevarse nuestra piel, nuestra apariencia de existencia.

Este «vaciamiento» ha empezado por una gigantesca pérdida de libertad. En un tiempo en el que todos hablan de libertad lo cierto es que cada vez lo somos menos, que no somos conscientes de no serlo, que hasta nos sentimos a gusto con la libertad perdida y que apenas somos ya capaces de desearla. Las cadenas se nos han vuelto invisibles y hasta agradables.

Hemos llegado a encontrar normal el estar atados a la máquina, a un ritmo de producción en el que ya apenas le quedan al hombre decisiones libres. Vivimos poco y tan deprisa, que si durante algún momento no estuviéramos forzados a hacer algo que nos imponen desde fuera, nos buscaríamos algún nuevo trabajo que nos obligase a no tener posibilidades de aburrirnos, ya que la libertad de tomar decisiones es, para

nosotros, sinónimo de aburrimiento.

La segunda gran cadena nos la ha puesto una civilización en la que lo colectivo priva siempre sobre lo individual. La organización social es otra máquina que nos ha sometido a su engranaje. Y tenemos que vivir en bloque, pensar en bloque, viajar en bloque, divertirnos en bloque. La hipertrofia de la política, la hipertrofia del Estado son dos síntomas de esa invasión. Todo es ya política. Las decisiones de partido entran en nuestra vida cultural, profesional, religiosa. A eso le llamamos a veces democracia, pero son diversas variantes de totalitarismo.

La tercera gran cadena —o la tercera variante de la misma cadena— es la sustitución de la verdad por la propaganda. En un mundo que cree combatir los dogmas se han implantado los nuevos dogmas de que el coñac es cosa de hombres, el coche es símbolo de persona realizada y de que la belleza depende del gel que se usa. Queramos o no, la elección hasta de las más pequeñas cosas nos es impuesta por el martilleo que nos acosa desde todas las esquinas. ¿Para qué pensar en un mundo que sabe todas las respuestas? ¿Quién se atreve a discutir el dominio de las modas? ¿Cómo no someterse a las costumbres imperantes en las que hasta se nos dice cómo hay que ser para ser rebeldes?

Asombrosamente, los mismos placeres son colectivos y dictados. ¿No es cierto que de los espectáculos preferimos aquellos que menos nos hacen pensar? ¿Buscamos en las películas ese momento de placer estético que hará vibrar nuestra alma o tan sólo la posibilidad de «consumo» de dos horas? La televisión es nuestro modo de «matar» el tiempo y preferimos aquellas emisiones que podríamos presenciar después de haber dejado cabeza y corazón en la mesilla.

Un nuevo asombro es el hecho de que una supuesta «cultura popular» esté sustituyendo progresivamente a la cultura. Es sabido que toda verdadera cultura surge del esfuerzo por poner el alma en tensión y, por tanto, es forzosamente, no aristocrática, pero sí difícil y costosa. En vista de lo cual hemos comenzado a fabricar una «cultura barata» más próxima al carnaval o al pseudofolclore que al esfuerzo de poner el alma en pie. Se cree que, con ello, se sirve al «pueblo», pero se hace con un intento de «igualar por abajo» ofreciendo una cultura no pensante, no interior, que vacía y no ahonda.

La última consecuencia es el desinterés por todo lo problemático —conocemos el hambre del mundo, pero no pensamos en él; sabemos que existe el paro, pero nos «resignamos a él»— o la reducción de todo lo problemático a diversos movimientos políticos.

El resultado de toda esta serie de fenómenos es muy simple: la mayor parte de los humanos no tiene un solo movimiento del espíritu a lo largo de enormes zonas de su vida. Y no hablo sólo del espíritu como valor religioso o trascendente. Hablo también de la inexistencia de un verdadero pensamiento personal, de una auténtica emoción estética o humana. La mayor parte de los humanos vive cuatro quintas partes de su existencia con una vida vegetal o con unos gestos automáticos —levantarse; trabajar

en algo que no ama y en lo que no participa; charlotear, pero sin hablar de nada— que muy bien podría hacer una máquina cualquiera.

Bernanos ha llegado a afirmar que mientras esperamos el anticristo como algo ruidoso, no nos damos cuenta de que ya está en medio de nosotros como una especie de reverso de la Encarnación: si en ella Dios se hizo hombre, en la civilización moderna el hombre se ha hecho máquina.

¿Estamos, entonces, en la hora cero o en la hora veinticinco? ¿Es ya demasiado tarde para construir al hombre? Me gustaría al llegar aquí dejar muy clara la segunda parte de mi diagnóstico. Porque creo que todo lo que he dicho es cierto, pero no que el hombre esté definitiva y totalmente corrompido. En ese mar negro de nuestra civilización flotan hombres completos, flotan fragmentos de hombre, y la dignidad del hombre cuando vive su libertad es tal, que eso basta para mirar el mundo si no con ingenuo optimismo —como quienes creen todavía en la maravilla del progreso—, sí con la esperanza de quienes están seguros de que el hombre puede salir a flote (entero o en pedazos) porque ningún proceso es irreversible y mucho menos fatal.

¿Qué hacer entonces? ¿Lanzar un «S. O. S. definitivo que ponga sobre aviso a la Humanidad»? ¿Intentar una gigantesca cruzada que devuelva al hombre a su interior?

Aquí tendré que decir que yo no creo en las cruzadas. Ni siquiera en las cruzadas para el bien. Que no creo en los grandes gritos, en los S. O. S. Que no espero que el mundo cambiase por muchos profetas que se uniesen para gritar juntos.

Creo en el pequeño trabajo con la pequeña gente. Creo en el lento esfuerzo, gota a gota, por sembrar trocitos de esperanza. Creo que la redención del mundo se hace empezando por el propio corazón, y si se puede, por dos o tres corazones vecinos. Ser hombre es una gran paciencia; mejorar el mundo, una larga tozudez; la esperanza, no una bandera que se enarbola, sino una planta que se cuida. Si yo logro ejercer hoy mi libertad una hora más, el mundo habrá avanzado. Si yo ayudo a pensar a tres o cuatro personas, la vida interior de todos crecerá como unos vasos comunicantes. Si cuatro o cinco amigos descubrimos juntos que tenemos un alma y que ésta es más importante que el dinero que ganamos, se estirará el alma del mundo. Cualquier otra «gran» cruzada se nos convertirá en política o será un sueño más que nos dé la impresión de vivir, pero que construirá poco. Las verdaderas redenciones nacen humildemente. Como ocurrió en Belén.

EL GRAN SILENCIO

Hace aún pocas semanas tuve la suerte de concelebrar, junto con un grupo de compañeros sacerdotes, en la pequeña capilla en la que, a las siete en punto de la mañana, dice cada día su misa Juan Pablo II. Y a la salida, uno de mis amigos, impresionado, me decía: «¡Qué fe la de este papa! ¡Se podría cortar con un cuchillo!».

Lo que a mi amigo le había impresionado —porque la fe es invisible— era el espeso silencio que rodea la oración de este papa, al que tan tontas caricaturas dibujan como amigo del espectáculo. Allí, en la intimidad, aparecía el verdadero: aquellos ojos semicerrados en la oración, aquel rostro concentrado dentro de sí mismo, una sensación de alguien que está descendiendo al vértigo dentro de su propia alma. Sí, el silencio de sus gestos, el mismo silencio que rodeaba sus palabras, se podía cortar con un cuchillo. Sobre todo cuando, después de leer el Evangelio, nos obsequió con la «homilía» de cinco minutos —que se hicieron inacabables y cortísimos— de silencio absoluto, como el de quien trata de que las palabras leídas calen bien hondas en su alma, en una especie de sagrada soledad, como la de la tierra después de llover o nevar.

Y entonces, en aquellos interminables minutos, me pregunté yo por qué las cosas de Dios están siempre tan unidas al silencio. Y brotó dentro de mí un recuerdo: aquellos años de seminario en los que, el día de Navidad, el viejo martirologio explicaba que el Verbo, la Palabra, se encarnó «*dum magnum silentium tenerent omnia*»^[*].

Me imaginaba yo entonces que, en el momento exacto en el que nació Cristo, todas las cosas, el mundo entero, contuvo el aliento y se hizo en todo el universo ese «gran silencio» que ya nunca se ha repetido jamás. Y es que me es imposible entender la historia de Belén como una página más, como una anécdota ocurrida en un rincón cualquiera de los tiempos. Fue, tuvo que ser, un giro cósmico, una especie de segunda creación, una hora en la que la naturaleza entera se sintió implicada. ¿O es que podría Dios hacerse hombre sin que se detuvieran de asombro las estrellas, se callaran absortos los animales, vivieran un misterioso temblor las flores y las cosas todas?

En Belén se cree o no se cree. Pero ¿cómo creer sin temblores? ¿Cómo no sentir que el alma se deshuesa, que todo gira, si «aquello» fue verdad? ¿O es que podría decirse «Dios se ha hecho hombre, ha tomado la misma carne que nosotros» y, a continuación, encender un cigarrillo y seguir viviendo como si nada hubiera ocurrido?

Se hizo un gran silencio, un dramático, espeso y milagroso silencio, tras el cual la condición humana había dejado de ser lo que era, y hasta el mismo concepto que el hombre podía tener de Dios era diverso. Se desmenuzaría el corazón si verdaderamente lo creyéramos.

Tal vez por eso —para no tener que tomarlo «demasiado» en serio— el hombre moderno ha llenado su vida de ruidos. Creo que no hemos descubierto el oscuro sentido que tiene ese afán del hombre moderno de aturdirse a sí mismo. Alguien ha hablado del carácter demoníaco que tiene el estruendo de nuestra sociedad: chirrían los autobuses por las calles, la gente habla a gritos, aúllan los televisores, se alimentan de estrépito las radios, nada se teme tanto como la soledad silenciosa.

Y sólo en ella nace Dios y se le encuentra. En realidad, todas las cosas verdaderamente importantes ocurren en silencio: se crece en silencio, se sueña en silencio, se ama en silencio, se piensa en silencio, se vive en silencio, hasta la misma muerte se acerca a los hombres con pies de terciopelo. Pero ¡explicadles a los jóvenes que en el silencio está la verdad! Pronto preferirán esas discotecas, en las que nunca podrán escuchar su propia alma, o la sierra feroz de esa moto que rasga la soledad de la noche como una blasfemia.

Luego, claro, se habla mucho de «el silencio de Dios», que dicen que es el signo de nuestra civilización increíble: Dios —dicen— no habla, se ha quedado mudo, nos ha dejado solos en este planeta o se ha vuelto sordo a nuestras plegarias.

Y nadie percibe que en el silencio está Dios, que hace dos mil años se nos volvió Palabra silenciosa. Pisó el mundo sin ruido, no entró en la humanidad precedido de heraldos trompeteros, sino calladamente, en un portal perdido en un poblacho, entre dos bestias silenciosas y dos padres que le miraban atónitos y callados. Es terrible, sí: «Vino Dios al mundo y ni los periodistas se enteraron». La buena noticia estaba construida de silencio. Sus únicos titulares fueron los vagidos de un bebé. ¿Cómo podía enterarse un mundo habituado a los sabores fuertes y picantes, a las noticias precedidas de redobles de tambor?

Lo malo es que al no haber sabido «escuchar» aquel silencio nos perdimos las muchas maravillas que traía consigo. «El árbol del silencio —dice un aforismo árabe— da el fruto de la paz». Y «el silencio —añadiría Shakespeare— es el mejor heraldo de la alegría». ¿A quién puede extrañar entonces que el hombre actual viva en guerra consigo mismo y haya puesto su tienda en el país de la tristeza? Lo más dramático del mundo moderno no es que le falten los mejores dones concedidos a la humanidad, sino que está sentado a la misma puerta de esos regalos que nunca poseerá mientras no limpie sus ojos y sus oídos.

Quienes han visitado Belén lo saben: la única entrada de acceso a la basílica de la Natividad es una portezuela de poco más de un metro y medio de altura, por la que sólo se puede penetrar o siendo niño o agachándose. Y el hombre aún no ha aprendido a crecer agachándose. No sabe que a Dios sólo se llega por la puerta del asombro. No por la de la grandeza, sino por la de la pequeñez. No por la de las enormes y sabias teorías, sino por la del silencio. En Belén —dice san Pablo— «se apareció la benignidad de nuestro Dios y su amor al hombre». Y, ya lo he dicho, la benignidad y el amor son realidades silenciosas.

Me pregunto cuántos ateos de hoy rechazarán a Dios porque lo creen más ruidoso y tremendo de lo que es. Se han fabricado un ídolo gigante y les aterra. Se niegan a venerarle, no sabrían cómo amarle. Porque sólo se ama aquello que se puede estrechar entre los brazos. Y olvidan que él se hizo bebé para eso, para ser «digerible», para estar más cercano.

No han descubierto aún lo que tan bien entendió el profeta Elías y que se cuenta en el libro primero de los Reyes. Una tarde el profeta oyó una voz que le anunciaba: «El Señor va a pasar». Y el profeta salió para esperarle. «Y vino un huracán tan violento, que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas». Pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento vino un terremoto. Pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto vino un fuego. Pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se oyó el susurro de una brisa suave. Y, al oírlo, Elías se tapó el rostro con el manto. Porque había entendido que en el susurro de la brisa estaba Dios.

Belén fue el susurro silencioso de la brisa de Dios. Entró en la tierra de puntillas, como pidiendo disculpas por visitarnos, se sentó a nuestro lado, dijo unas pocas palabras verdaderas y nada ruidosas, murió y entró en el gran silencio que dura desde hace veinte siglos. Y el silencio era amor. Era ese silencio que sucede al amor para hacerlo más verdadero, cuando ya ni los besos ni las palabras son necesarias. Ese amor de los que ya ni necesitan decirse que se aman. Así, pienso, será el gran abrazo cuando le reencontremos. Se hará —como en Belén— un «gran silencio» y el mundo entero —al fin— cambiará el ruido por el asombro y la alegría.

SALVAR EL FUEGO

Un periodista preguntaba un día a Cocteau —con esa tópica cuestión que se plantea en todas las encuestas— qué salvaría él del Museo del Louvre si, en un incendio, pudiera rescatar una única cosa. Y Cocteau respondió: «El fuego».

Tenía razón. Porque el fuego es más hermoso que la *Victoria de Samotracia*, más bello que *Monna Lisa*, más vivo, sobre todo, que un Tiziano o que un Velázquez. Todos los cuadros, todas las esculturas son arte congelado. El fuego seguirá ardiendo y quemando mañana, seguirán braceando sus llamas, estará vivo.

Por esa misma razón, si alguien me preguntase qué página salvaría yo de cuantas he escrito, respondería sin vacilar que salvaría el coraje con que espero escribir la de mañana; porque ninguna de las obras que hicimos vale la milésima parte de la pasión que pusimos al hacerla, esa pasión que es la que seguirá empujándonos a vivir. Mi mejor día será el de mañana. Y mañana descubriré que el siguiente puede ser aún mejor.

Ésa es la causa por la que no entenderé jamás a los satisfechos de sí mismos, a los que se dedican a mirarse en el espejo de su pasado y, mucho menos, a los que excomulgan el presente —su presente— en nombre de ciertas añoranzas de su ayer. Lo bueno de la vida es que estamos vivos.

Pero ¡Dios mío, qué lleno de jubilados está el mundo! ¡Cuántos siguen alimentándose de chupetear el ayer! ¡Cuántos se autoconvencen de que «ya han llegado»! Han llegado ¿a qué? ¿A autoadorarse?

A mí dadme un hombre lleno de esperanzas y siempre lo preferiré a otro que duerme en sus laureles. Dadme un hombre con pasión y con fuego y no me deis otro que tiene una despensa llena de virtudes enlatadas.

Conozco comunidades religiosas que son como un gran armario en el que han coleccionado miles de mortificaciones, paquetes de actos de virtud, barriles de méritos, pero en el que tal vez ya nadie ama. Viven de los restos de su amor; no hay flores en sus rosales, pero tienen frascos y frascos de perfume embotellado de rosas.

Conozco gentes que tienen el alma como un museo, colgados sus títulos por las paredes, colocados sus viejos recuerdos sobre pedestales como hermosas estatuas, y nos invitan a pasear por su pasado como por las frías y empolvadas salas de un

museo. Pero no corren niños por los jardines de sus calles, no hay en ellos fuentes, mucho menos fuego. Su ciencia —detenida— es una campana rajada. Su bondad es una preciosa silla isabelina en la que no puedes ya sentarte —por hermosa que sea— porque tiene estropeados sus muelles y rajado su damasco.

Me gusta la gente-fuego, la que se muere con sus llamas braceando; la que nos ofrece cada día el panecillo cocido anoche, no esa hogaza historiadísima y endurecida que tal vez hace años se preparó para un emperador.

UNA SONRISA TRAS LA TAPIA

Raúl Follereau solía contar una historia emocionante: visitando una leprosería en una isla del Pacífico le sorprendió que, entre tantos rostros muertos y apagados, hubiera alguien que había conservado unos ojos claros y luminosos que aún sabían sonreír y que se iluminaba con un «gracias» cuando le ofrecían algo. Entre tantos «cadáveres» ambulantes, sólo aquel hombre se conservaba humano. Cuando preguntó qué era lo que mantenía a este pobre leproso tan unido a la vida, alguien le dijo que observara su conducta por las mañanas. Y vio que, apenas amanecía, aquel hombre acudía al patio que rodeaba la leprosería y se sentaba enfrente del alto muro de cemento que la rodeaba. Y allí esperaba. Esperaba hasta que, a media mañana, tras el muro, aparecía durante unos cuantos segundos otro rostro, una cara de mujer, vieja y arrugadita, que sonreía. Entonces el hombre comulgaba con esa sonrisa y sonreía él también. Luego el rostro de mujer desaparecía y el hombre, iluminado, tenía ya alimento para seguir soportando una nueva jornada y para esperar a que mañana regresara el rostro sonriente. Era —le explicaría después el leproso— su mujer. Cuando le arrancaron de su pueblo y le trasladaron a la leprosería, la mujer le siguió hasta el poblado más cercano. Y acudía cada mañana para continuar expresándole su amor. «Al verla cada día —comentaba el leproso— sé que todavía vivo».

No exageraba: vivir es saberse queridos, sentirse queridos. Por eso tienen razón los psicólogos cuando dicen que los suicidas se matan cuando han llegado al convencimiento pleno de que ya nadie les querrá nunca. Porque ningún problema es verdadero y totalmente grave mientras se tenga a alguien a nuestro lado.

Por eso yo no me cansaré nunca de predicar que la soledad es la mayor de las miserias y que lo que los demás necesitan verdaderamente de nosotros no es siquiera nuestra ayuda, sino nuestro amor. Para un enfermo es la compañía sonriente la mejor de las medicinas. Para un viejo no hay ayuda como un rato de conversación sin prisas y un poco de comprensión de sus rarezas. El indigente necesita más nuestro cariño que nuestra limosna. Para el parado es tan necesario sentirse persona trabajando como el sueldo que por el trabajo le pagarán.

Y, asombrosamente, la sonrisa —que es la más barata de las ayudas— es la que más tacañeamos. Es mucho más fácil dar cinco duros a un pobre que dárselos con

amor. Y es más sencillo comprarle un regalo al abuelo que ofrecerle media hora de amistad.

Dar sin amor es ofender. Lo decía con palabras tremendas, pero verdaderísimas, san Vicente de Paúl: «Recuerda que te será necesario mucho amor para que los pobres te perdonen el pan que les llevas». Solemos decir: «¡Son tan desagradecidos!». Y no nos damos cuenta de que ellos perciben perfectamente cuándo damos sin amor, para quitárnosles de encima y dejar tranquila nuestra conciencia. Son, por ello, lógicos odiando nuestra limosna, odiándonos. Les empobrecemos más al ayudarles, porque les demostramos hasta qué punto no existen para nosotros.

¡Todo sería, en cambio, tan distinto si les diéramos cada día una sonrisa de amor desde la tapia de la vida!

MADAME BOVARY,
O «CUANDO LOS SUEÑOS
SUSTITUYEN A LA REALIDAD»

De todas las enfermedades del amor, la más peligrosa es el bovarismo. Y una de las más extendidas. Un alto porcentaje de fracasos matrimoniales provienen de ella.

Y es que la historia que cuenta Flaubert —¡y qué maravillosamente la cuenta!— es mucho más que la historia de un adulterio. Es el análisis de un alma que se negó a vivir, encerrada como estaba en sus sueños, y que, de sueño en sueño, se fue precipitando hacia el desastre y el suicidio.

Emma Bovary era una muchacha generosa, pero cobarde; ambiciosa, pero débil y voluble. Y la clave de su vida está en esa fuga hacia los sueños cuando la realidad no le gusta. Hasta que un día todos los sueños muestran que no hay sino vacío tras la máscara, y la realidad más horrible la atrapa.

Ya de niña era alguien que, apasionada por los espejismos, se vuelve prisionera de sus propias mentiras. Como el mundo que le rodea es feo, toma la costumbre de construirse en su cabecita unos universos encantadores, y más que en el mundo, vive en sus cuentos de hadas, en las páginas de las novelas románticas de las que se alimenta. Tampoco en el colegio vive como lo que es. Prefiere fantasear sobre cómo sería su vida si ella fuera una de sus compañeras ricas de ciudad, o sueña en la vida mística de las religiosas del colegio, o reconstruye mentalmente su vida disfrazada de una de las heroínas de la literatura que estudia. Su alma está llena de los vagarosos anhelos que fabrica su calenturienta imaginación. Arde en deseos de emociones fuertes, aventuras que le permitan evadirse de la aburrida cotidianidad.

Poco a poco sus sueños se van concentrando en torno a la palabra «amor». Un amor que no será su entrega a otra persona, sino una especie de exaltación de sí misma, la llave que le abra la puerta de todo ese mundo fabuloso de placeres, de sueños, de aventuras, de misterio, del que hace tiempo se ha enamorado su alma. Va reuniendo las migajas de todas las historias de amor que le cuenta la literatura y construyendo con todas la fábula de la que ella será protagonista.

Tal vez porque nadie le ayuda a descubrir la verdadera realidad, tal vez porque este amontonamiento de sus sueños le impide verla, Emma se siente ausente de la faz de la vida. No le gusta su casa. Le aburre todo lo que la rodea. Busca tubos de escape

en la música, en el dibujo, pero aun esto le cansa al poco tiempo cuando pierde su caparazón de sueños.

Por eso cuando Charles Bovary la pide en matrimonio Emma acepta inmediatamente no porque le quiera —Emma sólo se quiere a sí misma—, sino porque el matrimonio le parece una experiencia que vale la pena intentar. Tal vez sea la aventura que le saque de la mediocridad, del aburrimiento de la granja en que vive.

Pero ¿quién es Charles para ella? Nadie, en realidad. Emma no llega a verle porque sus ojos están velados por las ideas preconcebidas que tiene sobre el matrimonio. El pobre médico rural es para ella el posible príncipe encantado, un simple pretexto para el reverdecimiento de sus sueños.

Y una vez comprometida, retorna a sus fantasmagorías: le gustaría casarse a las doce de la noche, entre un bosque de antorchas. El decorado tapa de nuevo la realidad. Nada parece descubrir del compromiso humano que el matrimonio encierra. Se queda con la piel de la aventura. E invierte su noviazgo en pensar en el vestido, en el banquete de bodas. ¿Charles? Sigue sin existir para ella. No le ama. Ama su propio fantasma.

Y la desilusión no tarda en llegar, porque todos los espejismos acaban por escaparse. «¿Cómo? Pero ¿no es más que esto?». Ésta es la terrible frase que Emma se repite en los primeros meses de su matrimonio y que la define atterradoramente. Emma había soñado un viaje de novios sin fin, un idilio interminable en el país de los cuentos. Pero los fabulosos paisajes de sus sueños quedan pronto sustituidos por la realidad cotidiana de la pequeña aldea. «¿No es más que esto?», se pregunta, mientras, por medio de sus sueños, empieza a abrirse paso, día a día, la áspera realidad, las dificultades de la vida, la mediocridad de las horas, que avanzan mucho más lentas que en las fábulas.

Y la soñadora, que no ha sabido ver a su marido en la realidad, ahora se embarca en otros sueños mucho más crueles: los que agrandan las zonas negras de la realidad. Si antes no vio a Charles como hombre, ahora sólo ve sus defectos. Los estudia, los analiza, siente que se le clavan dentro como agujas. Y se dedica a espiar los pequeños tic de Charles, sus menores gestos. Y empieza a odiarle por todas esas pequeñeces. Todo se le vuelve insoportable: «A los postres, cortaba los corchos de las botellas vacías; después de comer, se pasaba la lengua por los dientes; al tomar la sopa, cada cucharada era un ruidoso sorbetón». Con su imaginación aumenta desmesuradamente estas pequeñas manías que, multiplicadas por ella, tienen la virtud de engendrar el aborrecimiento. «Mi fantasía —dice— me hace aborrecer a los que resoplan comiendo».

Si Emma hubiera amado de veras a Charles, la ternura hubiera corrido un velo sobre estos pequeños defectos. Habría, tal vez, ayudado a corregirlos; habría, quizá, hasta conseguido ese milagro que hace que dos que se quieren logren unirse más a través de sus fallos y menudencias. Pero Emma no ama. Y se encarniza en ver esos defectos. Casi se alegra al comprobarlos, porque eso le permite justificar la desilusión

que siente, la amargura que la está invadiendo.

Por un momento parece que su marido va a convertirse en un hombre importante gracias a una operación quirúrgica que intenta. Y Emma se vuelve a ilusionar, imaginándose casada con una celebridad. Pero el fracaso de su marido aumenta su repugnancia hacia él.

A todo ello se añade su fracaso en lo sexual. Emma se ha imaginado un acto matrimonial poético, exultante, de puro deliquio. La realidad la hiere, se siente estafada. Tanto más cuanto que su marido parece sentirse satisfecho con esa efímera felicidad. Y Emma comienza a odiar la idea de resultarle placentera, se odia a sí misma por el hecho de satisfacerle. Con lo que, lo que debió unirles, abre aún más el foso de su separación como seres humanos.

¿Tal vez la maternidad cambiará las cosas? Emma no puede ya dejar de ser como es y también la llegada de su hija se reduce a algo pintoresco: ya tiene una muñeca con la que jugar, a la que vestir, a la que mimar. Y así, mientras Charles se vuelve más humano cuando se acerca a la cuna de su hija, Emma sigue encerrada en sus sueños personales. Y la separación con su marido se hace más visible. Cuando él va a acostarse, «Emma se hacía la dormida, y mientras se arrebujaba a su lado, ella despertaba a otro mundo: el de los sueños». Sueños que ya eran culpables: en todos ellos Emma se veía a sí misma huyendo con otro hombre a una aventura apasionante.

Pero la que ha fracasado en el amor matrimonial, fracasará también en el amor adúltero. Porque ni León primero ni Rodolfo después logran darle lo que no le dio Charles. En realidad, tampoco existe ninguno de los dos sino como ocasiones para que Emma siga soñando. Son simples pretextos para seguir inventándose a sí misma. Los dos tienen algo más de héroes de novela, pero ambos muestran pronto su vulgaridad de mediocres conquistadores. Y tras la farsa de la aventura corrida con ellos, cuando se pierde la emoción del descubrimiento prohibido, aparece el vacío, la sordidez de ese falso amor. Y ya a Emma no le falta más que descender al triste desenlace de su vida. La realidad, antes o después, cobra su factura, y quien no supo vivir la de cada día, se da ahora de bruces con la realidad de su fracaso. Sólo falta el veneno y la horrible muerte de alguien que, tras haber vivido persiguiendo la falsa imagen de sus sueños, termina sin haber conocido un verdadero amor.

He querido reconstruir minuciosamente esta historia que cuenta Flaubert porque el mundo está lleno de Emmas Bovary. A estas horas hay en cualquier ciudad de España —y del mundo— cientos de mujeres (y también de hombres) que se están hundiendo en la amargura porque no han tenido el coraje de asumir día a día la realidad y han preferido refugiarse —encerrándose en la mentira— en sus sueños. Son tal vez también almas que pudieron ser grandes: estaban llenas de ilusiones y esperanzas, pero no quisieron aceptar que la esperanza se construye con el trabajo diario, con la pequeña lucha de cada hora y fueron, progresivamente, convirtiendo la esperanza en ilusión, la ilusión en sueños, el sueño en vagabundeos mentales que les permitían vivir una película de cine que no era su vida. Mejor que cumplir sus

propios deberes, intentaron nadar con la imaginación en sus caprichos. Y la vida se les fue llenando de nostalgias primero, de vacío después, luego de repugnancia hacia cuanto les rodeaba, al final de rencor contra sí mismos y contra la vida, «que no les daba aquellos sueños que creían merecer». Se engañaban a sí mismas. Pero no lograban burlar a la realidad, que seguía esperando fuera, al borde mismo de sus sueños. Echaban la culpa de sus fracasos a los lugares en que vivían, a su «mala suerte» en la elección de marido, a las circunstancias que «les impedían realizarse». No se atrevían a reconocer que la verdadera culpa era suya por haber olvidado que la felicidad tiene que construirse cada uno entregándose al amor, un amor que es generosidad, paciencia, respeto a los demás, olvido de sí mismo. Ellas prefirieron adorarse a sí mismas. Olvidaron que la ilusión nunca es larga. Y se encontraron adorando una estatua vacía.

LA SONATA A KREUTZER
(O CUANDO LA CARNE DEVORA AL AMOR)

Si los sueños son un gran enemigo del amor, ¿lo es también la carne? León Tolstói habría respondido afirmativamente sin vacilar. Escribió *La sonata a Kreutzer* para demostrarlo. Esta pequeña y terrible novela supongo que desconcertará a muchos lectores contemporáneos, porque muchas cosas han cambiado desde que se escribió. Pero me temo que no pocas sigan siendo válidas.

Tolstói trata de demostrar en ella que el amor, el verdadero amor, está corrompido en la mayoría (¿o en todos los hombres?) por el deseo carnal. Externamente, es la simple historia de un marido celoso que acuchilla un día a su mujer. Pero la clave de arco de su historia es esa podredumbre del amor.

El novelista ruso —que escribe esta historia en una crisis místico-puritano-religiosa de sus últimos años— acusa a una humanidad que ha entronizado la carne y que llama «amor» a lo que es puro atractivo sexual. Por eso dos seres que se han elegido para amarse se odian. ¿Por qué? ¿Qué veneno ha emponzoñado su amor? Un mundo que les ha enseñado que el deseo lo es todo, que todo debe subordinarse a él, que el vicio es lo normal entre los hombres.

Viejo ya, Poznichev, el asesino, contará la historia que le condujo a la sangre. Había sido educado para «vivir como un vicioso, es decir, como todo el mundo». Se había entregado al vicio «decentemente, juiciosamente». Tener con una mujer relaciones físicas sin tener relaciones morales, sin verdadero amor, era algo que sus camaradas veían «como un mérito, una valentía». Para la sociedad, aquellas caídas eran «la cosa más legítima y la más saludable de las funciones, la más natural y hasta la más inocente de las diversiones de un muchacho joven». Por eso se había dedicado a «este vicio, como había empezado a beber o a fumar». No se había dado cuenta de que «ser libertino es un estado físico parecido al de morfinómano o al del borracho», porque el hombre «que ha conocido varias mujeres para sólo su placer, ya no es un hombre normal, sino un libertino, alguien que siempre verá a la mujer como un objeto».

Para Tolstói todo conspira en el mundo para conseguir esa sexualización del amor: las comidas excesivas, la ociosidad de los jóvenes, los vestidos de las mujeres, la obsesión de los padres por casarlas. Todo ello forma la impura máscara de «el

amor».

Por eso el protagonista de la historia el día que se casa con una muchacha —que en la novela no existe como persona, sino como puro objeto deseado, hasta el punto de no tener siquiera nombre—, aunque crea casarse con ella precisamente porque es pura e ingenua, lo que en definitiva buscará no es otra cosa que su carne, sin que nada verdaderamente espiritual les una. «El amor —contará años más tarde— tiene reputación de ser una cosa espiritual y no sensual. Por tanto, siendo el amor espiritual y sus relaciones espirituales, estas relaciones deberían traducirse en palabras, en pláticas, en conversaciones. No hubo nada de eso. Cuando nos encontrábamos solos pasábamos grandes apuros para encontrar de qué hablar». Así que llenaron su noviazgo de cosas materiales: de la preparación de la casa, la cama, los vestidos, la ropa interior, todo cuanto, en definitiva, les preparaba para el gran desencanto.

Éste, en la novela de Tolstói, llega enseguida en «la famosa luna de miel», pues ya la primera noche lo único que «experimentan es mortificación, vergüenza, repugnancia, piedad y sobre todo aburrimiento, un aburrimiento mortal».

E inmediatamente comenzarán las riñas. «La llamo riña, aunque no lo fue, pues era sencillamente la revelación del abismo que existía entre nosotros. El amor se había extinguido una vez que la sensualidad había sido satisfecha y habíamos quedado el uno frente al otro, con nuestros verdaderos sentimientos, es decir, dos egoístas, dos extraños, deseosos de obtener el uno del otro la mayor cantidad posible de placer».

Luego vendría la larga y lenta crecida del odio progresivo. Y ya sólo sería necesaria la chispa de los celos para conducir al estallido y a la muerte. Sólo después de cometido el crimen dirá el protagonista: «Después contemplé su rostro golpeado y amoratado, y por primera vez, olvidando mi persona, mis derechos, mi orgullo, vi en ella una criatura humana».

Ésta es la clave de la historia. Poznichev y su mujer han convivido una serie de años, pero «no se han visto», no se han visto como seres humanos. Se han tapado el uno al otro con su carne, con su orgullo, con sus supuestos «derechos» personales.

La novela de Tolstói es, desde luego, una caricatura del amor. Pero, desgraciadamente, confusiones como ésta son demasiado frecuentes. Y parece que tienden a crecer en nuestro mundo, que hasta llama «hacer el amor» al simple acto físico realizado sin amor alguno, tal vez entre desconocidos.

Y lo grave es que esta corrupción no puede ser denunciada sin que alguien te acuse de «falso moralismo», de manga estrecha. Nunca como hoy se encontró normal el «comercio» carnal. Se invita a los muchachos a experimentarlo casi como una garantía de que su amor será verdadero más tarde. Probar el «amor» —dicen— es como comer un helado, algo que no deja huellas. Sin descubrirles que el amor es algo demasiado importante como para que puedan desviarse sus primeros pasos.

Pero hay que decir enseguida que si el análisis de Tolstói es certerísimo, ya no lo es tanto su diagnóstico. Para él la única solución para salvar el amor es liberarle de la

carne, entrar en la pura abstinencia. Y esto se presenta y reboza con frases evangélicas mal entendidas.

Mas para el cristiano el mal no está en la carne, sino en la carne sin amor. Para el cristiano el sexo no es «una servidumbre animal, sucia y horrorosa», sino uno de los caminos para el encuentro total de dos seres, alma y cuerpo. Puede haber una infinita belleza y pureza en el encuentro de dos seres cuando lo que se encuentra es la totalidad de alma y cuerpo, como mutua donación, desde el mutuo respeto, en el mutuo reconocimiento como seres humanos. El peligro no es la carne —tan creada por Dios como el alma—; el peligro está en el desorden de la realidad, en la carne, que tapa y devora al alma; el riesgo está en la pasión, que se traga a la inteligencia y la voluntad y que termina por hacer verdadera la afirmación de Saint-Exupéry: «La pasión acerca los cuerpos y aísla las almas».

La solución no está en un odio puritano al cuerpo, sino en el verse como personas, en buscar en el amado no el placer para mí, sino la perfección y la verdad para ambos. Ese amor conduce a la verdadera compañía. El simple placer engendra siempre soledad. Y acaso odio y muerte.

ENGENDRAR CON EL ALMA

El abad de un monasterio cisterciense recibió hace años a un curioso visitante que venía a plantearle un problema en el que jamás hubiera podido pensar el monje. Era un honorable caballero chino —el señor Wang— que con el tono más mesurado del mundo le dijo: «Admiro el cristianismo, y ni mi mujer ni yo tuvimos el más mínimo inconveniente en que nuestro hijo ingresara en la Iglesia y siguiera la ley de amor de Jesucristo, del mismo modo que nosotros hacemos todo lo posible por vivir según las reglas dictadas por Confucio. Pero cuando nuestro hijo se hizo monje nos causó un gran dolor. Ya sabe usted que, para nosotros, la perpetuación de la familia es una ley absoluta para la pervivencia. Al comprender mi mujer que su hijo único renunciaba al matrimonio y que, por consiguiente, no perpetuaría la familia, empezó a languidecer atormentada por su dolorido corazón. Y lo más grave es que su alma no podrá encontrar la paz hasta que no tenga un nieto».

El señor Wang decía todo esto con un tono muy sencillo, y eso hacía más impresionante sus palabras. Luego prosiguió con la misma naturalidad: «Sólo hay un medio para devolver la paz y la calma al alma de mi mujer, y ese medio es que se permita a nuestro hijo abandonar el monasterio por un tiempo, se case, engendre un hijo de su mujer, de suerte que el alma de su madre conozca el sosiego y la paz. Luego, puede regresar al monasterio. Esto ha de ser posible».

El abad cisterciense contaría después cómo se había quedado atónito, porque entendía la gravedad y la sinceridad de aquel dolor humano, porque comprendía lo difícil —lo imposible— que resultaba explicar a aquel hombre o a su esposa el valor de la virginidad libremente elegida por su hijo, pero ininteligible para quienes no eran cristianos.

Recuerdo aún lo que a mí me impresionó esta historia —que cuenta Van der Meer en uno de sus libros— cuando la leí, siendo yo aún seminarista. Me acercaba yo por entonces al sacerdocio y comenzaba a gravitar sobre todos nosotros el tema del celibato, que —todo ha de decirse— asumíamos en mi época con naturalidad y sin los dramatismos con que ahora algunos lo rodean. Era, sin embargo, un problema serio y ante el que había que tomar opciones decisivas. Para nosotros —hombres, al cabo, occidentales— no tener descendencia carecía de las connotaciones de

supervivencia que puede tener para un oriental. Nuestra felicidad eterna, desde luego, no dependía de nuestro árbol genealógico. Pero, evidentemente, de algo muy serio te mutilabas renunciando a los hijos.

Los muy jóvenes —como yo era entonces— no experimentábamos muy vivo en aquel tiempo el afán de fecundidad física. Algún otro compañero —que, vocación tardía, se ordenaba con más años— nos transmitía a veces su preocupación. Como cuando nos leyó, en vísperas del subdiaconado, aquel tremendo poema en el que contaba que, en las noches, soñaba o sentía que sus posibles-futuros-hijos arañaban la puerta de su alma gritándole: «Papá, no nos abandones».

Fue este poema lo que por primera vez me hizo pensar en los hijos que yo nunca tendría. Un hombre —dicen— se realiza plantando un árbol, escribiendo un libro y teniendo un hijo. ¿Sería yo entonces un perpetuo mutilado? Cuando yo me muriera, ¿me moriría del todo? ¿Nada de mi sangre quedaría en la tierra? A veces, en aquel tiempo, lo confieso, cuando me topaba algún grupo de niños por la calle, me quedaba como atontado, mirando al vacío. Sí, en el futuro todos me llamarían «padre», pero yo no lo sería. Jamás un hijo mío saltaría sobre mi cama llevándome las zapatillas calientes. Eran ideas que más de una vez me llenaban de melancolía.

Por aquellas fechas —Dios es bueno—, la Comedia Francesa representó para Pío XII *La anunciación a María*, de Paul Claudel, y desde el escenario me llegó la respuesta. ¿No conocéis esa obra milagrosa? Os la cuento muy brevemente.

Es la historia de una muchacha feliz, Violeta —ojos azules, pelo rubio, voz prodigiosamente blanca—, que vive un sueño de amor con su prometido, Santiago. En la historia de Violeta hay un solo recuerdo amargo: Pedro de Craón —un constructor de catedrales, porque la obra ocurre en la Edad Media— ha querido violarla siendo niña, y aunque ella se ha resistido, el dolor ha quedado dentro de la muchacha. Y cuando está olvidándolo y a punto de casarse con Santiago, regresa, como un huido, Pedro, que ha contraído la lepra y es rehuido por todos. Y Violeta, en un arranque de caridad y como signo de perdón, le saluda con un beso en la frente.

Mara, la hermana envidiosa y enamorada también ella de Santiago, correrá para contar que ha visto a Violeta «besándose» con Pedro. Y aun cuando éste no quiere creerlo, la prueba está ahí: también Violeta ha quedado contagiada por la lepra. Tendrá que dejar su amor y recluirse en una gruta en la montaña como los leprosos de la época hacían.

Han pasado los años. Violeta es ya un cadáver viviente. La lepra ha comido hasta sus preciosos ojos azules. Está ciega. Mara, mientras tanto, se ha casado con Santiago y tienen una niña, una preciosa pequeña de ojos negros a la que llaman Albana. Y un día —ausente Santiago— Mara encuentra muerta a su hija. Es el día de Navidad. Corre entonces a la montaña para pedir, para exigir a su hermana que resucite a su hija: ¿para qué sirve toda su santidad si no es capaz de hacer un milagro?

Violeta, a la fuerza, toma el cadáver de la pequeña en sus brazos, lo cubre con su manto andrajoso. Suenan las campanas de la Navidad. De un convento cercano llega

el canto de unas monjas: «*Puer natus est nobis*» (un niño nos ha nacido). Todo huele a Belén y a nacimiento. Y en las manos de Violeta algo se mueve, bajo el manto.

Cuando Mara recupera el cuerpo —ya vivo— de su hija, descubre que los milagros son dos: su hija ha resucitado, pero lo ha hecho con los ojos azules. Porque ahora la verdadera madre de su alma no es ya ella, sino Violeta, que ha sido, así, fecunda con su corazón.

Recuerdo que —después de ver la obra— salí por las calles de Roma como borracho. Era como si acabasen de contarme, en las tablas, mi vida. La vida de millares y millares de sacerdotes y religiosas, de seres humanos que aceptan libremente una «lepra» y apuestan, con ello, por una cierta soledad.

Dios es contagioso, por fortuna. Y hay ciertas apuestas por él que llevan consigo zonas de renuncia. De renuncia, por ejemplo, a la paternidad física. Pero no a la fecundidad.

Aquella noche me juré a mí mismo que por nada del mundo aceptaría la infecundidad. Que era para mí i-m-p-r-e-s-c-i-n-d-i-b-l-e dejar una huella de mi paso por la vida. Que tendría que compensar la falta de hijos de mi carne con una lucha por engendrar hijos de mi alma. Que yo podía ser célibe, pero no estéril; sin descendencia, pero no infecundo.

La primera ley de la existencia humana me parece esa de que nuestra vida sirva para algo o, mejor, para alguien. Ayudar a alguien, animar a alguien, amar a alguien, iluminar a alguien, engendrar a alguien. No sólo a mí mismo. Yo no puedo haber nacido para cultivar sólo mi hermosa cabecita.

Y ya sé que engendrar almas es mucho más difícil que dar a luz cuerpos. Sé que, en rigor, sólo llegan a engendrarse «trociitos» de almas, porque, en definitiva, cada uno es dueño de la propia. Pero qué buen oficio dar un poco de luz, unas gotas de alegría, un ramalazo de esperanza, un respiro de fe. ¡Dios santo: qué milagro sería si, cuando resucitemos al otro lado, me encuentro con alguien que tenga el alma del color de la mía!

LA «VERGÜENZA» DE SER CRISTIANOS

Un compañero de la «Tele» me cuenta que cuando el mes pasado visitaba, con su equipo, Egipto para realizar varias filmaciones, fue recibido en El Cairo por el director general de la Televisión Egipcia. Y que éste, después de darles todas las facilidades para su trabajo, se despidió de ellos regalándoles un ejemplar del Corán, no sin antes poner respetuosamente los labios sobre la portada del libro. «Que Alá os proteja en vuestra tarea», les dijo. Y lo hizo —me dice mi compañero— con un respeto, una naturalidad tal, que el grupo de españoles, no creyentes la mayoría, se sintió sinceramente emocionado.

Y ahora, díganme ustedes si se imaginan al señor Calviño o a cualquiera de los altos jefes de Televisión Española haciendo un gesto semejante. O díganme si les cabe en la cabeza que el director general de Iberduero, o de la Telefónica, o de la Renault pudiera hacer algo parecido regalando una Biblia a unos visitantes extranjeros. Díganme, incluso, más: si lo haría con esa espontánea sinceridad un arzobispo español a un grupo de desconocidos. Me temo que todos ellos encontrarían ocho mil razones («¿Qué van a pensar?». «¡Cualquiera sabe si serán creyentes!». «A lo mejor se ríen del regalo») para no hacerlo o para ponerse coloradísimos ante la simple idea.

La verdad es que lo que más sorprende en un viaje por Oriente es la absoluta naturalidad con la que lo religioso se inserta en la vida de los creyentes. Mi primer recuerdo de los países árabes es el de un musulmán postrado en el aeropuerto de El Cairo haciendo sus oraciones sobre el cemento de la pista, insensible al gruñido de los motores de los aviones. He visto amigos judíos profundamente creyentes que, también con plena naturalidad y sin escrúpulos, cumplían en público algunas prescripciones de su religión que para un no judío resultaban absolutamente ridículas, pero que realizadas con aquella seriedad terminaban siendo conmovedoras. Y en las calles de la India uno puede encontrarse docenas de gurús y santones que muestran su desnudez o se encierran en la contemplación sin que la curiosidad de los turistas o los fotógrafos les produzca el menor embarazo.

Pero aquí es otra cosa: aquí oscilamos entre el orgullo agresivo por ser católicos y la vergüenza de demostrarlo en público. Aún no hace muchos días un amigo me

contaba que, en una de esas largas esperas de los aeropuertos, decidió rezar el rosario. Y su mujer le decía: «Pero pasa las cuentas con él en el bolsillo. Se van a reír de nosotros». Y mi amigo le respondió: «Si a aquella parejita del sillón de enfrente no le da vergüenza besarse en público, ¿por qué me va a mí darla el rezar?».

Sí, ha habido tiempos en los que en España casi contaba más el exhibicionismo religioso que la misma fe. No faltaban quienes convertían su creencia en una cierta agresividad y se la metían hasta en la sopa a quienes no la tenían. Y hay que reconocer que parte de las increencias de hoy pueden deberse a empachos de ayer. Gentes que se vieron obligadas a ir a misa a diario en los colegios o rosarios rezados «a la fuerza» en algunos hogares, te dicen hoy que ya hicieron en sus años infantiles o juveniles suficientes actos religiosos para toda la vida.

Pero ahora hemos emigrado al hemisferio de la «vergüenza». Periódicos hay que ignoran las noticias religiosas o sólo las dan cuando son estrambóticas, porque piensan que eso es cosa sólo de curas. Dueños hay de salas de cine a quienes aterra la idea de proyectar un filme religioso —que, además, ya prácticamente sólo los hay en las filmotecas— por miedo a coger fama de beatos. Universitarios que se pondrían colorados antes que confesar que van a misa los domingos. Curas, incluso, que procuran hablar de «lo que la gente habla», porque conversar en una cafetería sobre temas religiosos es algo que «no se lleva».

Yo supongo que esto es, en parte, la vieja ley del péndulo y que esta «moda de la vergüenza» se nos pasará cuando nos demos cuenta de lo ridícula que es. Pero es, de todos modos, un signo bastante triste de nuestra colectiva cobardía.

Pero obsérvese bien que no estoy pidiendo que regresemos al «orgullo exterior» de ser católicos, sino simplemente a serlo con espontaneidad y a expresarlo naturalmente. No se trata de convertir a los cristianos en hinchas futbolísticos, que sólo saben hablar de su propio equipo, sino en gente a quien la fe le salga por las obras como sale de los pulmones la respiración.

Claro que hay que empezar por tener el corazón muy en Dios para hablar bien de él. El cristiano es un apóstol, no un charlatán de feria. Y tiene que empezar por cumplir aquel consejo que daba Von Hügel: «Cuando el cristianismo es odiado por el mundo, la hazaña que al cristiano le corresponde realizar no es mostrar elocuencia de palabra, sino grandeza de alma. Por eso no hables demasiado de las cosas grandes: déjalas crecer en ti».

Cuando hayan crecido lo suficiente, la fe saldrá en nuestras palabras como les brotan las rosas a los rosales.

Son muchos los cristianos a quienes, a lo largo de los siglos, ha intrigado y angustiado el grito en que Jesús prorrumpió segundos antes de morir. Un grito que debió de ser impresionante porque lo recuerdan y subrayan tres de los cuatro evangelistas y hasta san Pablo habla de él en una de sus epístolas. Marcos dice que «Jesús, dando un gran grito, expiró». Mateo cuenta que «habiendo gritado de nuevo con gran voz, entregó su espíritu». Para Lucas es la séptima palabra de Cristo —«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»— la que dice a gritos el agonizante. Pablo pone ese momento como uno de los ejes de la vida de Cristo: «Habiendo ofrecido, en los días de su vida mortal, oraciones y súplicas con un gran grito y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte...».

¿Y por qué ese grito cuando era ya la hora de acabar, cuando no le quedaba por cumplir más que la formalidad de la muerte, cuando regresaba, con su tarea cumplida y las manos llenas, a la casa de su Padre? Es realmente desconcertante. Jesús no había gritado en la flagelación ni en la coronación de espinas. No sabemos que gritase en la crucifixión. ¿Por qué grita ahora, que ya sólo le falta inclinar la cabeza y morir? Al otro lado —ha recordado Péguy— le esperaba su Padre para abrazarle al fin; le aguardaban los ángeles para lavar sus llagas vivas, se preparaba la corte celestial para cantar su gloria eterna. ¿Y grita? ¿Grita precisamente ahora?

Durante siglos las generaciones le echarán en cara ese grito. En los «catecismos» hitlerianos se explicaba a los niños la «vergonzosa» muerte de un Cristo aterrado en comparación con el heroísmo sonriente con que morían por la patria los jóvenes nazis. Y nunca ha faltado alguien que recuerde que los genios o los mártires murieron «mejor». Sócrates bebió más tranquilo su cicuta. San Policarpo daba la bienvenida a los soldados que llegaban a arrestarlo. San Ignacio de Antioquía sólo tenía un miedo: que sus bienintencionados amigos lograsen salvarle de la muerte. Santo Tomás Moro bromeaba en el mismo patíbulo pidiendo a su verdugo que le ayudase a subir «porque, para bajar, ya se las arreglaría solo», y explicaba al soldado que no golpeará con el hacha hasta que él no se hubiera colocado bien la barba, ya que «ésta no había ofendido a su majestad y no merecía ser cortada». ¿Es que Cristo tuvo menos entereza que sus sucesores?

Una de las religiosas de los *Diálogos de carmelitas*, de Bernanos, explica que «los mártires estaban sostenidos por Cristo, pero él no tenía nadie que le ayudase, ya que todo socorro y toda misericordia provienen de él. Ningún ser vivo entró jamás en la muerte tan solo y tan desarmado». Y la respuesta es hermosa y profunda. Pero temo que no llegue a ser satisfactoria. Será, pues, preferible tomar ese grito por las solapas y preguntarnos de dónde proviene.

No de la desesperación, desde luego. ¿Qué desesperación extraña sería esa de alguien que grita al mismo tiempo que deposita confiado su espíritu y su cabeza en las manos del Padre? Entonces, ¿del dolor físico? Tampoco es verosímil. Hubo en la pasión de Cristo al menos diez ocasiones en las que el dolor fue más intenso que en ese último instante en el que el Crucificado no tenía ya fuerzas ni para sufrir. ¿Tal vez de la duda de lo que pudiera haber —o no haber— al otro lado? Nadie jamás supo como él lo que hay al otro lado porque nadie estuvo «antes» allí.

¿Del miedo a la muerte, entonces? ¿Qué ingenuos y poco humanos son los que creen que la fe es una morfina para el miedo a morir! ¿Quién, por mucho que sepa de otra vida más grande, no temblará ante el desgarrón del alma y el querido cuerpo? Ser hombre es aceptar el riesgo de la eternidad y el centro de ese riesgo es la muerte. ¿Cómo cruzarla sin que todo en el interior se ponga en pie y se subleve ante la gran jugada? ¿No tiembla y goza, al mismo tiempo, el atleta en el momento de batir un récord? ¿Cómo —por hermosos que sean los paisajes celestes— no sentir que algo se quiebra al perder este querido sol, las nubes y los montes en que anidó nuestra alma? Jesús era hombre total. Le gustaba ser hombre. Estaba a gusto siéndolo. Este miedo de ahora lo certifica. No era un titán insensible. La eternidad no le impedía amar este pequeño y adorable tiempo. Durante treinta y tres años su divinidad había convivido con la fugitividad de lo transitorio. Y había convivido bien. Ahora sentía —como en la *Llama de amor vivo*, de san Juan de la Cruz— que «se rompía la tela de este dulce encuentro». Al regresar tres días después, reencontraría a este querido cuerpo-compañero, pero alma y cuerpo estarían ya entonces subidos para siempre en el escabel de la resurrección. Sí, lo sabía muy bien: moría por su voluntad, pero no por su gusto.

Pero su muerte, además, era más que una muerte. Eran muchas reunidas. Quien tiene que compartir la muerte de todos, muere «más» que el que sólo muere la propia.

Ya la propia de Jesús era más honda que las nuestras. Porque —la frase es de Guardini— «el aniquilamiento es tanto mayor cuanto más es lo que aniquila. Nadie ha muerto como Jesucristo, porque era la misma vida. Nadie ha expiado el pecado como él, porque era la misma pureza. Nadie ha caído tan hondo en la nada, porque era el Hijo de Dios». Nosotros apenas morimos: pasamos de dormidos a muertos, de semimuertos a difuntos. La vida ha ido arrebatándonos trozos de alma. Cuando la muerte llega, apenas tiene ya nada que llevarse. Pero él estaba entero. ¿Qué derrumbamiento! ¿Cómo no gritar ante él? A nosotros el mismo mal nos endurece, nos va cubriendo de sucesivas costras, como un caparazón. Pero ¿y su corazón

inerte y desprotegido por su propia pureza?

Pero aún no hemos dicho lo fundamental: lo grave no es morir, sino morir inútilmente. ¿Vio él desde su cruz los frutos de su pasión? ¿Extendió Satanás ante su vista como un gran mapa la realidad del mundo después de su redención? El Evangelio de Lucas, tras las tentaciones en el desierto, añade una feroz apostilla: «El demonio se retiró hasta otra ocasión». ¿Fue tal vez ahora cuando vino «el príncipe de este mundo»? ¿Llegó al mismo tiempo que la muerte para mostrarle para cuántos moriría en vano, él, que soñaba ser el redentor de todos? ¿Vio desde la cruz la mediocridad de sus elegidos, las falsificaciones de su Evangelio, las mixtificaciones y componendas de los hombres de Iglesia, la violencia de los violentos, el imperio de la mentira, las divisiones entre cristianos, las risas de los listos de este mundo, la carne vendida en los mercados de la noche, el llanto de los inocentes oprimidos, las falsas palabras de los «redentores del pueblo», vio el odio circulando por los corazones como un sapo negro y el hambre de dinero resbalando por debajo de las puertas de todas las almas? ¿Vio acaso el infierno de los que cerraban a cal y canto sus vidas a la llamada de su amor? ¿Comprendió que él, con su muerte, daría un sentido al dolor de los hombres, pero no conseguiría impedir que los hombres sufriesen? ¿Atronó sus oídos el llanto de los hospitales? ¿Sintió congelarse su alma ante el frío latigazo de la indiferencia?

¡Cómo no iba a gritar! Gritó, gritó. Y su grito sigue ahí, taladrando las paredes de la eternidad. Y los hombres inventan un mar de ruidos y de estruendos para no oír su grito. Nadie lo escucha, apagado por los televisores, amortiguado por las guitarras eléctricas, cloroformizado por las risas de un mundo que no quiere oír los llantos de los hombres y mucho menos el llanto de un Dios.

Hay que guardar silencio para oír ese grito. Hay que amar para oírlo. Como esa madre que, a esta misma hora, se inclina sobre la cama de hospital donde ha dejado de latir hace unos momentos el corazón de su hijo, y aun aterrada también ella por el ala negra de la muerte, ofrece a Dios lo único que le queda: su llanto, y oye, entonces, a la gran voz que creó los cielos y la tierra, a la voz que en la cruz desgarró el velo del templo e hizo temblar al mundo, que le repite ahora: «Perdóname, perdóname, tal vez he muerto poco. Pero un día también tú comprenderás que, si no pude libraros de la muerte, hice lo que podía: partirla como un pan con vosotros. Lo entenderás un día. Ahora sólo pido tu perdón. Perdóname».

MADRE IGLESIA

Creo que no puedo escribir en este libro sobre las cosas que amo sin hablar también sobre la Iglesia, sobre mi querida Iglesia. Comprendo que, al hacerlo, no estoy muy a la moda, porque hoy lo que priva es hablar de ella, cuando menos, con despego (¡y tantas veces con ferocidad!), incluso entre los creyentes. Dicen que el signo de los tiempos es gritar: «Cristo, sí; Iglesia, no»; pero a mí eso me parece tan inverosímil como decir «quiero al alma de mi madre, pero a mi madre no». Y lamento no entender a quienes la insultan o desprecian «en nombre del Evangelio» o a quienes parecen sentirse avergonzados de su historia y piensan que sólo ahora o en el futuro vamos a construir la «verdadera y fiel Iglesia». No sé, pienso que tal vez cuando ya esté en el cielo sentiré compasión hacia eso en lo que aquí abajo convertíamos entre todos a la Iglesia, pero mientras esté en la tierra ya tengo bastante trabajo con quererla como para encontrar también tiempo para ver sus fallos.

Y voy a ver si explico un poco las razones por las que la quiero. Para ser un poco sistemático, voy a reducirlas a cinco fundamentales.

La primera es que ella salió del costado de Cristo. ¿Cómo podría no amar yo aquello por lo que Jesús murió? ¿Y cómo podría yo amar a Cristo sin amar, al mismo tiempo, aquellas cosas por las que él dio su vida? La Iglesia —buena, mala, mediocre, santa o pecadora, o todo eso junto— fue y sigue siendo la esposa de Cristo. ¿Puedo amar al esposo despreciándola?

«Pero —me dirá alguien— ¿cómo puedes amar a alguien que ha traicionado tantas veces al evangelio, a alguien que tiene tan poco que ver con lo que Cristo soñó que fuera? ¿Es que no sientes al menos “nostalgia” de la Iglesia primitiva?» Sí, claro, siento nostalgia de aquellos tiempos en los que —como decía san Ireneo— «la sangre de Cristo estaba todavía caliente» y en los que la fe ardía con toda viveza en el alma de los creyentes. Pero ¿es que hubiera justificado un menor amor la nostalgia de mi madre joven que yo podía sentir cuando mi madre era vieja? ¿Hubiera yo podido devaluar sus pies cansados y su corazón fatigado?

A veces oigo en algunos púlpitos o tribunas periodísticas demagogias que no tienen ni siquiera el mérito de ser nuevas. Las que, por ejemplo, hablan de que la Iglesia es ahora una esposa prostituida. Y recuerdo aquel disparatado texto que Saint-

Cyran escribía a san Vicente de Paúl y que es —como ciertas críticas de hoy— un monumento al orgullo:

Sí, yo lo reconozco: Dios me ha dado grandes luces. Él me ha hecho comprender que ya no hay Iglesia. Dios me ha hecho comprender que hace cinco o seis siglos que ya no existe la Iglesia. Antes de esto la Iglesia era un gran río que llevaba sus aguas transparentes, pero en el presente lo que nos parece ser la Iglesia ya no es más que cieno. La Iglesia era su esposa, pero actualmente es una adúltera y una prostituta. Por eso la ha repudiado y quiere que la sustituya otra que le sea fiel.

Me quedo, claro, con san Vicente de Paúl, que, en lugar de soñar pasadas o futuras utopías, se dedicó a construir su santidad, y con ella, la de la Iglesia. Un río de cieno hay que purificarlo, no limitarse a condenarlo. Sobre todo cuando nadie puede presentar ese supuesto libelo de repudio que Cristo habría dado a su esposa.

La segunda razón por la que amo a la Iglesia es porque ella y sólo ella me ha dado a Cristo y cuanto sé de él. A través de esa larga cadena de creyentes mediocres me ha llegado el recuerdo de Jesús y su Evangelio. Sí, claro, a veces lo ha ensuciado al transmitirlo, pero todo lo que de él sabemos nos llegó a través de ella.

Ella no es Cristo, ya lo sé. Él es el absoluto, el fin; ella, sólo el medio. Incluso es cierto que cuando digo «creo en la Iglesia» lo que estoy diciendo es que creo en Cristo, que sigue estando en ella; lo mismo que cuando afirmo que bebo un vaso de vino, lo que realmente bebo es el vino, no el vaso. Pero ¿cómo podría beber el vino si no tuviera vaso? El canal no es el agua que transporta, pero ¡qué importante es el canal que me la trae!

El centro final de mi amor es Cristo, pero «ella es la cámara del tesoro, donde los apóstoles han depositado la verdad, que es Cristo», como decía san Ireneo. Ella es «la sala donde el Padre de familia celebra los desposorios de su Hijo», como escribía san Cipriano. Ella es verdaderamente —ahora es el río de san Agustín quien se desborda— «la casa de oración adornada de visibles edificios, el templo donde habita tu gloria, la sede inmutable de la verdad, el santuario de la eterna caridad, el arca que nos salva del diluvio y nos conduce al puerto de la salvación, la querida y única esposa que Cristo conquistó con su sangre y en cuyo seno renacemos para tu gloria, con cuya leche nos amamantamos, cuyo pan de vida nos fortalece, la fuente de la misericordia con la que nos sustentamos». ¿Cómo podría no amar yo a quien me transmite todos los legados de Cristo: la eucaristía, su palabra, la comunidad de mis hermanos, la luz de la esperanza?

Pero su historia es triste, está llena de sangres derramadas, de intolerancias impuestas, de legalismos empuñados, de maridajes con los poderes de este mundo, de jerarcas mediocres y vendidos... Sí, sí, es cierto. Pero también está llena de santos. Y ésta es la tercera razón de mi amor.

Siempre que yo me monto en un tren sé que la historia del ferrocarril está llena de accidentes. Pero no por eso dejo de usarlo para desplazarme. «La Iglesia —decía Bernanos— es como una compañía de transportes que, desde hace dos mil años, traslada a los hombres desde la tierra al cielo. En dos mil años ha tenido que contar con muchos descarrilamientos, con una infinidad de horas de retraso. Pero hay que decir que gracias a sus santos la compañía no ha quebrado». Es cierto, los santos son la Iglesia, son lo que justifica su existencia, son lo que no nos hace perder la confianza en ella. Ya sé que la historia de la Iglesia no ha sido un idilio. Pero, a fin de cuentas, a la hora de medir a la Iglesia a mí me pesan mucho más los sacramentos que las cruzadas, los santos que los Estados Pontificios, la Gracia que el Derecho canónico.

¿Estoy con ello diciendo que amo a la Iglesia invisible y no a la visible? No, desde luego. Pienso que tenía razón Bernanos al escribir que «la Iglesia visible es lo que nosotros podemos ver de la invisible» y que como nosotros tenemos enfermos los ojos sólo vemos las zonas enfermas de la Iglesia. Nos resulta más cómodo. Si viéramos a los santos, tendríamos obligación de ser como ellos. Nos resulta más rentable «tranquilizarnos» viendo sólo sus zonas oscuras, con lo que sentimos, al mismo tiempo, el placer de criticarlas y la tranquilidad de saber que todos son tan mediocres como nosotros. Si nosotros no fuésemos tan humanos, veríamos más los elementos divinos de la Iglesia, que no vemos porque no somos ni dignos de verlos.

Voy a atreverme a decir más: yo amo con mayor intensidad a la Iglesia precisamente *porque* es imperfecta. No es que me gusten sus imperfecciones, es que pienso que sin ellas hace tiempo me habrían tenido que expulsar a mí de ella. A fin de cuentas, la Iglesia es mediocre porque está formada de gente como nosotros, como tú y como yo. Y esto es lo que, en definitiva, nos permite seguir dentro de ella.

Bernanos lo decía con exacta ironía:

Oh, si el mundo fuera la obra maestra de un arquitecto obsesionado por la simetría o de un profesor de lógica, de un Dios deísta, la santidad sería el primer privilegio de los que mandan; cada grado en la jerarquía correspondería a un grado superior de santidad, hasta llegar al más santo de todos, el Santo Padre, por supuesto. ¡Vamos! ¿Y os gustaría una Iglesia así? ¿Os sentiríais a gusto en ella? Dejadme que me ría. Lejos de sentirnos a gusto, os quedaríais en esta congregación de superhombres dándole vueltas entre las manos a vuestra boina, lo mismo que un mendigo a la puerta del hotel Ritz. Por fortuna, la Iglesia es una casa de familia donde existe el desorden que hay en todas las casas familiares, siempre hay sillas a las que les falta una pata, las mesas están manchadas de tinta, los tarros de confites se vacían misteriosamente en las alacenas, todos lo conocemos bien, por experiencia.

Sí, por fortuna en la Iglesia imperan las divinas extravagancias del Espíritu, que

sopla donde quiere. Y gracias a ello nosotros podemos agradecerle a Dios cada noche que aún no nos hayan echado de esa casa de la que todos somos indignos. Tendremos, claro, que luchar por mejorarla. Pero sabiendo bien que siempre ha sido mediocre, que siempre será mediocre, como en las casas siempre hay polvo por muy cuidadosa que sea su dueña. No se sabe por dónde, pero el polvo entra siempre. Y uno limpia el polvo en lugar de pasarse la vida enfadándose con él.

En rigor, todas esas críticas que proyectamos contra la Iglesia deberíamos volcarlas contra cada uno de nosotros mismos. Lo voy a decir en latín con las preciosas palabras de san Ambrosio: «*Non in se, sed in nobis vulneratur Ecclesia. Caveamos igitur, ne lapsus noster vulnus Ecclesie fiat*». (No en ella misma, sino en nosotros, es herida la Iglesia. Tengamos, pues, cuidado, no sea que nuestros fallos se conviertan en heridas de la Iglesia).

La quinta y más cordial de mis razones es que la Iglesia es —literalmente— mi madre. Ella me engendró, ella me sigue amamantando. Y me gustaría ser como san Atanasio, que «se asía a la Iglesia como un árbol se agarra al suelo». Y poder decir, como Orígenes, que «la Iglesia ha arrebatado mi corazón; ella es mi patria espiritual, ella es mi madre y mis hermanos». ¿Cómo entonces sentirme avergonzado por sus arrugas cuando sé que le fueron naciendo de tanto darnos y darnos a luz a nosotros?

Por todo ello espero encontrarme siempre en ella como en un hogar caliente. Y deseo —con la gracia de Dios— morir en ella, como soñaba y consiguió Santa Teresa. Y ése será mi mayor orgullo en la hora final.

Ese día me gustará repetir un pequeño poema que escribí hace ya muchos años, siendo seminarista; un poema muy malo, pero que conservo como era porque creo que expresaba y expresa lo que hay en mi corazón:

Amo a la Iglesia, estoy con tus torpezas,
con sus tiernas y hermosas colecciones de tontos,
con su túnica llena de pecados y manchas.

Amo a sus santos y también a sus necios,
amo a la Iglesia, quiero estar con ella.

Oh, madre de manos sucias y vestidos raídos,
cansada de amamantarnos siempre,
un poquito arrugada de parir sin descanso.

No temas nunca, madre, que tus ojos de vieja
nos lleven a otros puertos.

Sabemos bien que no fue tu belleza quien nos hizo hijos tuyos,
sino tu sangre derramada al traernos.

Por eso cada arruga de tu frente nos enamora
y el brillo cansado de tus ojos nos arrastra a tu seno.

Y hoy, al llegar cansados, y sucios, y con hambre,

no esperamos palacios, ni banquetes, sino esta
casa, esta madre, esta piedra donde poder sentarnos.

LAS CLASES MEDIAS DE LA SANTIDAD

Joseph Malegue —ese gran novelista cristiano que en España no ha sido ni siquiera traducido— dejó a medio escribir una novela cuyo título era el mismo que yo he puesto a este artículo. Y en ella —por los pocos fragmentos que se conocen— desarrollaba una idea ya varias veces apuntada en sus obras anteriores: que para profundizar en los fenómenos religiosos no hay que explorar sólo en el alma de los grandes santos, de los santos de primera, de los aristócratas de la santidad, sino que «las almas modestas contaban también; contaban además las clases medias de la santidad».

Nada más cierto. Porque tal vez estamos demasiado acostumbrados a trazar una distinción excesivamente neta entre la santidad y la mediocridad. A un lado estarían esas diez docenas de titanes del espíritu que tomaron el evangelio por donde más quemaba y realizaron una vida incandescente. Al otro estaríamos nosotros, los que vegetamos en el cristianismo.

Y ésta es una distinción, además de falsa, terriblemente desalentadora. Pensamos: como yo no tendré jamás el coraje de ser un Francisco de Asís, vamos a limitarnos a cumplir y a esperar que Dios nos meta al final en el cielo por la puerta de servicio. La santidad se nos presenta así como una zarza incombustible, imposible no sólo para nosotros, sino incluso para cualquiera que viva en nuestras circunstancias. Además, pensamos para agravar las cosas, los santos hacen milagros y nosotros ya tenemos bastante con no hacer pecados. La solución es la siesta.

Pero, si abrimos con más atención los ojos, vemos que además de los santos de primera hay por el mundo algunos santos de segunda y bastantes de tercera. Esa buena gente que ama a Dios, esas personas que, cuando estamos con ellas, nos dan el sentimiento casi físico de la presencia viva de Dios; almas sencillas, pero entregadas; normales, pero fidelísimas. Auténticas clases medias de la santidad.

Quien más, quien menos, todos hemos encontrado en el mundo dos o tres docenas de almas así. Y hemos sido felices de estar a su lado. Y hemos pensado que, con un poco más de esfuerzo, hasta nosotros podríamos parecernos un poco a ellas. Y sentimos que este tipo de personas sostienen nuestra fe y que, en definitiva, en su sencillez, son una de las grandes señales de la presencia de Dios en la Iglesia.

Yo he conocido a muchos de estos santos de tercera o segunda —empezando por mis padres— a quienes no canonizaría. Incluso me daría un poco de risa imaginármelos con un arito en torno a la cabeza, y ellos se pondrían muy colorados si alguien se lo colocara. Pero, sin embargo, me han parecido almas tan verdaderas, que en ellas he visto siempre reflejado lo que más me gusta de Dios: su humildad.

Creo que de esto se habla poco. Y, no obstante, yo creo que tiene razón Moeller cuando escribe que «el centro del cristianismo es el misterio de esta humildad de Dios». Es cierto: en el catecismo nos hablaron mucho del Dios todopoderoso y a veces llegamos a imaginarnos a un Dios soberbio, cuajado de pedrerías, actuando siempre a través de milagros y hablando con voz tonante. Pero la realidad es que, cuando Dios se hizo visible, todo fue humilde y sencillo. Se hizo simplemente un hombre a quien sus enemigos pudieron abofetear sin que sacara terribles relámpagos del cielo. Un Dios que es humilde en su revelación, hecha a través de textos también humildes, difíciles de interpretar, expuestos a tergiversaciones, mucho menos claros de los que escribiría un matemático perfeccionista. Un Dios humilde en su Iglesia, que no construyó como una élite de perfectos, sino como una esposa indefensa y mil veces equivocada, tartamudeante y armada con una modesta honda y unos pocos guijarros frente al Goliat del mundo. Humilde también en la tierra en que quiso nacer, en esa Palestina que ni es un prodigio de belleza física ni un paraíso de orden, una especie de Suiza del espíritu.

«El Señor de la gloria —escribe también Moeller— no ha querido ni el poder ni la nada, ni el trueno ni el silencio del abismo, pues el poder tiránico o la sombría nada son lo contrario del amor. El amor quiere la dulzura humilde y gratuita, no se defiende, ofrece de antemano su cuello a los verdugos y, sin embargo, es más poderoso que la muerte y mil torrentes de agua no podrán extinguir el fuego de la caridad. El amor quiere también la vida, la dulce vida; el amor da la vida y no la nada».

Por eso a este Dios humilde le van muy bien los santos humildes y pequeños, los santos del aprobadillo. Y es una suerte que nos permite no desanimarnos a quienes tenemos un amor de hoguera (¡o de cerilla!) y jamás llegaremos a su amor de volcán.

Incluso el camino hacia Dios está muy bien hecho. Es como un monte al que hay que subir. Y tiene dos caminos: uno de cabras, que va en derechura desde la falda a la cima, escarpado, durísimo, empinadísimo, y un camino carretero, que sube también, pero en zigzag, dando vueltas y vueltas en espiral hacia la cumbre.

Los santos, los verdaderos santos, suben por el de cabras, dejándose la piel en las esquinas de las rocas. Ellos lo dan todo de una vez, viven hora a hora en la tensión del amor perfecto.

Pero los más temblamos ante ese camino. No porque no tengamos pulmones para ello —porque los santos no tienen mejor «madera» que nosotros—, sino porque somos cobardes y le damos a Dios trozos de amor, guardándonos en el zurrón buenos pedazos de amor propio.

Naturalmente, a quien Dios le dé el coraje del camino de cabras, que san Pedro se lo bendiga y multiplique. Pero, en definitiva, lo que importa es subir, lo necesario es amar, aunque sea con un amor tartamudo. Y, entonces, bendito sea el camino carretero.

Con la ventaja, además, de que, en cada vuelta del camino, el camino carretero se cruza un momento con el de cabras: son esos instantes de verdadera santidad que todos, por fortuna, tenemos. Hay incluso veces en las que —sobre todo en la juventud— nos atrevemos a hacer algún trecho por la senda de cabras, aunque luego regrese la flojera y volvamos a tomar el camino en espiral. Bien, lo importante es seguir subiendo, seguir amando, aunque se haga mal.

Lo que no hay que olvidar es que, al final de la escalada, cuando ya se está cerca de la cima, los dos caminos, el carretero y el de cabras, desaparecen. Y entonces ya sólo queda la roca viva. Por la que sólo se puede subir con guía. O llevados en brazos. Como Dios nos llevará a todos en el último repechón que conduce al abrazo en la muerte.

EL MILAGRO DE LAS MANOS VACÍAS

En mis años de seminarista me explicaron muchas veces que también en el mundo de las almas regía el viejo principio de que «nadie da lo que no tiene». Pero la verdad es que ahora —treinta años después— yo no estoy tan seguro. Y creo que es más cierta la afirmación de Urs von Balthasar cuando escribe que «el privilegio del cristiano es poder dar más, infinitamente más, de lo que posee». Voy a ver si consigo explicarme.

Recuerdo aún hoy cuánto me escandalizó, en mis años de estudiante de teología, la conferencia de un sacerdote —un apóstol brillante y muy conocido en la España de entonces— que nos decía que no era necesario ser santos para ser eficaces apostólicamente. La idea me pareció entonces disparatada y me lo sigue pareciendo en el tono en el que aquel conferenciante lo decía: como si la inteligencia, la técnica oratoria, la picardía pudieran suplir a la santidad y el amor. Nunca he creído ni en la inteligencia ni en la técnica referidas al mundo de la gracia. Son, me parece, lo que la flanera al flan: que si se hace con huevos podridos, resultará incomible por muy buena que la flanera sea. Siempre me interesará más la carga interior de lo que se dice que los adjetivos con que se ornamenta. Aunque pienso también que unos contenidos serios exigen del orador o el apóstol tomarse muy en serio los métodos de transmisión. Pero sabiendo que son eso: simples métodos.

Sin embargo, en la idea hay una pizca de verdad y hay muchísima tal como Balthasar la formula. Y es que treinta años de ministerio me han enseñado que uno puede dar mucho más de lo que personalmente tiene. Y esto por una razón elemental: en rigor, en el mundo de la gracia ningún hombre da nada. Dios es el único que puede dar, él solo. Y la experiencia de cualquier sacerdote o de cualquier cristiano es que, si él no pone demasiados obstáculos, Dios da a través de nosotros cosas que nosotros ni llegamos a sospechar. Es lo que Bernanos llamaba «el dulce milagro de las manos vacías», a través de las cuales puede pasar el torrente de Dios.

En el terreno sacramental esto es evidente: ¿qué son mis manos para absolver, qué mi palabra para consagrar? Alguien «funciona» dentro de mí para que eso «salga», como el vino sale de la botella sin que ella lo haya engendrado o fabricado.

Pero ocurre también en otros terrenos más misteriosos: ¿qué cristiano no ha

sembrado esperanzas en días en que la creía perdida? ¿Cuántas veces hemos dado alegría a alguien y nos hemos alejado pensando que éramos nosotros quienes más la necesitábamos?

A veces te ocurren cosas misteriosas. Un día se acerca alguien a ti y te dice que desde hace veinte años se alimenta de una frase que tú le dijiste una vez. Tú preguntas de qué frase se trata. Y cuando te la dicen, tú jurarías que esa idea jamás pasó por tu cabeza, que la dijiste casualmente. Y mira por donde la flecha fue derecha al blanco que la necesitaba.

Cualquier sacerdote sabe que tal vez ha preparado una conferencia o una homilía con todo cuidado y que, de pronto, según está hablando, le sube a los labios una frase en la que ni había pensado. Y luego resulta que es precisamente la que alguien de los oyentes estaba necesitando.

A mí me ha ocurrido lo de venir un desconocido a darme las gracias por un artículo mío que ayudó a resolver en su casa una seria crisis. Y yo ni acordarme siquiera de haber escrito tal artículo o sobre ese tema. ¿Tengo un ángel custodio que escribe y firma con mi nombre artículos que yo no he elaborado? ¿O es que yo escribía de otra cosa, pero aquella familia —que necesitaba una respuesta— la encontró donde el autor no había ni pensado? ¡Vaya usted a saberlo!

No sé si todo esto que estoy contando será una herejía. Pero, al menos, a mí me sirve. Porque si tengo que esperar a ser santo para empezar a hablar a la gente de Dios, aún me estaría calladito. Y si sólo puedo escribir de la alegría cuando todo me va bien, me pasaría media vida ayunando letras. Comprendo que tengo obligación de tener las manos llenas porque Dios se lo merece, pero no me desaliento cuando las veo vacías. Y me encanta la idea de ser un canuto a través del que Alguien, más importante que todos nosotros juntos, sopla. Y de tanto pasarme gracias por las manos, alguna se me pegará, digo yo.

Nuestro problema está, entonces, en ser buenos transmisores, volvernos transparentes, para que pueda verse detrás de nosotros al Dios escondido que llevamos dentro. Y luego repartir sin tacañerías lo poquito que tenemos —esa pizca de fe, esa esquirla de esperanza, esos gramos de alegría—, sabiendo que no faltará quien venga a multiplicarlo como el pan del milagro. Seguros de que la pequeña llama de una cerilla puede hacer un gran fuego. No porque la cerilla sea importante, sino porque la llama es infinita.

UN RINCÓN EN EL CIELO

Una amiga andaluza me escribe para plantearme un problema que a ella le angustia y que a mí —aunque en grado algo menor que a ella— me conmueve y preocupa: la barbarie con la que los españoles tratamos a los animales, esas brutales fiestas de ciertos pueblos en las que los mozos parecen gozar tanto más cuanto más hacen sufrir a un pobre torete, a un burro o que estallan de gozo cuando matan a palos o cuchilladas a un gallo. Sin olvidarnos de nuestra «fiesta nacional».

Pero lo que especialmente angustia a esta amiga mía es la «postura indiferente y a veces hasta identificada con esta crueldad de la Iglesia católica y muchos de sus representantes». «¿Por qué —me pregunta— siempre que se habla de este tema relacionado con la Iglesia católica hay que echar mano del dulce san Martín de Porres o del *Poverello* de Asís? ¿O es que a pesar del extensísimo santoral que tiene la Iglesia realmente no han existido más santos amantes de los animales? La cosa se me hace más preocupante al comprobar cómo otras religiones, como el jainismo o el budismo, llevan con el máximo rigor lo de extender el amor y el respeto a la vida de todos los seres vivientes. ¿No sería más lógico que los cristianos, sin dejar de dar prioridad a la salvación y el destino del hombre, nos preocupáramos un poco más de evitar el sufrimiento de tantos seres inocentes que tienen como desgracia más grande la de haber caído bajo el dominio del hombre? Pero, desgraciadamente, yo no recuerdo haber oído jamás, durante la práctica de mis creencias religiosas, ninguna clase de sermón en el que se nos exhortara a respetar y amar más a los animales, sino que, por el contrario, he observado con bastante frecuencia a sacerdotes y monjas que parecen sentirse de acuerdo con ese tipo de crueldades. ¿Por qué han de ser hombres pertenecientes a otras religiones —tales como Gandhi o el doctor Schweitzer— quienes nos hayan dado un claro y magnífico ejemplo de amor y confraternización entre todos los seres creados por Dios?».

Lo que mi amiga plantea está, ciertamente, muy lejos de ser el problema central de la crueldad de un mundo en el que, mientras yo transcribía las líneas anteriores, han muerto de hambre varios miles de seres humanos. Desde luego, a mí siempre me dolerán más los niños hambrientos de Etiopía que una gallina acuchillada en San Julián de Abajo. Pero también me pregunto por qué han de contraponerse esos dos

amores y si no habría que tener corazón y ojos para sufrir a la vez por las dos barbaridades. Me pregunto, incluso, si ambas no estarán relacionadas entre sí y si, en un mundo en el que los hombres nos quisiéramos, no sería más respetada la vida animal. Y viceversa.

No estoy hablando aquí, como es lógico, de esas neurosis de la sensiblería como las que a veces nos transmiten las noticias de una señora que ha dejado a su loro como heredero universal de sus millones, o como ese loco cariño de ciertas damas americanas para las que su perrito es el único amor de sus vidas y de sus bolsillos. Hay, lo sé, personas que aman a los animales porque han sufrido una decepción amando a los hombres y encuentran más cómodo volcarse en quienes parecen ser, al menos, más agradecidos que los humanos. No hablo, pues, de esas desviaciones del amor. Pero me pregunto si el hombre no podría tener suficiente corazón para que en él cupiera todo ser vivo, todas las formas de imágenes de Dios —más o menos completas— como él nos dejó sobre la tierra. Me pregunto si no tendrá razón Gautier cuando dice que «una de las glorias de la civilización sería el haber mejorado la suerte de los animales».

Y, efectivamente, aquí tendrían mucho que hacer el cristianismo y la teología. Porque yo también me avergüenzo al reconocer que en los países orientales he descubierto un amor mucho más alto que el nuestro a todo ser viviente.

Lo extraño es que tanto la Biblia como la tradición cristiana darían buen material para este amor universal. A mí me conmueve el amor al mundo animal que se respira en tantos lugares de la Biblia, empezando por el importantísimo puesto que se les concede en las descripciones de la creación, al presentarles no como el fruto de simples evoluciones genéticas, sino como algo surgido de las manos amorosas y creadoras de Dios y al mostrar su suerte tan unida a la condición humana.

Y cuántos otros rincones de la Biblia nos amplían ese amor. La legislación mosaica descende a conmovedores detalles para protegerles: se recuerda que también ellos tienen derecho al descanso sabático (Dt 5,14); se explica que se debe ayudar al asno excesivamente cargado (Éx 23,5); se expone el cuidado especial que merecen los pájaros que están anidando o empollando (Dt 22,6); se prohíbe ponerle bozal al buey que trilla para que pueda comer mientras lo hace (Dt 25,4); se insiste en que la Providencia alcanza también a los animales (Jon 4,11), y hasta se dedica un bellissimo salmo a cantar el papel que las bestias desempeñan en la obra de Dios (Sal 104). Todo ello prelude el papel que los animales desempeñarán en el Nuevo Testamento y en toda la simbología cristiana: bastaría recordar a la mula y el buey que acompañan a Cristo en su llegada al mundo («antes de estar con los hombres —dirá Dostoyevski—, Cristo está con los animales»), a la oveja perdida, a la paloma del Espíritu, al gallo de san Pedro, al borriquillo de ramos, a esos pajarillos cuyo cuidado es para Jesús el símbolo visible del amor de Dios a su creación (Mt 6,26; 18,12). Todo ello sin olvidar que el gran símbolo de la paz mesiánica era para la Biblia el buen entendimiento del hombre con los animales (Is 11,6-9).

Y el amor de los santos a los animales va, ciertamente, mucho más allá de los dos casos egregios de Martín de Porres y Francisco de Asís. Mi buen amigo el padre Peñalosa ha escrito todo un delicioso libro —*Los santos van al zoológico*— en el que cuenta las historias del cerdito de san Antonio Abad, la hiena de san Macario, el lechón de san Blas, las ciervas de san Goar, el cuervo de san Benito, la vaca de san Medardo, el gallo y la gallina de santo Domingo, los peces de san Antonio de Padua, las ovejas de san Ramón Nonato, el lebrél de santa Margarita, el perro de san Roque, las abejas de santa Rita de Casia, el gato de san Felipe Neri —que hasta fue acusado a la Inquisición porque llevaba su gato a las procesiones—, la mariposa de santa Rosa de Lima, la mula de san José de Cupertino o el perro pastor de san Juan Bosco. ¡Todo un zoológico de amor y santidad!

O podríamos recordar los muchos pequeños animales cuya vida ha discurrido en los apartamentos pontificios o en la villa papal de Castelgandolfo. Todos han oído hablar de los canarios que Pío XII tenía sueltos en su habitación. Pero no todos saben que una gatita negra vivió algún tiempo con Pablo VI y que saltaba sobre su mesa pontificia a husmear los más importantes papeles papales. O que León XIII era un apasionado de los pájaros. O que Pío XI tenía un gran cariño a un caballo húngaro llamado *Alí* y a un perro de caza llamado *Birck*. Y que en sus paseos veraniegos nunca dejaba de visitar una gacela que tenía suelta en una zona de su villa de Castelgandolfo. Tampoco saben que en sus vacaciones Pablo VI llevaba personalmente la comida a los peces rojos de una de las fuentes de Castelgandolfo y que le encantaba jugar con una perrita llamada *Diana*.

Todas estas cosas no se cuentan tal vez porque se piensa que se trata de detalles «menos dignos» que «mancharían» la grandeza de los papas. Pero ¿desde cuándo estos pequeños amores mancharon nada?

Habría que devolver al Evangelio aquella unión entre hombre y naturaleza que san Francisco encontró en él.

Releo la vieja biografía de Celano y encuentro en ella páginas admirables: «¿Quién será capaz de narrar de cuánta dulzura gozaba al contemplar en las criaturas la sabiduría del Creador, su poder y su bondad? En verdad, esta consideración le llenaba muchas veces de admirable e inefable gozo viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento... ¿Y qué decir de las criaturas inferiores, cuando hacía que a las abejas les sirvieran miel o el mejor vino en el invierno para que no perecieran por la inclemencia del frío?». «A todas las criaturas las llamaba hermanas» y «no podía oír malas palabras contra ellas». Amaba «a los brutos y mudos animales» y «exhortaba con todo empeño a las aves, a todos los animales y a todos los reptiles e incluso a todas las criaturas insensibles a que loasen y amasen al Creador, ya que comprobaba a diario la obediencia de todas ellas al invocar el nombre del Salvador». «A los hermanos que hacían leña les prohibía cortar del todo el árbol para que le quede la posibilidad de echar brotes. Manda al hortelano que deje en la orilla del huerto franjas sin cultivar para que, a su tiempo, el verdor de las

hierbas y la belleza de las flores pregonen la hermosura del Padre de todas las cosas». «Recoge del camino los gusanillos para que no los pisoteen», y vive en un permanente diálogo de amor con toda la naturaleza.

¿Todo esto por simple sentimentalismo? No. Porque —escribe José Antonio Merino— «él vivía tan profundamente la vida como don divino, que no dudaba en comunicar ese sentimiento como gratitud a todos los seres como salidos de la mano de un mismo Padre y con los que le vinculaba un irrompible lazo fraternal».

Eso es: los cristianos no vivimos un superficial ecologismo pagano que adora a la naturaleza por sí misma. Nosotros creemos que el mundo entero late. Y que en todos los latidos respira el mismo corazón que lo creó todo: hombres, animales, plantas, cosas. Todo es digno de respeto y amor.

Por eso yo, después de haber rezado y querido mucho a los hombres, no me avergüenzo de unir a mis oraciones aquel verso del poeta francés Francis Jammes: «Señor, cuando me muera, ¿querrás prestarme un rinconcito de cielo para mi gata?».

QUERIDA MÁQUINA

Desde hace un par de semanas yo tengo un nuevo ángel de la guarda, que se llama *Nunchi*. Es un ángel bastante diferente de los habituales: grande como un frigorífico, y lleno de botones, voltímetros y tubos como la cabina de mandos de un avión. Es *beige* y marrón y está hecho de metal y plástico, con algo de Nacimiento por sus lucecitas verdes y rojas que se encienden y que parpadean. Es un medio robot, medio amigo celeste. Y me visita tres veces por semana: martes, jueves y sábado, para ser más exacto. Un ángel muy importante para mí: él vigila mi vida, cuida mi corazón, lava mi sangre, pesa mis esperanzas y mis sueños. Hace, ya que no de madre, al menos de nodriza de mi vida.

Yo estoy atado a él por dos tubos de plástico, a través de los cuales mi sangre y la suya se vuelven una sola. Por el tubo de pitorritos rojos va saliendo mi sangre de paseo. Cada veinte minutos todos mis hematíes se han ido de parranda. Pero no se van lejos. A los pocos minutos regresan, más limpios, por el tubo de los pitorros azules, después de haberse refrescado en el dializador. Y el paseíto se lo dan doce veces en cada sesión. No me han contado aún lo que ven por el mundo ni con quién se codean cuando salen de casa. Pero me parece que vuelven más felices, como críos que por primera vez viajaran al extranjero.

La he llamado *Nunchi* porque se me apareció por vez primera el día de la Anunciación, que este año, para más simbolismo, era martes santo. Me habían anunciado su venida hace ya más de dos años, pero me confirmaron que vendría — como si hubieran elegido bien los símbolos— el día de mi santo —¿un buen regalo?— y en el aniversario de mi ordenación. A lo mejor por todo eso la quiero un poco más.

He dicho que la quiero, no —claro— que me resulte agradable o simpática. No está, ciertamente, fabricada en una confitería. Pero tampoco es tan terrible como me la pintaban, sobre todo cuando uno piensa que gracias a ella estoy viviendo. Realmente sólo una noche la odié: la siguiente a la primera sesión, porque me puse a pensar y me vine abajo como un idiota. Me pareció que sobre su metal habían escrito aquel verso de Dante: «Dejad toda esperanza los que entráis». ¿Toda la vida esclavo de sus émbolos? ¿Dejaría en sus manos un cuarto de lo que de vida me restase? No

era el dolor el problema. En realidad, no es mucho. Pero sí lo era la esclavitud, el ir dejando entre sus tubos trozos de libertad, viajes, proyectos... Además, me decía, no vas a poder permitirte ni el lujo de estar triste, tú, que te has pasado la vida hablando de alegría. ¿Dónde vas a alquilar ahora la sonrisa?

Fue, por fortuna, solamente una noche. Luego empecé a pensar y regresó la paz y una forma —distinta— de alegría. Por de pronto, la de los amigos. ¡Si debo tener a media España rezando por mis dos riñones! ¡Demasiado, demasiado! ¡Con la cantidad de gente que sufre más que yo! A estas horas son ya once los amigos que se me han ofrecido para un trasplante. ¿Y qué hago yo con once riñones? Ni que fuera un fenómeno de feria. Pero ¡qué bien sentirte tan querido! Ahora lo sé: lo mejor de mi vida han sido mis amigos. Y mis hermanos, que van en cabeza de toda amistad. Y las tres enfermeras —Concha, Sabina y Marian— que me sirven ahora de arcángeles provisionales.

Además, voy aprendiendo de la máquina muchísimas cosas. Durante esas cuatro horas de cada sesión uno tiene tiempo para pensar mucho. Y a veces me digo: ¿ves? Así es el Cuerpo místico. Uno tiene la sangre envenenada y viene otro y te presta la suya bien limpiita y llega un momento en el que ya no sabes muy bien qué sangre es tuya y cuál te dio el vecino. La comunión de los santos tiene que ser así.

Otras veces entiendo mejor los sacramentos. En el bautismo me «enchufaron» a Cristo y en la confesión me siguen limpiando el alma como me limpia la diálisis la sangre. Si me desenchufo, adiós José Luis, alma muerta, cuerpo envenenado. ¿Cómo podría uno no querer a todos estos ángeles amigos?

Tiene toda la razón este cura de Astorga que me escribe para contarme que también él es compañero de máquina, que también él ha «saboreado hasta la saciedad el dolor de ir perdiendo poco a poco jirones de libertad»; pero que «en las largas horas de los tubos enchufados ha aprendido que la máquina puede mantenerte en la vida, pero sólo el amor de Dios puede permitirte vivirla en plenitud». Sí, es verdad. Todo es gracia.

LA PASIÓN DEL HOMBRE DE HOY

En toda vida humana hay días que deberían marcarse con tiza blanca; fechas en las que, de repente, como en un relámpago, se iluminan anchas zonas de nuestra existencia. Una de esas piedras miliare de la mía fue una tarde del verano de 1953 durante —era yo aún un muchacho— una visita a Milán. La capital lombarda es una de esas ciudades que se «ven» en pocas horas. Visitada la catedral, la Galería y la Scala, pocas otras cosas hay que apasionen al viajero. Y recuerdo que, para llenar mi tiempo, busqué en las páginas de un periódico algo que valiera la pena. Y allí me encontré con el anuncio de una exposición de Georges Rouault, el gran pintor francés a quien yo consideraba como uno de los padres de mi alma y del que, hasta entonces, conocía solamente reproducciones.

Fue como un latigazo en pleno rostro. Sobre todo aquella sala en la que exponían el famoso *Miserere*, una colección de planchas que recogía un muestrario de los dolores humanos. Viejos abandonados, condenados a muerte, moribundos solitarios, mujeres de la vida en oscuros callejones, niños muertos, payasos acurrucados en su tristeza, ciudades destruidas, se sucedían como una galería de horrores, en una especie de vía crucis del hombre de hoy, en el que la última estación era un dramático Cristo en cruz, a cuyos pies aparecía garabateada la vieja frase de Pascal: «Cristo sigue crucificado hasta el fin de los tiempos».

Aquella noche apenas pude dormir. Me habían dicho muchas veces teóricamente que nuestros sufrimientos son parte de los de Cristo. Pero nunca nadie me lo había mostrado tan descarnadamente. Y creo que, por vez primera, entendía que, verdaderamente, fue en una cruz donde Dios y los hombres estuvieron más cerca; que si la cruz no detuvo el sufrimiento de los humanos, sí clarificó para siempre su sentido.

Lo grave —lo he dicho muchas veces— no es sufrir, sino no saber por qué se sufre y para qué se sufre. Y sólo a la luz del Calvario comienza a responderse seriamente a esas dos cuestiones.

Estos días pasados he vuelto a revivir aquella hora mía de Milán. Para grabar un programa de televisión he visitado un centro de deficientes profundos que dirigen —con un coraje admirable— los hijos de Don Orione. Y allí, ante aquellos muñecos de

carne desvalida, ante sus sonrisas muertas y sus gestos mecánicos volví a sentir una especie de feroz rebeldía interior, como si Dios se hubiera equivocado al crearnos como nos hizo.

Aquella noche escribí las páginas que siguen.

El hombre

Todos los años llevo hasta tus plantas
en estas horas de silencio y luto
y te pregunto, Cristo, por tu sangre
y por mi sangre de hombre derramada.

Hace ya dos mil años que te fuiste
y aún seguimos solos.

Aún seguimos entre agrios barrotes de silencio,
sin comprender, sin entender la sangre.

Vivimos como ríos que caminan sin hacerse preguntas,
dejándose correr, como las horas, sobre la piel del mundo.

Cantamos y reímos. Logramos olvidarnos
del horror de estar vivos

y el mundo termina pareciéndonos una gloriosa fábula.

Hasta que un día llega,

terco, el dolor con todas sus preguntas desenvainadas

y nos agarra por las solapas, y nos zarandea,

y nos obliga a responder, y grita

que todo esto tiene que tener un por qué,

que no es posible que el dolor de los hombres sea una flor marchita.

Mira, hoy estuve en una casa de dulces inocentes,

torpes muñecos de carne interminada,

almas que se quedaron a mitad de camino,

seres que bautizamos «deficientes»

para no aterrarnos demasiado.

Y hoy he visto sus ojos que taladran el mundo

con miradas idiotas y terribles

como una espantosa acusación contra alguien.

Sus inocentes manos tartamudas,

sus cuerpos atrofiados,

sus sonrisas insulsas,

sus pobres dulces bocas desmadradas.

¿Por qué?, gritan sus ojos.

¿Por qué?, aúllan sus manos.

¿Por qué?, chilla su cuerpo.

¿Por qué?, ululan todos los rincones de su santa existencia.

Pero aún es más amarga la segunda pregunta:

¿Para qué todo esto?

¿Fecunda algo este dolor, o solamente
es una estéril esterilidad?

¿Riegas acaso algún jardín celeste con el llanto del hombre?

¿Necesitan tus gloriosos parterres de azucenas
del estiércol del hombre corrompiéndose?

Responde, oh Dios, ahora que es de noche en mi alma
y que mi fe vacila,
ahora que ser hombre se me ha hecho cuesta arriba
y llego, como un pobre mendigo cargado de preguntas, a tus plantas.

Voz de Dios

No tengo más respuestas que las que os di en mi Hijo.

Estudiad bien su carne. Aprendeos su cuerpo.

Tal vez allí encontraréis el porqué de las cosas.

Hombre

Pues responde tú, Cristo. Tú, que vives aún más cerca del hombre;
tú, que puedes hablar nuestro lenguaje.

Dinos el porqué y el para qué de nuestros llantos.

Cristo

No tengo más palabras que mi vida,
ni traigo más respuesta que mi sangre.

Yo también viví lleno de preguntas
y más que rociaros de razones
preferí sepultarme en vuestro llanto, ser uno más,
arder en apariencia estéril,
caer como el abono en los surcos del mundo
y morirme sin entrever el fruto.

Así, ni nadie logra entender sus dolores
podrá decir, al menos, que no los vivió solo...

¡como los viví yo!

Hombre

¿Solo, Señor? ¡Si viviste estrujado,

empujado, arrastrado, arrebatado por la muchedumbre!
¡Si en tus horas más íntimas te ciñeron los doce!
¡Si hasta en la cruz te dieron ladrones compañeros!

Cristo

Nadie ha vivido nunca tan solo como yo.
Las gentes caminaban a mi lado, pero no me entendían.
Los doce me querían, pero jamás supieron a quién daban su amor.
Recostaban, incluso, su cabeza en mi pecho,
pero sólo escuchaban latir mi corazón.
Recuerdo aquella noche, aquel terrible jueves
en que yo quise darles mi carne a dentelladas
y en que ellos me miraron asustados y atónitos
como se mira desde la playa un barco que se hundiera en el mar.
No es que no me entendieran. Es que les aterraba la idea de entender
y elegían el quedarse en su playa tranquila a hundirse en mi locura.
Era... terrible, ¿sabes? Comprender que has nacido
para salvar al hombre
y ver que te abandona precisamente *porque* vas a salvarle, *cuando* vas a
salvarle.
Me miraban,
me miraban,
temían comprender.
Y sólo Judas
se atrevió a creer seriamente en mi muerte...
para empujarme a ella.
¡Él, sí, me acompañó... traidoramente!
¿Esto es ser hombre...?, dime.

Hombre

Pero..., Señor, tal vez es que tú eras
demasiado para ellos,
como lo sigues siendo para mí.
Eras... demasiado Dios, no un hombre como ellos.
A veces me pregunto si fuiste hombre de veras
o si toda tu historia solamente
fue un poco de morfina para calmar mi llanto.
Dímelo ahora, antes de que la muerte
llegue hasta tus orillas y te amordace para siempre.
¿Tú fuiste un hombre o solamente un sueño enorme disfrazado de humano?

Cristo

Yo no *fui* un hombre.
Soy un hombre. Es distinto.
Yo tuve y tengo carne como tú.
No es que yo me vistiera de hombre para estar con vosotros,
lo mismo que se visten de mineros unas horas obispos y ministros que luego
volverán a sus palacios y despachos.
Yo asumí entera la condición humana,
tan hombre como tú, tan verdadero.
Yo tuve hambre como tú, sed como tú, cansancio;
yo conocí la soledad y el miedo,
supe lo que es luchar por los que amas sin que ellos te entiendan,
conocí la belleza de estar vivo,
el milagro del sol, la maravilla del agua.
No me gustó morir: estaba muy bien entre vosotros.
Yo me tragué la muerte como se traga un vaso de ricino
sólo porque vosotros necesitabais vida.

María

Yo lo sé bien.
Soy el mejor testigo, pues yo le tuve dentro,
yo le sentí crecer en mis entrañas
y salió de mi carne y de mi sangre.
Aquel día,
cuando el ángel habló,
yo creí que sería diferente,
que Dios se encarnaría igual que una montaña,
pues ¿acaso podría Dios caber dentro de mí?
¡Tuve miedo! ¡Me estallaría dentro!
¡Le soñaba creciendo allá en mi seno como un gigante que me desbordaría!
Pero... fue igual que todos, tierno y niño, diminuto y de goma, con lágrimas y
hambre.
Yo sabía que aquella dulce «cosa» entre mis manos era el creador del mundo,
mas sabía también que moriría si yo no le acercaba su boquita a mi pecho.
Hoy... le he visto subiendo camino del Calvario
y he vuelto a preguntarme si todo no es un sueño.
Mas yo sé que su carne traspasada sigue siendo la carne que yo traje
y que él repartiría entre los hombres.

Hombre

Esto aún lo entiendo menos:
¿cómo es posible que tu carne muera
y que, veinte siglos después, alguien nos diga que podemos comerte y
devorarte?

Cristo

Tampoco yo lo entiendo. Yo lo sé.
Cuando estuve en la tierra
muchas veces me pregunté a mí mismo
si tendría derecho a volverme a mi cielo
dejando en la estacada a mis hermanos.
¿Cómo dejarles solos y morirme? ¿Cómo resucitar y abandonaros?
Un día cogí un pan y, de repente,
pensé que el pan tenía más suerte que yo mismo:
él estaría siempre en vuestras mesas, por él trabajaríais,
estaría en vosotros, en las manos, en la boca, en el cuerpo.
¡Tuve envidia del pan!
Y pensé que podría quedarme entre vosotros,
por él, con él y en él,
a través de su miga y su corteza.

Hombre

Pero ¿cómo podrían entenderlo los hombres?

Cristo

Es que no lo entendieron.
Recuerdo que aquel jueves,
cuando por vez primera se lo anuncié a los doce,
se quedaron atónitos, convulsos, aterrados.
¿Es que se ha vuelto loco?, se decían.
Los doce vivían ya en el miedo,
ya les olía a muerte mi mirada
y pensaban que, al morir yo, caerían las columnas del orbe.
Los doce me querían,
pero no me entendieron nunca.
¿Cómo podría caber yo en sus cabezas?
Tomé el pan y les dije: «Esto es mi carne»,
y tendieron las manos temblorosas,
tocaban aquel pan, lo remiraban, lo llevaban a la boca aún temblando,

lo masticaban cuidadosamente queriendo allí encontrar el sabor del misterio.
¡Y después me explicaron que les sabía a sangre!
Era yo.
Soy yo, el que cada día se ofrece en los altares.

María

¡Ah, si el hombre supiera que lo puede tener dentro del alma
como lo tuve yo dentro del seno!
Pero hace falta tanto amor para entender
que ni yo misma lo entendí del todo.

Cristo

No hace falta entender. Nunca se entiende. Ya basta con amar.
El corazón —ya lo sabéis— tiene en esto razones que nunca aclararán los
silogismos.
¿Creéis tal vez que yo hubiera muerto aquel viernes
si sólo llego a usar la inteligencia?

Hombre

¿Y el premio del amor fue aquella muerte?

Cristo

Los hombres pagan siempre así a los que aman.
Y suelen añadir el triste precio
de la traición.

Hombre

Señor, tú hiciste al hombre. Tú fabricaste el barro que nos forma.
¿De qué te extraña ahora que nuestro barro manche?

Cristo

Es que yo me esperaba
la incomprensión, pero no las traiciones,
o esperé, cuando menos, traiciones menos burdas, menos groseras.
Vuelvo a ver los sucios labios de quien me llama amigo para mejor venderme.
Oigo el triste tintinear de las monedas,
veo su mirada de chivo que se acerca a besarme

y me pregunto aún cómo pudo reunir tanto engaño.

Hombre

Pero tú bien sabías que vendría esa hora.
Tú le llamaste «hijo de la perdición».

Cristo

¿Crees acaso que él era distinto?
¿Crees que tú no habrías traicionado?
Aún guardo en mi mejilla la huella de aquel beso:
es el beso del hombre, de *todos* mis hermanos.
En él besasteis todos, todos mentisteis, todos traicionasteis,
todos seguís besándome y vendiéndome.
En todas vuestras manos quedan rastros de las treinta monedas
y aún se os nota el gesto de traidores cuando tenéis dinero en vuestras manos.
Es cierto: lo tocáis como besándolo, como adorándolo,
como si fuera el único Dios en quien creéis de veras.

Hombre

Eso no es cierto. ¡Algunos intentamos defenderte!

Cristo

Sí, con la espada,
con algo aún más terrible que el dinero.
No supisteis amarme, no supisteis siquiera velar conmigo un poco,
ayudarme a rezar unos minutos.
Sólo supisteis golpear,
golpearos los unos a los otros,
ofrecerme, grotescos, el tributo de una oreja cortada.
Durante largos meses os expliqué la bienaventuranza
de los pacíficos, no a manejar las armas;
os invité a quererlos, no a matarlos;
os hablé de la cruz, no del cuchillo;
y ahora lleváis la cruz sobre los pechos como una dulce joya,
como un triste amuleto,
o la ponéis —¡valientes!— en las empuñaduras de la espada.
Donde yo puse amor, ponéis vosotros
dinero,
traición

y violencia,
la trinidad del hombre,
el reverso de Dios,
el triple rostro de Satanás:
dinero,
traición
y violencia.

¿Entenderéis ahora
por qué fue necesario que descendiera un ángel?
Antes de que llegaran las espinas, el martillo y los clavos,
mucho antes de la cruz y la lanza,
mucho antes de Pilato y Herodes,
antes del odio frío de los fríos romanos,
ya estaba mi alma triturada y muerta
por las manos traidoras de mis doce traidores.
Siempre fue así:
el verdadero dolor viene de dentro,
las más graves traiciones las preparan los tuyos.

Hombre

¿Y cómo pudiste soportarlo?

Cristo

Me costó, no lo creas. En el huerto
yo tuve miedo como tienen miedo
cuando llega la hora de morir todos los hombres.
Temblé. Sangré. Mendigué a mi Padre que pasara esa muerte.
Me gustaba la vida. Ya te he dicho.

Hombre

Me alegra que lo digas. Me consuela
saber que tú también tuviste miedo
y que estabas contento, como yo, de estar vivo.
Aquí —¿sabes?— estamos atados a la muerte, nos golpea
con cada ser querido que se marcha,
y cada día sentimos que las horas se nos vuelan
como un árbol que fuera deshojándose.

Cristo

Yo también lo sentí. Y aquella noche
cuando di el primer paso hacia la muerte
pensé que os serviría de consuelo
saber que también Dios pasó ese trago.
Y saber que detrás vendrá el domingo.

Hombre

Pero ¿por qué el dolor? Veo tu carne flagelada,
veo tu sangre resbalando,
veo tu espalda arada y removida,
veo tus dulces ojos de cordero aterrado,
veo tus pobres manos maniatadas,
y me pregunto si no pudo ser todo más fácil y sencillo.

Cristo

Era necesario, ¿comprendes?
Yo sabía muy bien que tantos hombres sufrirían después de tantos modos:
los mordiscos del cáncer,
el espanto de la carne abrasada,
el infinito hastío de los escayolados,
la muerte violenta y asesina,
el hijo deficiente y la ciega,
el hambre, la incultura, la miseria, el desamor y el paro,
la soledad de los jamás amados,
los muertos en el seno de su madre,
los traicionados por los más queridos.
¿Y podría quedarme yo más corto?

María

Yo sufría también, aunque de lejos,
porque el ángel que vino el primer día
se marchó para siempre
y quedé sola con mi fe, pero a oscuras y entre espadas.
Sufrí, la soledad de no entenderle nunca del todo,
tener un hijo que te desborda siempre
y saber que a la hora de amar te quedas corta.

Yo vi crecer en torno de tu obra los lobos,
la incomprensión, el odio, las envidias,
la hipocresía de los supuestamente religiosos.

Cuando el viernes llegó ya lo esperaba.
Te vi subir camino del Calvario
y entendí que era el mismo camino
por el que había subido todos aquellos años.

Hombre

Yo no he subido nunca.
Mas hoy me gustaría acompañarte,
ir a tu lado en el dolor, decirte,
ya que no supe amarte, que, como la Verónica, quiero enjugar tu sangre,
caminar tras tus pasos con mis penas.
Porque ahora
entiendo que tal vez no es estéril nuestro llanto,
que tal vez él sostiene el universo,
al volverse en tus manos redención.

Cristo

Eso es, hijo mío. Comienzas a entender.
Ningún dolor se pierde.
Vuestro llanto y el mío, «nuestro» llanto
es la sal que conserva el universo.
¿Sabes? Hay en el mundo tanta semilla de corrupción
que es necesario un poco de dolor de contrapeso,
un poco de redención que restablezca el equilibrio.
El dolor no es un sueño, ni un invento sádico.
No existiría si no hubiera pecado.
Por el odio y la envidia sufrí los latigazos,
por las crueles guerras se desgarró mi carne,
la frialdad y el sucio dinero araron mis espaldas.
Los verdugos no eran unos monstruos sacados del infierno,
eras tú,
fuiste tú,
«eres» tú,
son tus manos las que aún hoy me flagelan.
¿Y preguntas
por qué el dolor y para qué tu llanto?
¿Lo preguntas y siembras cada día esa fruta maldita
del odio,
que sabes que germinará muerte?

Ea, hijo: déjate de preguntas, toma tu cruz conmigo
y construyamos juntos la redención,
como una casa grande y feliz para todos.

Hombre

Sí, voy a cargar con mi dolor a costas
y subiré a tu lado por la vida
compartiendo mi cruz con mis hermanos,
compartiendo sus cruces con la mía.
Átame, si necesario fuera.
Átame a ti con irrompibles lazos,
átame bien, y oblígame a ser tu Cirineo.

Cristo

¿Mi Cirineo? Más bien de tus hermanos.
Son ellos quienes te necesitan,
quienes, a derecha e izquierda, no pueden con sus cruces,
y buscan alguien que les eche una mano.
Yo tengo aún fuerzas para cargar entero el universo.
Que es más grande mi amor que vuestros odios.
Y es mayor mi esperanza que mi muerte.
Ea, vamos: la multitud en el Calvario espera.

Hombre

Siento, Señor, vergüenza
al ver la humanidad que en esta hora te rodea.
¿Somos así los hombres?
Hoy vuelvo a ver sus rostros:
el de Judas, amarillo de envidia y avaricia,
los sayones crueles y vulgares,
los soldados incrédulos y fríos,
sacerdotes hipócritas,
las mujeres llorando inútilmente,
la multitud curiosa e insensible,
los cobardes apóstoles,
el mismo Cirineo que os ayuda a la fuerza.
¡Qué infinita montaña de torpeza!
¿Cómo pudiste, Cristo, soportarles, soportarnos?

Cristo

No estaban allí. Yo estuve solo. Subí solo a la cruz. Entré solo en la muerte.
Los que me condenaban no sabían a quién estaban condenando.
Los que me insultaban estaban escupiendo al vacío.
Los que me golpeaban, golpeaban al aire.
Nadie sabía, nadie sospechaba lo que estaba ocurriendo.
Moría Dios, giraba la página del mundo
y quienes lo vivían
se agitaban a favor o en contra como hormigas con palitos.
Pues ni los asesinos sabían lo que estaban matando,
ni entienden los verdugos la mano que atraviesan.

Yo incliné la cabeza, entré en la muerte.
Tal vez, al otro lado, encontrara la verdadera humanidad.

Hombre

Pero, Señor, tú eras la verdadera humanidad;
tú, el único hombre completo.

María

Es verdad. De mí dicen que soy la Inmaculada,
mas sólo soy su espejo.
Dicen que en mis entrañas se centra la ternura,
pero sólo son santas porque él estuvo en ellas.
Dicen que soy la madre de todos los dolores,
pero él los vivió, uno por uno.

Hombre

Yo nada tengo que ofrecerte, Cristo.
Y, sin embargo, déjame que a tu lado ponga mi cruz también.
Déjame que yo sea hoy el ladrón tercero,
déjame que mi sangre se mezcla con la tuya.
No permitas que nunca desde mi cruz blasfeme
o que crea baldío este tiempo que piso.
Deja que no malgaste mi dolor ni mis horas,
déjame que descubra que tu muerte es mi vida.

María

Y a mí dame tu cuerpo antes de que se enfríe.

Ya no puedo guardarlo otra vez en mi seno,
ni puedo acariciarte como al niño que fuiste.
Pero, aunque muerto, quiero tenerte entre mis brazos
para que no te sientas tan solo y desvalido.
¡Si yo pudiera darte al menos mi pureza
para que descubrieras cuán útil fue tu muerte!
¡Para que nunca pienses que tu vida fue estéril,
para que al menos tengas buen recuerdo del hombre!

Hombre

Déjame que yo vende con besos tus heridas,
que te unja la carne con nuestro pobre aceite,
que quite con cuidado tu corona de espinas,
que sepa amarte muerto, ya que no supe vivo.
Duerme ahora y descansa, Señor. Duerme y confía
en que el mundo será mejor cuando tú vuelvas.
Yo sé que volverás,
que tú no puedes morir del todo.

Voz de Jesús

Así es. Esperadme. Sólo tardo tres días.
Ya os dije que no estaba muy a gusto en la muerte.
Volveré a la vida porque soy inmortal y os haré inmortales.
No os quedéis llorando sobre mi cuerpo muerto.
La esperanza que tengo preparada el domingo
es más alta y más ancha que la más ancha muerte.

Y los que ahora en el mundo
ascendéis el Calvario de vuestras propias vidas
recordad, al hacerlo, que yo vencí a la muerte.
Y que vuelvo.
Estoy volviendo.
Vuelvo.
Estoy llegando.
Y tengo
suficiente
resurrección
para todos vosotros.

LA MÁS HONDA HISTORIA DE AMOR

Si preguntásemos a los creyentes españoles cuál ha sido la más bella historia de pureza y virginidad que ha producido nuestro planeta, estoy seguro de que una gran mayoría nos responderían sin dudar que la de María. Y si les interrogásemos por la historia de la mujer que con mayor coraje ha soportado el dolor, pensarían enseguida en la Virgen de los Dolores. Pero ya no serían muchos los que se acordasen de la fe de María si les pidiésemos el nombre del ser humano que más hondamente vivió su fe. Y poquísimos o tal vez nadie nos presentaría la historia de María como la más honda historia de amor. Y es que se habla mucho de las virtudes de María, pero menos de la raíz amorosa de todas ellas. Incluso se piensa que el amor de María fue, en todo caso, un amor «raro», ya que, asombrosamente, los hombres unimos la idea de amor a la de apasionamiento romántico, cuando no la emparejamos con la de la carne y terminamos llamando amor «platónico» a todo el que no se expresa carnalmente y ponemos en ese calificativo un tono despectivo como si se tratara de un amor metafórico, una especie de sustitutivo del verdadero amor. Hay predicadores que parecen avergonzarse de hablar del amor de María a José, como si en ello pudiera haber algo turbio. Y hasta prefieren muchos hablar de la «caridad» de María como si todo su amor a Dios se hubiera realizado con una especie de efluvio místico y no con todo su corazón de mujer.

Y, sin embargo, no conocemos historia de amor como la de María. Yo pienso incluso que si tuviera que escribir una «historia del amor», me limitaría a narrar la de María. Y que toda la vida de la Virgen podría contarse perfectamente desde la única clave del amor.

Un gran amor cuya plenitud empieza, asombrosamente, por un ancho vacío. Un vaciado de egoísmos. Porque la razón por la que los más de los hombres no nos llenamos de amor es que estamos ya llenos de nosotros mismos. Como una tierra a la que la planta de nuestro propio orgullo le devorase todo su jugo, así no se puede sembrar en nuestras almas ningún otro árbol. Vivimos tan pensando en nuestras cosas que ni llegamos a enterarnos de que hay otros seres a los que amar. Nos volvemos infecundos al autoadorarnos. El egoísmo es una especie de interminable masturbación del alma. ¿Cómo podría amar quien siempre tuviera llena su boca con la palabra yo-

yo-yo?

María pudo amar mucho y recibir mucho porque toda su infancia y adolescencia fue un permanente vaciarse de sí misma. Vivía a la espera de algo más grande que ella. El centro de su alma estaba fuera de sí misma, por encima de su propia persona. No sabía muy bien lo que esperaba, pero era pura expectación. No sólo es que fuera virgen, es que estaba llena de virginidad, de apertura integral de alma y cuerpo. Alguien la llenaría. Ella no tenía más que hacer que mantener bien abiertas sus puertas. Era libre para amar porque era esclava. Podía ser reina, porque era servidora. Podía ser llena de gracia, porque estaba vacía de caprichos, de falsos sueños, de intereses, de esperanzas humanas. Podía recibir al Amor, porque no se había atiborrado de amorcillos.

Y su amor a José era parte del gran amor, un camino misterioso. No sabía aún muy bien cómo se realizaría aquel noviazgo suyo, pero sí intuía que, en todo caso, formaría parte de un plan más ancho que sus ilusiones de muchacha. Por él, a través de él o quizá sólo a la sombra de él, vendría la gran fecundidad, una fecundidad más grande que ellos dos. En todos los enamoramientos —lo sabía— hay algo de misterio y tanto más cuanto más amor. El suyo era un misterio que, más que desbordarles, les ensancharía, les multiplicaría las almas. Una gran vocación nunca rebaja o recorta: dilata, estira, agranda. Así entraron ellos en su matrimonio, como una tierra que espera una semilla, aunque no podían sospechar qué honda y enorme sería la suya.

Y así llegó a su alma y a su seno un Amor que era mucho más grande que el que ella hubiera podido, con sus fuerzas de mujer, fabricar e incluso soñar. Ahora se dio cuenta de que su amor de muchacha había sido sólo un prólogo, una lejana intuición del que la invadiría. Pues si es cierto que había sido elegida porque antes amaba, también lo es que ahora amaba multiplicadamente porque había sido elegida.

¿Cómo pudo tanto Amor caberle dentro? Esto no lo entendería nunca, sólo la fe vislumbraba desde lejos el tamaño que había tomado su alma. Jamás en ser humano alguno cupo tanto Amor. Jamás soñó nadie engendrar un Amor semejante. Y, sin embargo, «cabía» en ella. Porque el enorme Amor se había hecho pequeñito, bebé. ¡Un bebé-Dios, qué cosas! Y ella era madre en el sentido más literal de la palabra. Pero *tan* madre que parecía imposible. Tenía el cielo en su corazón y en su seno. Sólo Dios podía hacer realizable esa paradoja del infinito empequeñecido que la habitaba.

Y desde entonces su alma más que llena de amor lo estaba de vértigo. Toda vocación nos desborda, nos saca de nosotros mismos, tira del alma hacia arriba, nos aboca al riesgo. ¿Cómo no desgarró su alma aquella tan enorme? ¿Cómo pudo soportar ella el tirón de todos los caballos de Dios cabalgándole dentro?

No se hizo, claro, sin desgarramiento. Y es que, antes o después, todo amor se vuelve prueba y desconcierto. No hay amor sin vía crucis. Y María recorrió todas las estaciones. Entrar primero a oscuras en la penumbra de la fe. Pasar luego por los túneles de la desconfianza. Exponerse a perder el amor de José para proteger el otro gran Amor. Conocer las dulces rechiflas de las murmuraciones y las sospechas. Y

callar. Callar, la más difícil asignatura que tiene que aprobar todo amor. Olvidarse de sí misma y, sin defenderse, descubrir el otro gran rostro del amor: el que nos empuja a difundirlo. Pues por amor va corriendo hacia Isabel. Alguien la necesita. ¿Cómo podría ella quedarse cómoda en casita, esperando acontecimientos, cuando alguien está pasando una prueba parecida a la suya, aunque infinitamente menor?

Y allá va el amor de la muchacha corriendo campo a través para, sin preocuparse de la tormenta interior, volcarse en el canto de las misericordias de Dios sobre ella y su pueblo. El amor es poeta y del fuego interior sale esa milagrosa llamarada del *Magnificat*: Dios es grande aunque a veces nos vuelva locos con sus cosas.

Y Belén, que es la patria natal del amor. Dicen que no se puede querer una cosa que no se llega a estrechar entre los brazos. Y ahora el infinito amor se ha hecho digerible, abrazable, abarcable. Se le puede llamar Hijo. Ahora sí que el pequeño amor humano de María toma los límites de la eternidad, y por primera y única vez en la historia «el Amor es amado» si no como él merece, sí al menos esta vez sin metáforas, «con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas». Pues no hay un solo rincón en María que no esté amando.

Y, tras la pausa del gozo, el amor prosigue su vía crucis. Simeón le explica que el amor no es una confitería, que siempre hay una espada en el horizonte, que el dolor es el crisol del amor. Y hay que empezar a amar de esa manera absurda que es huir en la noche porque este mundo empieza a no soportar al amor apenas ha nacido. Amar —ahora lo entiende María bien— no es una historia de besos y caricias, no son las dulces consolaciones del alma, no es una fogarata de entusiasmo enamorado; es luchar por aquello que se ama, dejándose tiras de alma en las aristas de la realidad.

Para dejar luego paso al mejor de los amores: al amor gris, al lento y aburrido amor de treinta años sin hogueras, con el caliente rescoldo del amor de cada día. ¿Puede realmente llamarse amor al que no ha cruzado el desierto de treinta años de silencio? El paso de los días y los meses quita brillo al amor, pero le presta hondura y verdad. El tiempo —y no el entusiasmo— es la prueba del nueve del amor. Los amores de teatro duran horas o, cuando más, semanas. Los auténticos surgen de la suma de días y días de hacer calladamente la comida, acarrear el agua y la leña, estar juntos cuando ya no se tiene nada nuevo que decir. En Nazaret no se vive una «locura de amor»; se vive el denso, callado, lento, cotidiano, oscuro y luminoso, el enorme amor construido de infinitos pequeños minutos de cariño. Allí se ama a un Dios que no mima, a un Dios que parece haberse olvidado de nosotros, con un amor que parecería ser de ida sin vuelta. Un amor sin ángeles consoladores. La esclava descubre que aquello no fue una palabra, que la tratan realmente como una esclava, sin otro reino que sus manos cansadas.

Y después la soledad. Tampoco hay amor verdadero sin horas de soledad y abandono. Porque el Hijo-Amor se ha ido lejos, a su gran locura, y la madre tiene que vivir un amor de abandonada. ¿Abandonada? No en el corazón, pero sí en la cama del muchacho vacía, en la puerta que nunca cruza nadie.

Luego el amor se vuelve tragedia. ¿Puede decir que ha amado quien jamás ha sufrido por su amor? Santa María del amor hermoso es hermana gemela de santa María del mayor dolor. Las cruces tienen una extraña tendencia a crecer en el corazón. Con la única diferencia de que en los corazones que aman esa cruz está llena y no vacía. Pero todas las cruces tienen sangre. Y todo amor se vive a contramuerte.

Por fortuna, ningún dolor es capaz de ahogar una esperanza verdadera. Y en la tarde de todos los sábados se junta al vacío de la soledad la plena luz de la esperanza. El amor es más fuerte que la muerte, cuánto más el Amor. El de María también es inmortal.

Y resucitará el domingo en el abrazo total, el amor sin eclipse de la mañana pascual. Porque sólo detrás de la muerte el amor está a salvo, definitivamente invencible, vuelto ya sólo luz. Ahora ya, sin temores, sin riesgos, puede decir que «sólo en amar es mi ejercicio», volver a engendrar, ahora con el alma.

Una alegría que no logra empañar la nostalgia de la ausencia, durante esos años en los que se diría que hay dos cielos: uno arriba y otro, prestado, en el alma amante de María. ¿No es cielo allí donde está Dios?

Y, al fin, morir de amor. «No sólo —escribirá Terrien— murió en el amor y por el amor, sino también de amor. Morir de amor es tener por causa próxima de la muerte al amor mismo».

Y luego, todavía el amor: «dedicarse» por toda la eternidad a ser madre de los hombres. María no se jubiló de la maternidad. Sigue engendrando, engendrándonos. Ejerce de madre, tal vez porque es lo único —¡lo único!— que sabe hacer. ¡Y qué bien lo hace! ¿Por qué entonces le pedimos que vuelva a nosotros esos sus ojos misericordiosos cuando sabemos que no tiene ojos sino para nosotros, madre, madre nuestra?

CARTA A DIOS

Gracias. Con esta palabra podría concluir esta carta, Dios mío, amor mío. Porque eso es todo lo que tengo que decirte: gracias, gracias. Si, desde la altura de mis cincuenta y cinco años, vuelvo mi vista atrás, ¿qué encuentro sino la interminable cordillera de tu amor? No hay rincón en mi historia en el que no fulgiera tu misericordia sobre mí. No ha existido una hora en que no haya experimentado tu presencia amorosa y paternal acariciando mi alma.

Ayer mismo recibía la carta de una amiga que acaba de enterarse de mis problemas de salud, y me escribe furiosa: «Una gran carga de rabia invade todo mi ser y me rebelo una vez y otra vez contra ese Dios que permite que personas como tú sufran». ¡Pobrecilla! Su cariño no le deja ver la verdad. Porque —aparte de que yo no soy más importante que nadie— toda mi vida es testimonio de dos cosas: en mis cincuenta años he sufrido no pocas veces de manos de los hombres. De ellos he recibido arañazos y desagradecimientos, soledad e incomprensiones. Pero de ti nada he recibido sino una interminable siembra de gestos de cariño. Mi última enfermedad es uno de ellos.

Me diste primero el ser. Esta maravilla de ser hombre. El gozo de respirar la belleza del mundo. El de encontrarme a gusto en la familia humana. El de saber que, a fin de cuentas, si pongo en una balanza todos esos arañazos y zancadillas recibidos serán siempre muchísimo menores que el gran amor que esos mismos hombres pusieron en el otro platillo de la balanza de mi vida. ¿He sido acaso un hombre afortunado y fuera de lo normal? Probablemente. Pero ¿en nombre de qué podría yo ahora fingirme un mártir de la condición humana si sé que, en definitiva, he tenido más ayudas y comprensión que dificultades?

Y, además, tú acompañaste el don de ser con el de la fe. En mi infancia yo palpé tu presencia a todas horas. Para mí, tu imagen fue la de un Dios sencillo. Jamás me aterrorizaron con tu nombre. Y me sembraron en el alma esa fabulosa capacidad: la de saberme amado, la de sentirme amado, la de experimentar tu presencia cotidiana en el correr de las horas.

Hay entre los hombres —lo sé— quienes maldicen el día de su nacimiento, quienes te gritan que ellos no pidieron nacer. Tampoco yo lo pedí, porque antes no

existía. Pero de haber sabido lo que sería mi vida, con qué gritos te habría implorado la existencia, y ésta, precisamente, que de hecho me diste.

Supongo que fue absolutamente decisivo el nacer en la familia que tú me elegiste. Hoy daría todo cuanto después he conseguido sólo por tener los padres y hermanos que tuve. Todos fueron testigos vivos de la presencia de tu amor. En ellos aprendí — ¡qué fácilmente!— quién eras y cómo eres. Desde entonces amarte —y amar, por tanto, a todos y a todo— me empezó a resultar cuesta abajo. Lo absurdo habría sido no quererte. Lo difícil habría sido vivir en la amargura. La felicidad, la fe, la confianza en la vida fueron, para mí, como el plato de natillas que mamá pondría, infaliblemente, a la hora de comer. Algo que vendría con toda seguridad. Y que si no venía, era simplemente porque aquel día estaban más caros los huevos, no porque hubiera escaseado el amor. Entonces aprendí también que el dolor era parte del juego. No una maldición, sino algo que entraba en el sueldo de vivir; algo que, en todo caso, siempre sería insuficiente para quitarnos la alegría.

Gracias a todo ello, ahora —siento un poco de vergüenza al decirlo— ni el dolor me duele, ni la amargura me amarga. No porque yo sea un valiente, sino sencillamente porque al haber aprendido desde niño a contemplar ante todo las zonas positivas de la vida y al haber asumido con normalidad las negras, resulta que, cuando éstas llegan, ya no son negras, sino sólo un tanto grises. Otro amigo me escribe en estos días que podré soportar la diálisis «chapuzándome en Dios». Y a mí eso me parece un poco excesivo y melodramático. Porque o no es para tanto o es que de pequeño me «chapuzaron» ya en la presencia «normal» de Dios, y en ti me siento siempre como acorazado contra el sufrimiento. O tal vez es que el verdadero dolor aún no ha llegado.

A veces pienso que he tenido «demasiada buena suerte». Los santos te ofrecían cosas grandes. Yo nunca he tenido nada serio que ofrecerte. Me temo que, a la hora de mi muerte, voy a tener la misma impresión que en ese momento tuvo mi madre: la de morirme con las manos vacías, porque nunca me enviaste nada realmente cuesta arriba para poder ofrecértelo. Ni siquiera la soledad. Ni siquiera esos descensos a la nada con que tú regalas a veces a los que verdaderamente fueron tuyos. Lo siento. Pero ¿qué hago yo si a mí no me has abandonado nunca? A veces me avergüenzo pensando que me moriré sin haber estado nunca a tu lado en el huerto de los olivos, sin haber tenido yo mi agonía de Getsemaní. Pero es que tú —no sé por qué— jamás me sacaste del domingo de Ramos. Incluso alguna vez —en mis sueños heroicos— he pensado que me habría gustado tener yo también una buena crisis de fe para demostrarte a ti y a mí mismo que la tengo. Dicen que la auténtica fe se prueba en el crisol. Y yo no he conocido otro crisol que el de tus manos siempre acariciantes.

Y no es, claro, que yo haya sido mejor que los demás. El pecado ha puesto su guarida en mí y tú y yo sabemos hasta qué profundidades. Pero la verdad es que ni siquiera en las horas de la quemadura he podido experimentar plenamente la llama negra del mal de tanta luz como tú mantenías a mi lado. En la miseria, he seguido

siendo tuyo. Y hasta me parece que tu amor era tanto más tierno cuantas más niñerías hacía yo.

También me gustaría presumir ante ti de persecuciones y dificultades. Pero tú sabes que, aun en lo humano, me rodeó siempre más gente estupenda que traidora y que recibí por cada incompreensión diez sonrisas. Que tuve la fortuna de que el mal nunca me hiciera daño y, sobre todo, que no me dejara amargura dentro. Que incluso de aquello saqué siempre ganas de ser mejor y hasta misteriosas amistades.

Luego me diste el asombro de mi vocación. Ser cura es imposible, tú lo sabes. Pero también maravilloso, yo lo sé. Hoy no tengo, es cierto, el entusiasmo de enamorado de los primeros días. Pero, por fortuna, no me he acostumbrado aún a decir misa y aún tiemblo cada vez que confieso. Y sé aún lo que es el gozo soberano de poder ayudar a la gente —siempre más de lo que yo personalmente sabría— y el de poder anunciarles tu nombre. Aún lloro —¿sabes?— leyendo la parábola del hijo pródigo. Aún —gracias a ti— no puedo decir sin conmoverme esa parte del Credo que habla de tu pasión y de tu muerte.

Porque, naturalmente, el mayor de tus dones fue tu Hijo, Jesús. Si yo hubiera sido el más desgraciado de los hombres, si las desgracias me hubieran perseguido por todos los rincones de mi vida, sé que me habría bastado recordar a Jesús para superarlas. Que tú hayas sido uno de nosotros me reconcilia con todos nuestros fracasos y vacíos. ¿Cómo se puede estar triste sabiendo que este planeta ha sido pisado por tus pies? ¿Para qué quiero más ternuras que la de pensar en el rostro de María?

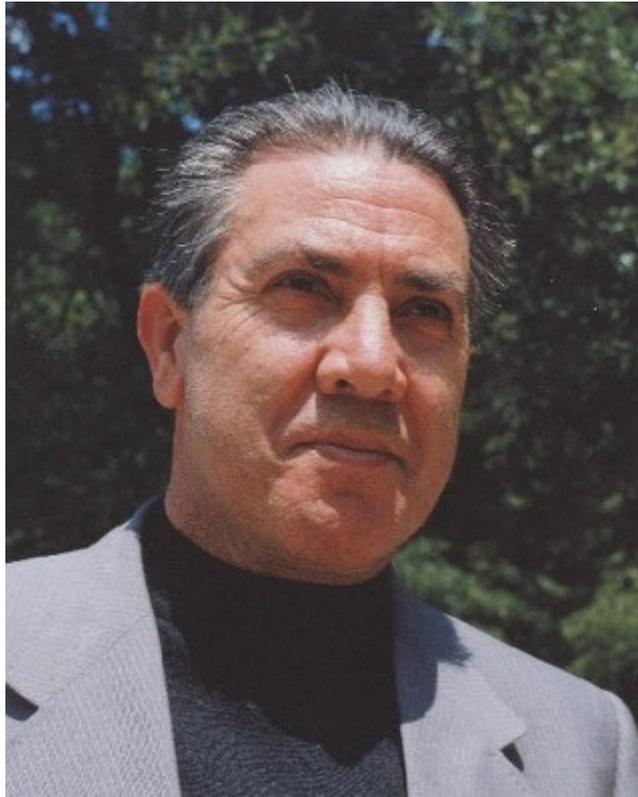
He sido feliz, claro. ¿Cómo no iba a serlo? Y he sido feliz ya aquí, sin esperar la gloria del cielo. Mira, tú ya sabes que no tengo miedo a la muerte, pero tampoco tengo ninguna prisa porque llegue. ¿Podré estar allí más en tus brazos de lo que estoy ahora? Porque éste es el asombro: el cielo lo tenemos ya desde el momento en que podemos amarte. Tiene razón mi amigo Cabodevilla: nos vamos a morir sin aclarar cuál es el mayor de tus dones; si el de que tú nos ames o el de que nos permitas amarte.

Por eso me da tanta pena la gente que no valora sus vidas. Pero ¡si estamos haciendo algo que es infinitamente más grande que nuestra naturaleza: amarte, colaborar contigo en la construcción del gran edificio del amor!

Me cuesta decir que aquí te damos gloria. ¡Eso sería demasiado! Yo me contento con creer que mi cabeza reposando en tus manos te da la oportunidad de quererme. Y me da un poco de risa eso de que nos vas a dar el cielo como premio. ¿Como premio de qué? Eres un tramposo: nos regalas tu cielo y encima nos das la impresión de haberlo merecido. El amor, tú lo sabes muy bien, es él solo su propia recompensa. Y no es que la felicidad sea la consecuencia o el fruto del amor. El amor ya es, por sí solo, la felicidad. Saberte Padre es el cielo. Claro que no me tienes que dar porque te quiera. Quererte ya es un don. No podrás darme más.

Por todo eso, Dios mío, he querido hablar de ti y contigo en esta página final de

mis *Razones para el amor*. Tú eres la última y la única razón de mi amor. No tengo otras. ¿Cómo tendría alguna esperanza sin ti? ¿En qué se apoyaría mi alegría si nos faltases tú? ¿En qué vino insípido se tornarían todos mis amores si no fueran reflejo de tu amor? Eres tú quien da fuerza y vigor a todo. Y yo sé sobradamente que toda mi tarea de hombre es repetir y repetir tu nombre. Y retirarme.



JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO. Nació en 1930 en Madridejos (Toledo). A los tres años se trasladó con sus padres a Astorga. Allí transcurrió casi toda su infancia, hecho que evoca de manera entrañable a menudo en sus obras, hasta que a los 12 años ingresa en el Seminario de Valladolid.

Licenciado en Teología y en Historia Eclesiástica por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma; allí formó parte del grupo poético reunido en la revista *Estría* del Colegio Español. Ejerció como profesor de Literatura en el Seminario de Valladolid, dirigiendo también allí una compañía de teatro de cámara.

Fue ordenado sacerdote en 1953. En 1956 obtuvo el Premio Nadal por *La Frontera de Dios* y en 1962 el Premio Teatral de Autores. Trabajó en diferentes medios de comunicación, entre los que destacan Televisión Española, el diario *ABC* y la revista *Vida Nueva*.

José Luis Martín Descalzo, padeció una grave enfermedad cardíaca y renal, que le obligó a estar sometido a diálisis durante muchos años, en los que tuvo a su lado a su hermana sor Angelines; en ese tiempo escribió muchas de las mejores páginas de su prolífica obra, además de continuar interviniendo en televisión y escribiendo artículos en prensa. Vivió en todo momento sin dejar de sembrar esperanza y vida, hasta su muerte en Madrid, el martes 11 de junio de 1991.

Notas

[*] Rama juvenil de la Acción Católica, cuyos miembros son conocidos por ese apelativo formado con las iniciales de Juventud Obrera Católica. (*Nota de la Edición Digital*). <<

[*] «Mientras un silencio sereno lo envolvía todo». (*Nota de la E. D.*). <<